

BAJO EL

Roble

RITMO CARDIACO



LARISSA DE SILVA

BAJO EL ROBLE

CONTRAPORTADA

Ariadne Brown debería tener todo lo que quiere de la vida.

Es joven, guapa y exitosa. Tiene un restaurante reconocido en Manhattan, un novio corredor de bolsa y está en camino de conseguir su primera estrella Michelin.

La coronación de la vida perfecta de Ariadna se desmorona cuando se da cuenta de que su amiga más cercana y aliada está conspirando contra ella, el restaurante que ha dedicado la mayor parte de su vida adulta a construir y en el que ha invertido todo su dinero está a punto de hundirse, y su prometido perfecto no quiere tener nada que ver con ella después de todo.

Ariadna no tiene más remedio que refugiarse en Carolina del Sur, dispuesta a alejarse del bullicio de la ciudad, mientras intenta recuperarse de la mayor derrota de su vida.

Pero incluso allí, cae de bruces. Puede que se enfrente a otra derrota aplastante, aunque haya puesto cientos de kilómetros de distancia entre ella y su último fracaso.

Y, por supuesto, el hombre que la salva es el más guapo que ha conocido nunca, con unos juguetones ojos marrones y unos bíceps que parecen poder salirse de las mangas en cualquier momento. Ah, y resulta que es el médico del pueblo.

Ella sabe que tiene que volver a Nueva York y enfrentarse a lo sucedido.

Pero hay algo tan atractivo en Green Creek, y en el apuesto doctor. No puede admitir la derrota. No puede quedarse en el pequeño pueblo, como si no hubiera pasado nada. Si se queda, no conseguirá el éxito que soñó. El que tanto le costó conseguir.

¿Cuánto puede sacrificar realmente Ariadna por un amor incierto?

BAJO EL ROBLE

Larissa de Silva

© Larissa de Silva, 2021

Todos los derechos reservados

Este libro está destinado sólo a un público adulto.

Los eventos descritos en esta obra son ficticios. Todo y cualquier similitud con cualquier persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

A menos que conozca a algún hombre como los que se muestran en estos libros. Si sabe de alguna parecido con alguna persona viva, le insto a que me envíe un correo electrónico. Si no es para mí, entonces para la ciencia. O la medicina.

Si te gusta esta historia, adelante y únete a mi [lista de correo](#) para una HISTORIA SEXUAL ¡GRATUITA! Está llena de historias sexys llenas de romance como esta, gratuitas y con avances. No oirás de mí muy a menudo, sólo cuando tenga cosas divertidas y sexys que compartir.

No querrás perdértelo, y todo lo que se necesita son un par de clics.

POR FAVOR, DESCARGUE LA ÚLTIMA VERSIÓN DE ESTE LIBRO PARA UNA MEJOR EXPERIENCIA DE LECTURA

CAPÍTULO UNO

Ariadne se miró al espejo una última vez. Quería estar impecable para el momento en que llegaran las personas responsables de la evaluación de su restaurante. Aunque se había dedicado a trabajar muy duro los últimos años para que el nombre de su local estuviera en boca de todos, haber estado dentro de la lista para aspirar a una estrella Michelin, la había tomado completamente por sorpresa.

Había muchos otros restaurantes que se habían dedicado a lograrlo a como diera lugar, buscando la excelencia, reinventándose, logrando estar vigentes a través de los años, pero, aun así, no habían podido entrar a la tan codiciada lista.

Los trabajos de remodelación habían terminado sólo hacía unas semanas y habían dejado sus cuentas bancarias casi en números rojos. Por fortuna Al, su prometido, se había ofrecido a hacerse cargo, por unos meses de los gastos del apartamento que había comprado hacía un par de años. No era precisamente una niña rica, pero, había logrado tener ingresos suficientes como para permitirse vivir en este precioso lugar. Pero con los gastos de la remodelación, había dejado de recibir su sueldo. Sabía que el pago de sus empleados estaba primero, y el dinero que ganaba Al les iba a permitir vivir cómodamente por algunos meses, mientras recuperaba el dinero que había invertido en el local.

Caminó lentamente por el lugar. Había sillas y mesas nuevas. Había cambiado las luces del techo por lámparas flexibles, que le permitían darle una iluminación especial a cada espacio. Podía graduar la intensidad de la luz de acuerdo con la hora del día y crear el ambiente perfecto según lo que fuera necesario en cada ocasión.

Tenía cristalería nueva y había cambiado toda la vajilla por una más liviana, que permitía que los meseros estuvieran más cómodos al momento de llevar los platos a las mesas.

Pero esto no era todo. Había contratado a una diseñadora de modas, especializada en uniformes, para conseguir unos en telas más suaves y cómodas, que le permitiera a sus empleados estar siempre bien vestidos, sin sacrificar la comodidad, que siempre le pareció tan importante en labores tan exigentes como el servicio y cocinar.

El cambio realmente importante, era el que menos se veía desde afuera. La cocina había sido totalmente adecuada, pasando de un espacio creado en los 80, donde hacía mucho calor, a un lugar fresco y agradable, con un sistema de música ambiental, donde los cocineros podían programar sus propias listas y escuchar la música que quisieran, sin interferir con la que sonaba en el salón del restaurante.

Se sentía satisfecha y sabía que lo que había logrado creaba verdaderas mejoras para su equipo de trabajo, pero, también para sus clientes. Sin estas personas jamás habría logrado llevar su restaurante hasta donde había querido.

Después de esa visita rápida al lugar, entró a su oficina, donde se paseaba nerviosa, yendo de un lado a otro, revisando nuevamente las recetas que habían probado tantas veces y todo su equipo de cocina conocía a la perfección. Estaba repasando hasta el último ingrediente en el inventario, con ayuda de Pat, su sous-chef, que la acompañaba desde que había abierto el restaurante. Era no sólo su mano derecha, era más que eso. Se había convertido en su sombra, en una parte esencial del negocio.

— Pat— , dijo Ariadne. — ¿Ya llegaron los patos? Estamos cortos de inventario otra vez y no quiero que vaya a haber

ningún plato fuera de la carta cuando recibamos la visita...— Se paró nuevamente frente al espejo, quitándose una mota de polvo, inexistente, de su inmaculada chaqueta blanca.

— Es la octava vez que te miras al espejo en la última media hora, chef— , Le dijo Pat que apareció en el espejo detrás de ella.— Van a aparecer en cualquier momento y no nos vamos a enterar quiénes son sino hasta el último minuto.

— Ya lo sé, de verdad lo sé. Pero, quiero que todo esté perfecto, incluyéndome— , le dijo a su sous-chef.

— Estás más tensa que una cuerda de piano... Tienes que tratar de relajarte, has hecho bien tu trabajo todo este tiempo.

— Lo sé Pat, hay tantas cosas en juego. Por favor discúlpame— , dijo tomando su mano en la suya.— No quiero ser brusca con mi mejor amiga.

— ¿Hay algo que quieras contarme?— Preguntó Pat, sonriéndole.

— Sí... No. No sé. No quiero preocuparte. Sólo quiero que me ayudes con los ingredientes y me prometas que todo va a salir bien.

— Sí chef. Te aseguro que todo está bajo control. Estos días serán realmente memorables.

Pat se retiró lentamente de la habitación, no sin antes mirar nuevamente a Ariadne a través del espejo, lanzándole una mirada de preocupación.

Ariadne se sentía muy presionada desde que el nombre del restaurante había aparecido en la bendita lista. Todo el tiempo hablaba de eso y los empleados estaban empezando a murmurar entre ellos. Sabía que obtener la estrella era la tabla de salvación que estaba buscando. Su contadora la había llamado hacía sólo unos días para mencionarle que, si

las ventas no aumentaban al menos un cincuenta por ciento, no podría recuperar la inversión que había hecho y que seguiría sin pago durante un año más.

Cada que llegaba a la cocina intentaba sonreír y bromear con todos. Pero su gesto de preocupación permanente estaba empezando a contagiarse a todos los empleados. Esa tarde reinaba un silencio sepulcral, sólo interrumpido por el normal sonido de platos y ollas. Pero la cocina, de por sí ruidosa y llena de risas y conversaciones triviales, se estaba empezando a sentir extraña.

El más mínimo error en el emplatado, en la forma en que eran tratados los ingredientes o en los tiempos de entrega de las órdenes, la hacían reaccionar de forma que ninguno de sus empleados había visto antes. Ari, como la llamaban todos, era conocida por su amabilidad y buen trato, pero, durante la última semana, todos habían preferido llamarla Chef Brown.

– Reposteros— , dijo con una voz que había dejado estáticos a todos los cocineros. – Quiero una prueba de “Pedazos de cielo”, siento que aún no está como debería.

– Chef...— Le dijo una de las cocineras más jóvenes. – Recuerda que el lunes pasado dijiste que ya estaba como querías...

– Y tú recuerda que estamos esperando la visita más importante que podríamos tener en este momento— , dijo mirándolos a todos. – Necesitamos conseguir esa estrella, necesitamos que las ventas aumenten. ¿Cuento con su ayuda, chicos?

– ¡Sí, chef!— Dijeron todos al unísono y se pusieron a trabajar en su pedido.

Salió en silencio de la cocina y se pudo escuchar cómo todos respiraron profundo. Ninguno había notado que estaba conteniendo el aliento.

CAPÍTULO DOS

– Estoy tan preocupada– , Dijo Ariadne. – No sé cómo esperan que mantenga este restaurante funcionando si todos quieren sentarse a discutir mis decisiones y mis órdenes...

– Cálmate, respira profundo– , respondió Al, su novio.– Esa cocina ha funcionado bien gracias a tu empeño, pero también a que tus empleados te han apoyado todos estos años.

– Lo sé. Pero también necesito tu apoyo– , dijo, mientras se sentaba en su escritorio y revisaba el email con las cuentas que le había enviado su contadora. – Estamos escasos de suministros, no han llegado a tiempo todos los ingredientes y Pat sólo se preocupa, como tú, por decirme que me calme.

– Oye, no creas que me estoy poniendo del lado de alguien. Es solo que estos días has estado un poco preocupada y te entiendo, pero es importante que te relajes. Si sigues así te vas a quedar cocinando tú sola.

Ariadne se quedó en silencio y vio que la puerta se abría.

– Son los “pedazos de cielo” que pediste– , le dijo Pat mientras se acercaba a su escritorio.

– Oye Al, tengo que colgar, te espero para cenar esta noche. Adiós

Se quedó mirando a Pat en silencio. Tomó una respiración profunda se puso de pie, mientras dejaba su teléfono en su escritorio.

– Escucha Pat, sé que me porté como una perra hace un rato. Tú mejor que nadie entiendes la importancia de lo que nos está sucediendo, ¿Verdad?

– Claro Ari, no te preocupes. Todos sabemos que esta es una experiencia inolvidable. Que estás bajo una gran cantidad de estrés y que... Pues, puedes estar un poco irritable, pero nos estamos esforzando por hacer las cosas bien. Mejores que bien. Excelentes como siempre has querido

– Dime Pat, ¿qué sería de mí sin ti?– Y le dio un abrazo enorme a Pat. Estaba siendo honesta con lo que le decía. Sin su apoyo jamás habría logrado llevar el restaurante hasta donde había llegado.

Pat sonrió y salió sigilosamente, cerrando la puerta detrás de sí.

En este lugar estaba toda su herencia. Al morir, su padre le había legado una pequeña fortuna familiar, que había conseguido a lo largo de los años con su trabajo como carpintero y restaurador de muebles. Una lágrima rodó por su mejilla, haberlo perdido había sido una gran tragedia en su vida. Él había cuidado de ella desde que había sido pequeña, desde que su madre había muerto de un infarto fulminante cuando tenía siete años.

La enfermedad de su padre había sido larga. Sesiones interminables de quimioterapia que sólo le daban un alivio pasajero. Estuvo siempre a su lado y tuvo que verlo marchitarse cada día, hasta que una mañana, no se despertó más. Se había quedado sola en el mundo y había sentido que todos sus sueños habían perdido el sentido. Ya no había nadie que pudiera decirle lo orgulloso que se sentía de ella, nadie con quien ensayar sus recetas y nadie para quien cocinar fuera del trabajo. Había quedado devastada y a punto de dejarlo todo y largarse a las Antípodas. Pero, entonces, había conocido a Albert, que la había ayudado a levantarse y le había recordado de qué estaba hecha.

Ahora, cinco años después de haber abierto, había llegado hasta el lugar donde se encontraba y no podía dejar de soñar con todo lo que vendría para el restaurante al alcanzar la tan codiciada estrella. Iba a mejorar los sueldos de sus empleados, le iba a dar un bono muy merecido a Pat... Pero todo esto era un secreto, sólo podría cumplirlo cuando todas las inversiones se hubieran recuperado, al menos, por los siguientes seis meses y las finanzas del restaurante estuvieran mejores.

Tenía muchas deudas y en este momento Al era su principal apoyo. Sin él no habría podido invertir lo que tenía en mejorar el restaurante y sabía que le faltaba un largo camino por recorrer para pagar todo lo que debía y, en un futuro, poder reinvertir en otros locales y convertir su restaurante en una verdadera cadena, con presencia en las ciudades más importantes del mundo.

Tomó la cucharita que le había traído Pat y probó el postre que había pedido. Estaba perfecto, en su punto y mientras se deslizaba por su lengua, el mundo entero dejó de existir y todo tuvo sentido una vez más.

A la hora de cerrar, se acercó a su equipo de cocineros. Siempre comían juntos al terminar el día y le pidió a uno de los meseros que trajera prosecco suficiente para todos.

— Esta noche quiero hacer un brindis por todos ustedes. Por las personas que se encargan de hacer que este lugar sea tan maravilloso como es— , dijo.— Se que las últimas semanas nos han cargado con muchísimas tensión y que personalmente, no estoy en mi mejor momento. Quiero pedirles disculpas, pero principalmente, quiero agradecerles por su dedicación y empeño. Gracias por hacer parte de esta familia, de este sueño. ¡Salud por ustedes y por nuestra futura primera estrella Michelin!

Las copas se levantaron, sin entusiasmo y todos se miraron entre sí. No había emoción en este brindis, que en otro momento los habría llenado felicidad. Sólo había cansancio y molestia y se podía ver gestos de resentimiento entre ellos.

Ariadne tomó un largo sorbo de su copa, mientras posaba su mirada en cada uno de sus empleados y sentía un profundo dolor al ver que la felicidad se escapaba de todos ellos, de su equipo de trabajo y de su preciado restaurante.

– Quiero también informarles– , dijo sonriendo, aunque la sonrisa no le llegó a los ojos,– que en cuanto obtengamos la estrella, las reservaciones se van a disparar y, aunque vamos a tener más trabajo, también vamos a tener más ingresos. Por eso, espero poder aumentarle el salario a todos.

– Gracias Chef– , dijo Pat sonriendo y mirando de manera acusadora a todos en la mesa.– No esperábamos menos de ti, ¿cierto chicos?

Se escuchó un murmullo generalizado que fue interrumpido por la llegada de la comida. En ese momento todos dejaron de hablar y enterraron las cabezas en los platos, evitando mirar a Ariadne o a Pat.

Ariadne no comió, no podía y además había hecho planes para cenar con Al. Se despidió de todos y salió del restaurante. En la puerta la esperaba un taxi que la llevó a casa.

Hacía muchas noches que no cenaban juntos, así que se había arreglado un poco en el camino, retocando su maquillaje y tratando de mejorar un poco su cabello. Se lo había recogido en un moño alto, del que se escapaban algunos mechones y se había puesto un poco de su perfume favorito.

Subió al ascensor y se miró al espejo. El cansancio se veía en su cara, oscuros círculos negros habían aparecido bajo sus ojos y su mirada no se veía precisamente feliz. Pero iba a hacer que esta noche fuera maravillosa, para ella y para Al.

Abrió la puerta del apartamento y lo encontró sentado en las sombras, sabía que se había servido un trago porque escuchó los hielos tintineando en el vaso. El blues llenaba el ambiente. Al disfrutaba tomarse un trago de whisky al final del día, mientras escuchaba su música favorita.

– Hola– , dijo Ariadne, dejando el bolso en la barra de la cocina.– Día pesado ¿eh?

– Un poco, hoy hubo varios eventos importantes– , le respondió, mientras se levantaba de la silla para saludarla. Le dio un beso rápido en la mejilla. – Estoy hambriento ¿qué vas a cocinar?

Ariadne suspiró. Por alguna razón, las cosas se estaban poniendo raras entre ellos. Eran pocas las noches en que Al la esperaba despierto, o en las que estaba en casa cuando ella llegaba. Tal vez era su culpa, por estar demasiado centrada en el trabajo. Pero, debía reconocer que lo extrañaba, aunque estaba parado justo a su lado. Temía una despedida, temía que la abandonara.

– Estaba pensando en hacer un curry de langostinos, acompañado de fideos de arroz y vino blanco. ¿Qué te parece?– Preguntó, sonriendo.

Al la miró, sin verla. – Sí, suena bien. Voy a darme un baño mientras cocinas– , dijo mientras se dirigía a su habitación.

No quería estar imaginando cosas, pero, sentía que Al se estaba alejando. Sentía que ya no la miraba como antes, con admiración. Hacía unos meses lo sentía distante y a veces, creía que la evitaba deliberadamente.

Fue a la cocina, se sirvió una copa de vino y empezó a preparar la cena, en pocos minutos el aromático curry invadió toda la casa y su estómago gruñó. Ella también estaba hambrienta. Pronto, la comida estuvo lista, pero el baño de Al parecía estarle tomando demasiado tiempo. Se dirigió al cuarto y lo encontró profundamente dormido.

– Al, cariño, la cena está lista– , dijo mientras lo tocaba suavemente en el hombro.

– Come tú– , le respondió, dándole la espalda y metiéndose aún más profundo debajo de las mantas.

Ariadne salió del cuarto con lágrimas en los ojos. Esta noche tampoco sería importante. Esta noche se sentía más como una despedida que como una celebración.

CAPÍTULO TRES

– Pat... ¡Ven rápido!– gritó uno de los meseros, mientras entraba abruptamente a la cocina y se tropezaba con uno de los cocineros encargados de la zona de ensaladas.– ¡Pat! Es urgente.

– ¿Por qué tanto alboroto Charlie? Esta cocina es sagrada y no hace falta entrar como un huracán y gritando. Acá no estamos sordos– . contestó Pat molesta, dejando a un lado un plato de steak pimienta, y limpiándose las manos en el delantal.

– Discúlpame por favor. Ven, necesito hablarte en privado.

– Está bien, pero, que sea breve. La cocina está trabajando a toda máquina, tenemos muchos pedidos– , contestó mientras evitaba poner los ojos en blanco y hacer una mueca de desagrado.

– Es que... Creo que el inspector acaba de llegar– . Dijo Charlie, retorciéndose las manos, claramente nervioso por lo que acababa de decir.

– ¿El inspector? ¿Cuál inspector? No tenemos planeadas visitas de salubridad. Fueron hace un mes.

– El inspector Michelín, Pat.

– ¿Cómo puedes saberlo? Ellos trabajan de incógnito y nadie los conoce...

– Es que... ¿recuerdas el anterior restaurante en el que trabajé?– Dijo mientras miraba a todos lados, como si no quisiera ser escuchado por nadie. – Allá atendí a la misma pareja que acaba de entrar, no son norteamericanos y el pedido que hicieron... Creo que son ellos, creo que han venido a hacer la evaluación.

– ¿Quién los atendió?

– Yo... están en una de las mesas de mi zona, y...– La miró y le extendió el papel donde había tomado la orden. Pat lo tomó de sus manos y lo miró largamente.

– No digas ni una palabra de esto a nadie. ¿Entiendes?– Dijo en tono amable y tranquilizador.– Yo misma me haré cargo de que este pedido esté perfecto y que la experiencia de su visita sea inolvidable para todos... Especialmente para Ariadne– . Y se giró para volver a la cocina, mientras le guiñaba el ojo.

Pat se quedó mirando largamente el papel que le entregó Charlie. Como buena sous-chef, sabía que debía memorizar detalladamente la orden, antes de entregársela a cada una de las estaciones de trabajo. Se acercó a cada una, de la forma en que lo hacía normalmente, pero, esta vez, le dijo a la encargada de la estación de repostería que ella misma se encargaría de preparar las porciones de “Pedazos de cielo”.

– Sé que después de lo que pasó con Ari estás bastante nerviosa con la preparación– , dijo mientras frotaba la espalda de la chica que había recibido gritos la semana anterior.– Hoy me encargo yo. Toma un descanso.

– Gracias Pat, eres un ángel– . La chica le sonrió y se retiró a la sala de descanso que tenían en la parte de atrás de la cocina.

Pat había sido una de las inventoras de la receta. En realidad, ella había desarrollado la receta y Ariadne se había llevado todo el crédito delante de los demás cocineros, al haber modificado un par de ingredientes y la presentación.

Tomó cada uno de los ingredientes y dedicó el tiempo necesario a preparar la mejor versión del postre, mientras los demás platos estaban siendo cocinados. Cuando terminó, sonrió satisfecha y se alejó dos pasos para mirar su creación. Miró nuevamente a su alrededor y llevó el postre al mesón donde se ponían los platos listos para ser llevados

a las mesas. Se aseguró de ponerlo junto con los demás platos de la orden de los supuestos inspectores Michelin y se retiró, sin dejar de mirarlo jamás.

– Si no son inspectores Michelin, por lo menos tendrán redes sociales...– Dijo para sí, esbozando una sonrisa malévol. Tomó un vaso de agua y lo levantó en el aire, como haciendo un brindis.– Salud querida Ariadne Brown– . Ariadne le sonrió desde el otro extremo de la cocina, donde estaba discutiendo con las persona encargadas de las sopas, por no usar suficiente crema de leche en la crema de cebolla.

Se dirigió a la puerta, llamando a Charlie, que esperaba ansioso por el pedido en el que había estado trabajando.

– Charlie, todo está listo, ya tienes el pedido. Como siempre, haz tu magia y que se sientan en el mejor restaurante del mundo.

CAPÍTULO CUATRO

Ariadne se había levantado mucho más temprano que de costumbre esa mañana. Había dejado a Al durmiendo plácidamente, mientras se daba una ducha y se vestía con ropa cómoda y abrigada para ir al mercado. Sabía que esa época del año era en la que llegaban las mejores piezas de pesca y si quería conseguir algunas, debía estar en primera fila en los puestos del mercado.

Quería conseguir un buen atún de aleta amarilla y algunas centollas, para poder revivir los platos de estación, que eran tan apetecidos por algunos de sus clientes más asiduos.

Habían pasado algunas semanas desde la discusión con Pat y, aunque nada parecía haber cambiado entre ellas, los ánimos en la cocina aún se sentían raros. El número de platos y vasos rotos seguía en aumento y la cocina, antes animada por cantos y risas, se había convertido en un lugar silencioso del que habían escapado los chistes y el buen humor.

Sabía que debía hacer algo para que las cosas se tranquilizaran un poco. Siempre habían tenido una buena relación como equipo y no quería que una pequeña discusión se quedara flotando en el aire como algo demasiado grave y que llegara a resquebrajar las cosas entre todos. Por fortuna siempre había podido hablar con ellos y resolver todo con tranquilidad.

Caminó lentamente por el mercado, mientras se distraía viendo frutas exóticas, y el olor que salía de cada puesto, la reconfortaba. Al menos en ese lugar, donde era una compradora más, podía sentirse en paz. Podía mirar a su antojo y recibir sonrisas y buenos tratos. Extrañaba mucho los días en que su restaurante había sido su sueño más

preciado, donde cocinar era una verdadera pasión y más que lograr la perfección, se enfocaba en encontrar la felicidad en cada plato.

Fue caminando de puesto en puesto, negociando las mejores piezas que encontró y programando las entregas para ese mismo día. Sin darse cuenta, llegó al final del mercado, en la zona de los puestos de comida, que abrían las veinticuatro horas, para atender a todas las personas que frecuentaban el mercado, ya fuera porque buscaban un bocado de media noche, o porque estaban desde muy temprano comprando.

El olor de la comida la atrajo a un pequeño puesto de comida Thai, donde atendía una mujer que parecía tener todos los años de la tierra. Era pequeña y bronceada, vestida impecablemente de blanco y sonreía mientras servida platos de pollo y verduras salteadas, con un suave pero penetrante olor a condimentos y especias.

La mujer la miró por un minuto y le entregó su tazón, con una sonrisa.

– Estás triste niña– , le dijo mientras le tomaba la mano.

– ¿Quién? ¿Yo? No, no señora, sólo estoy pensativa.

– Estás triste, pero, eso va a cambiar muy pronto. Van a pasarte cosas muy buenas y ese día me recordarás, así como recordarás este pollo que más que alimentarte el cuerpo, te va a alimentar el alma.

Ariadne la miró por un segundo, pensando si esta buena mujer no habría perdido la cabeza por inhalar tantos vapores de cúrcuma y jengibre. Tomó un pequeño bocado e inmediatamente sintió que oleadas de felicidad la recorrían, este sencillo plato de pollo con verduras la había reconectado con los orígenes, con el verdadero sentido que tenía para ella cocinar. Y lloró, como una niña pequeña perdida en ese mercado. Recordó a sus padres, recordó la

escuela, recordó los viajes que había hecho, metiéndose en todas las cocinas que podía para aprender recetas ancestrales de otras culturas. Recordó lo que se sentía ser simplemente Ariadne Brown y disfrutar de su vida, de sus pasiones, de los detalles más pequeños de su cocina.

Terminó de comer y se acercó a pagar pero, sobre todo, a agradecerle a esta mujer que le había animado el alma. Cuando llegó al puesto, ella ya no estaba. Le pagó al adolescente que estaba ahora atendiendo y decidió que regresaría caminando.

Mientras recorría las calles que la separaban del restaurante, pensó que era mejor irse temprano y esperar ella misma por las cosas que había comprado. Sabía que tenía que liberar un poco de trabajo a Pat, pues se había apoyado demasiado en ella durante los últimos días. Tomó su teléfono y buscó el número entre los contactos.

El teléfono repicó un par de veces antes de que le contestara.

– ¡Hola Pat! Se que son casi las cinco de la mañana, discúlpame por llamarte tan temprano. Sólo quería decirte que por favor te tomes el día libre.

– ¿Ah? Ari... ¿Estás bien?

– Sí, estoy mejor que bien– , dijo y la sonrisa se sentía en su voz. – Es sólo que quiero compensarte, aunque sea un poco, por todo lo que estás haciendo por mí y por el restaurante. Se que he abusado de ti poniéndote tanto trabajo. Por favor quédate en casa y no te preocupes de nada. Me encargaré de enviarte tu almuerzo favorito. No quiero verte en el trabajo hoy.

Colgó, sin dejar que Pat le contestara. Sabía que podía ser testaruda y negarse a tomar un día de descanso, aunque era evidente que lo necesitaba.

Lentamente comenzó a amanecer y estaba cada vez más cerca del trabajo. Se detuvo en un pequeño puesto de donuts y compró una con café negro extragrande.

– Está bien mimarse un poco de vez en cuando ¿No?– , se dijo a sí misma mientras saboreaba esta pequeña donut. Este lugar era su favorito desde que era niña y daba paseos con su padre. Jamás había logrado igualarlas y aunque había intentado comprar la fórmula, el dueño se había negado a venderla.

Aún a esa hora de la mañana, la ciudad ya estaba activa y llena de gente que se movía de un lado a otro. Oleadas de trabajadores entraban y salían de las estaciones del metro. Por primera vez, en mucho tiempo, Ariadne estaba siendo consciente del mundo que la rodeaba y se sentía feliz.

Faltándole sólo dos calles para llegar al restaurante, pensó que lo mejor que podía hacer, era entrar por la zona de recibo, y esperar a que llegaran el atún y las demás cosas que había pedido. Se acercó y vio que un pequeño grupo de sus empleados ya estaban esperando las entregas. Pero, la conversación que escuchó le heló la sangre.

– ... Y como siempre la maldita Ramsey, tenía que venir a regañarnos a todos– , dijo Claire, la jefe de meseros.

No la habían visto y se quedó parada detrás del camión que descargaba las verduras. Escuchar esto hizo que se le cayera el corazón al estómago.

– Parece que nunca hubiera tenido que atender mesas o cocinar desde lo más básico– , dijo la chica de la repostería, a la que había tratado tan mal por el postre hacía unas semanas.

Salió lentamente de detrás del camión y todos palidieron al verla. – Buenos días, chicos. Hoy me voy

a encargarse de recibir el resto de las entregas, por favor descansen mientras empezamos nuestra jornada de trabajo.

Todos se alejaron en silencio, ninguno de ellos dijo nada más ni volteó para mirarla. Ariadne quería llorar, quería sentarse en el suelo del estacionamiento y quitarse, con lágrimas, la tristeza y la rabia que sentía. Jamás pensó que la vieran de esa manera, jamás pensó que pudieran tenerle como apodo el nombre de uno de los chef más temidos en el mundo. “La maldita Ramsey”. Tenía que hacer algo al respecto, pero, por ahora, se iba a concentrar en revisar los pedidos y recibirlos. Ahora sí estaba triste, pensó, recordando a la señora del pollo thai.

Eran cerca de las diez cuando pudo entrar a su oficina y cambiarse la ropa de calle por el uniforme. Siempre había amado estas prendas que le recordaban por lo que había trabajado tan duro durante tantos años.

Se sentó al escritorio a revisar los asuntos pendientes del día y mientras encendía su computadora, sus ojos se fijaron en un sobre que había a la derecha de su escritorio. Contuvo la respiración y por un instante sintió que el mundo daba vueltas a su alrededor.

El sobre venía a su nombre, y en la esquina superior izquierda se podía ver el membrete Michelin. Tomó el sobre y lo giró, para mirarlo bien por todas partes. Sabía que el informe sólo constaba de dos páginas, por lo que no esperaba encontrar mucha información en él. Sólo una descripción del servicio y de los platos que habían sido evaluados.

Sintió una necesidad creciente de hablar con su padre, eso le ocurría siempre que le pasaban cosas importantes y su corazón parecía haber olvidado, deliberadamente, que él

había muerto y que no podía llamarlo. Al menos, no se había descubierto buscando su número en el teléfono.

Se levantó, dejando el sobre nuevamente en su escritorio y se dirigió a la cocina por un café. Caminó lentamente por el lugar, mirando cada detalle, las cajas con vegetales frescos, la forma en que almacenaban las ollas, la disposición de las cosas... Todo ordenado, todo impecable y todos sus chicos trabajando como una máquina bien aceiteada. Era imposible que les hubieran negado la estrella. Sabía que a partir del momento en que abriera el sobre, todo, absolutamente todo, iba a cambiar.

Se sirvió una aromática taza de café recién hecho y regresó a su oficina. Se sentó en su escritorio y, después de tomar un sorbo, se dispuso a abrir el sobre.

CAPÍTULO CINCO

– ¿Qué?

De pronto se escuchó un grito que resonó por toda la cocina del restaurante. Ariadne no podía creer lo que había acabado de leer. Sus ojos revisaban una y otra vez el contenido del informe. Tenía que ser una broma de mal gusto. Revisó nuevamente el sobre, buscando cualquier alteración en él que le sirviera de pista para saber si era falso.

Estaba muy alterada y no quería salir así de su oficina. No quería desquitarse con nadie y, menos aún después de haber escuchado como la estaban llamando los cocineros. No quería reforzar en ellos esa imagen de jefe gritona y explosiva. Caminó dentro de su oficina por unos momentos, se volvió a sentar y se decidió a llamar a la oficina de la Guía Michelin, para confirmar la autenticidad del sobre.

Después de pasar las numerosas opciones del conmutador, por fin logró comunicarse con un ser humano.

– Eh... Hola. Soy Ariadne Brown y quisiera saber si ustedes me enviaron un sobre.

– Hola chef Brown. Estoy verificando esta información y sólo nos tomará unos segundos, por favor continúa en la línea.

Empezó a sonar una música suave en la línea, mientras Ariadne esperaba. Odiaba la música de espera de los conmutadores, deseaba que en cuanto la operadora regresara con ella, le informara que no habían hecho ningún envío para ella.

– Chef Brown, gracias por esperar. Efectivamente el día de ayer enviamos un sobre a tu restaurante. En la firma de recibido aparece el nombre de Patrice Stevenson...

– Gracias. Ya sé quién recibió el sobre– , dijo Ariadne interrumpiendo a la operadora al otro lado de la línea. – Gracias por tu ayuda, que tengas un buen día.

La operadora finalizó la llamada y Ariadne sentía que la ira crecía en su interior. Podía ver fragmentos del informe bailando ante sus ojos, “Descuidados en los detalles”, “Errores imperdonables”, “Se encontró una fibra azul sospechosa en el postre. Podría ser un cabello”.

Ari desvió su mirada de la carta y se dejó caer pesadamente en su silla. Pensaba en quién podría tener el pelo azul en el restaurante. Se levantó decidida y se dirigió a la cocina. Su respiración acelerada la delataba. Estaba furiosa y lo sabía. Tenía que controlarse, tenía que encontrar al responsable de este error imperdonable y lo iba a despedir. Y, adicionalmente, se encargaría de que no volviera a poner un pie en una cocina nunca jamás.

Abrió la puerta de la cocina y todos se quedaron en silencio. Mirándola de arriba abajo. Sabía que no era precisamente el ejemplo de la calma en ese momento y vio como algunos de sus empleados palidecían.

– Chicos, dejen de hacer lo que están haciendo y acérquense por favor.

Uno a uno, fueron armando una línea frente a ella y pudo observar como algunos le miraban la mano. No se había dado cuenta que seguía teniendo el informe en la mano y no se esforzó en esconderlo.

– Sí, como pueden ver, acabo de recibir el informe de la visita de la Guía Michelin– , dijo con la voz temblorosa por las lágrimas y la rabia.– Necesito pedirles que, por favor, se quiten los gorros. Quiero ver algo.

Todos se quitaron los gorros, algunos lentamente, otros más rápido. Ariadne caminó entre ellos y al terminar de mirarlos, se sentía aún más sorprendida.

– Chicos, ¿alguno de ustedes se ha hecho un cambio de color en el cabello en el último mes?

Se miraron entre ellos y levantaron los hombros. Contestaron que no, casi al unísono y Ariadne los envió de nuevo al trabajo.

Todo tenía que ser un error, un maldito error. ¿Podría el inspector haberse equivocado de restaurante? En su informe había descrito bien el lugar y había usado los nombres de los platos que estaban en la carta. Ariadne sentía ganas de llorar, de correr. Se sentía perdida e impotente. Quería irse, alejarse del restaurante, alejarse de todo. Este informe hacía que todos sus sueños se vinieran abajo y que las esperanzas que tenía de pagar sus deudas y mejorar los salarios de sus empleados se esfumaran.

Tomó su teléfono y buscó el número de Al. Marcó y escuchó cómo la llamada se iba directamente al buzón. El teléfono estaba apagado y no tenía con quién más hablar. No podía llamar a Pat porque le había dado el día libre. Estaba sola, completamente sola.

En ese momento Ariadne entró en su oficina, cerró la puerta detrás de sí y lloró. Lloró de tristeza, lloró por la impotencia, lloró porque sabía que las cosas se iban a poner más y más difíciles para ella. Pero, sobre todo, lloró porque no podía creer que uno de los miembros de su equipo la había traicionado.

Iba a trabajar cada vez más y más y sabía que tenía que bajar la cabeza y volver a integrar el grupo de trabajo que la había acompañado los últimos años. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y salió de su oficina, dispuesta a darlo todo en su cocina, a recordar las cosas que la habían llevado hasta allí, pero, más que nada, dispuesta a encontrar al responsable de esta tragedia.

Esa noche se quedó hasta después del cierre, sentada en su oficina, con una botella de prosecco en su escritorio. No quería volver a casa, no quería ver a Al. Sólo quería sentarse en su cocina, en el lugar que había convertido en su hogar los últimos años y beber copa tras copa hasta sacarse la tristeza del alma.

CAPÍTULO SEIS

– Ari ¿Estás bien?

Ariadne abrió lentamente los ojos y los cerró de inmediato. Un rayo de sol le caía directamente en la cara y sentía que la cabeza le palpitaba con un dolor profundo e intenso. Acababa de darse cuenta de que tomarse tres botellas de posecco no era una idea muy inteligente y que dormirse en el escritorio era una idea aún peor.

A pesar de la terrible resaca que sentía y la forma en que la luz de la mañana hería sus ojos, tuvo que abrirlos al reconocer la voz que acababa de despertarla.

– Hola Pat... Sí... Yo... creo que bebí un poco de más, pero, con una buena taza de café, me voy a sentir mejor– , dijo mientras buscaba el sobre con el informe en su escritorio y se lo entregaba estirándole la mano.

– Sí, lo recibí ayer mientras estabas en tu reunión semanal con el contador. Lo dejé en tu escritorio para que lo encontraras cuando regresaras, entonces ví que no volviste, y supuse que lo ibas a leer ayer temprano– , dijo sonriéndole.– ¿Obtuviste la estrella?

Ariadne la miró con sorpresa, pero, era evidente que ella no sabía nada. Era de esperarse, había tenido libre el día anterior, aunque había imaginado que alguno de los chicos le habría contado lo que había sucedido.

– Pat, haznos un favor y ahórrate el sarcasmo. Quítate tu gorro, quiero ver algo.

Pat se lo quitó y de él salió una gruesa trenza con mechones en tonos de verde y azul. – ¿Qué pasa Ari, para qué quieres que te muestre mi cabello?

Ariadne se quedó muda, se levantó de su silla y mientras abría el sobre y sacaba el contenido del informe, caminó

hasta una muy tranquila Pat, que parecía no estar enterada de nada de lo que estaba sucediendo. Le puso el papel casi sobre la cara y, por primera vez en dos días, perdió el control por completo.

– ¿Qué pasa? Lee tú y dime qué pasa Patrice.

La puerta estaba entreabierta y pudo ver a Claire, la jefe de meseros, esperando a entrar a su oficina.

– ¿Qué quieres Claire?– Gritó y le lanzó una mirada de furia.

– Nada Ari, sólo quería preguntarte algo sobre los nuevos uniformes. El sastre acaba de llamar y como no contestaste, yo lo atendí...

– ¡Este no es momento de uniformes, Claire! Largo de aquí - , dijo mientras se enfrentaba a Pat, que sostenía el informe en sus manos y parecía leerlo por tercera vez.

– Ari... Yo... No sé a qué se refieren con esto. Es increíble, tú sabes bien que jamás hemos tenido un accidente así, somos cuidadosos en extremo con...

– ¡Cállate! Todo esto es tu culpa. Me has traicionado de la peor manera– , dijo Ariadne y su voz se quebró, escondiendo un sollozo. – Tú eres como mi hermana, ¿En realidad me odias tanto?

– Oh Ari, ¿Realmente creerías que todos acá íbamos a seguir aguantándonos tus malos tratos? Todos estamos hartos de ti y sí, yo misma puse el pelo en postre. No te mereces una estrella en este momento. Los chicos de la cocina te llaman La Ramsey, los meseros tienen miedo de hablar contigo, los proveedores están hartos de que no les pagues– , dijo con condescendencia. – Yo misma estoy cansada de que me robes mis recetas y las hagas pasar como tuyas. Tú solo quieres tener una estrella Michelin para aumentar tu ego, pero, ¿Te has preguntado eso en qué nos

beneficia nosotros? Ya me harté de estar bajo tu pulgar. Pat esto, Pat aquello, Pat lo otro. No soy tu maldita esclava, ¿sabes?

– ¡Maldita perra traidora! Te juro que me voy a encargar de que nadie más en este país vuelva a darte trabajo en una cocina, ni siquiera lavando platos– , gritó con lágrimas en los ojos.— Vete de aquí y te juro que vas a saber de mí. Mi abogado va a contactarte para finiquitar los asuntos de tu contrato y tu pago.

– ¿Sabes algo Ari? La que va a saber de mí eres tú, te lo juro– , dijo saliendo de la oficina y dando un portazo detrás de sí.

Ariadne se derrumbó en el piso de su oficina, se sentía mareada y con náuseas. Todo le daba vueltas y no podía creer que Pat hubiera saboteado su proyecto más grande. ¿Cómo podía acusarla de robarle las recetas? Ellas habían trabajado juntas, siempre como un equipo, y ahora venía a echarle en cara lo que habían logrado entre las dos.

Esperó un momento demasiado largo a que pasara el mareo y se levantó. No sabía cuánto tiempo había pasado, podrían haber sido minutos, tal vez mucho más. Se dirigió al baño, se lavó la cara y se puso un uniforme limpio. Se recogió el cabello y se preparó para salir a la cocina. Sabía que tenía que ir a resolver el escándalo que con seguridad estaba teniendo lugar afuera.

Se acomodó el gorro y abrió la puerta de su oficina. Desde allí se oían las voces de todos, pero, no alcanzaba a diferenciar las conversaciones. Apuró el paso y en un segundo llegó a la cocina. Todos estaban en un corrillo, mirando el teléfono de Claire. No había rastro de Pat en el lugar.

– ¿Puede alguien decirme qué está pasando acá?— Preguntó levantando la voz para hacerse oír en medio de las

conversaciones de todos.

– Nada Ari, no pasa nada, sólo estamos viendo un video muy divertido en redes sociales.

– Chicos, hay algo que tienen que saber. Como pudieron darse cuenta ayer, por fin recibimos el informe de la Guía Michelin. Nos negaron la estrella porque encontraron un pelo en la comida.

Un murmullo recorrió la sala. Ariadne les hizo un gesto con la mano, para que guardaran silencio y le permitieran continuar.

– El informe fue muy específico y fue por eso que les pedí ayer que me dejaran ver su cabello. El que encontraron era azul– , dijo y tomó una respiración profunda antes de continuar.– Por desgracia la única persona que estaba en la cocina, hace un mes y medio, cuando nos visitaron y tenía el pelo azul, era Pat. Debido a eso, he decidido prescindir de sus servicios.

Todos los empleados se miraron entre ellos. Un pesado silencio se posó sobre todos y Ariadne sintió las miradas acusadoras de sus cocineros.

– Por el momento y, mientras encontramos el mejor reemplazo para Pat, es importante que sigamos trabajando con todo el compromiso que hemos tenido hasta ahora. Yo misma estaré al frente de la cocina para apoyar todo lo que tenemos que hacer cada día.

– Nos va a joder La Ramsey.

Ariadne los miró. – ¿Quién ha dicho eso?– , preguntó mirando a cada uno de sus empleados.

– Fui yo– , dijo una voz que venía desde atrás de donde estaban todos. – Yo soy la “chica de los postres” como sueles llamarme. Llevo seis meses acá y jamás pudiste saber cuál era mi nombre. Pues para tu información, soy

Sandy y me voy. Acá tienes mi delantal. Y sí, estamos todos hartos de ti, te llamamos La Ramsey porque no paras de gritar, de ofendernos y de minimizar nuestro trabajo. Suerte con tu vida Chef Brown.

Ariadne no lo podía creer. ¿Qué estaba sucediendo en su cocina? ¿En qué momento se había salido todo de control? ¿Cuándo se había ido todo a la mierda? Tomó una respiración profunda, para ayudarse a mantener la calma. Miró nuevamente a cada uno de sus cocineros y formuló una pregunta que la hacía temblar.— ¿Alguien más quiere seguir a Pat y Sandy?

Vio que dos de sus empleados se acercaban al lugar donde colgaban sus delantales y en voz baja le dijeron — Gracias chef.

— Muy bien. Chicos, tenemos un restaurante que atender, vamos a ponernos manos a la obra. ¿Les parece?

— ¡Sí, chef!— contestaron al unísono y se dirigieron a sus estaciones de trabajo.

Su teléfono no había parado de vibrar en su bolsillo, pero, no habría sido un buen momento para contestar llamadas o mensajes. Estaba hablando con su equipo, estaba conteniendo una tormenta. Salió un momento a su oficina y tomó el teléfono. Tenía 25 llamadas perdidas y 200 mensajes de texto, además de notificaciones en sus redes sociales. Algo estaba pasando e iba a averiguar de qué se trataba.

CAPÍTULO SIETE

Caminó lentamente por el pasillo que conducía a la oficina. Sentía náuseas y parecía que iba a vomitar en cualquier momento. Una mezcla de emociones bullía en su interior y no parecía poder procesarlas. ¿Qué había llevado a Pat a cometer semejante acto de traición? Nada podía explicarlo. Se habían conocido en la escuela de gastronomía y siempre habían estado ahí la una para la otra. Se habían secado las lágrimas en los momentos más difíciles y habían celebrado juntas sus victorias. Cuando había abierto el restaurante no se la había ocurrido una mejor persona para ser su mano derecha, para ser la segunda al mando, para que fuera su apoyo... Y la había traicionado. Había saboteado el paso que las llevaría a la cima. Tener una estrella Michelin no sólo habría destacado el nombre de Ariadne, habría mejorado el reconocimiento del restaurante y, por ende, el nivel de ingresos que tendrían todos.

Se sentó en su sofá, se quitó los zapatos y se acomodó para poder encargarse de su teléfono. Empezó por revisar la aplicación de mensajería. Había mensajes de un montón de números que no conocía. Se deslizó por la primera conversación.

Así que no eres tan adorable como todos creían. ¡Bruja explotadora! Vas a arder en el infierno.

¿A qué se refería esta persona? Tal vez era un conocido de Pat o de Sandy. Siguió hacia abajo en la pantalla. Los siguientes diez mensajes eran de personas que cancelaban sus reservaciones para ese día y los siguientes. Las lágrimas brotaban de sus ojos. No entendía nada y ni siquiera tenía fuerzas para pararse y gritar o contestar los mensajes de cancelación. Eso lo haría después.

Deslizó el dedo por la pantalla, hasta que encontró un mensaje de Al, entre tantos otros en los que la insultaban y le decían cosas horribles, cosas que jamás imaginó escuchar. Esperaba que, por lo menos, se tratara de buenas noticias. Se pasó las manos por el cabello y se secó las lágrimas antes de abrir la pantalla.

Ariadne, ¿Dónde demonios estás? Contesta el teléfono.

Siguió leyendo.

Oye, Ari, te estoy llamando, es importante que hablemos.

Eran las 10 de la mañana y ese era el momento de mayor actividad en la bolsa. Al nunca escribía antes del mediodía. Salió de la aplicación y buscó el contacto en su lista de llamadas frecuentes.

– Por fin contestas, ¡Carajo Ariadne! ¿En qué mundo vives?– dijo Al, claramente molesto.

– Yo... Emm... Estaba en una reunión con los cocineros. Acabo de despedir a Pat y otras personas decidieron irse con ella. Le metió un pelo al plato del inspector Michelín y perdí la estrella– , dijo Ariadne con la voz temblorosa por las lágrimas.

– Y ahora se ha dedicado a subir videos tuyos a las redes sociales.

– ¿Videos? ¿De qué hablas?

– No te hagas la inocente Ariadne, tú sabes mejor que nadie cómo tratas a tus empleados...

– ¿Qué? Al, no entiendo nada...

– Entra a internet y ve al buscador. Eres tendencia en redes, busca “La Ramsey” y busca “Chef maldita” y verás a qué me refiero.

Al terminó la llamada sin despedirse. Se escuchaba la molestia en su voz. Jamás la llamaba por su nombre

completo. Ari encendió su computador y empezó a buscar las referencias que su prometido le había dado. Entró a un lugar sensacionalista y en cuanto empezó a reproducir el video, su corazón se cayó a su estómago. Alguien había grabado la discusión entre ella Pat esa mañana y la había subido a internet. Ya tenía medio millón de reproducciones y sólo había pasado unas horas desde que sucediera. Pero, la habían editado. Habían cortado la parte en que Pat admitía su responsabilidad por haber puesto el cabello en el postre.

– ¡Dios mío!– dijo Ari.

Siguió revisando las publicaciones y se dio cuenta que estaba en redes sociales. Abrió una de las suyas y encontró muchos mensajes ofensivos, llamándola de formas que jamás creyó que alguien podría usar al referirse a ella.

Se levantó y caminó un poco por su oficina. Sabía lo grave que podía ser para ella todo lo que le estaba sucediendo, y que podría ser mucho peor para la reputación del restaurante. Su teléfono vibró en su mano. Lo miró y vio que era uno de sus mayores proveedores. Contestó inmediatamente. Joseph Randall era una de las personas más importantes y queridas para ella y su negocio.

– Buenos días, Joseph, ¿Cómo has estado?

– Buenos días, Ari. Imagino que un poco mejor que tú. Fue imposible no ver el video en redes– , dijo, con tono apesadumbrado.

– Sí, al parecer lo ha visto ya medio millón de personas. Esa cosa se volvió viral y ...

– Es una verdadera lástima. Tu restaurante iba muy bien, imagino que ahora las cosas serán diferentes.

– ¿Iba? ¿A qué te refieres con eso?– Dijo, tratando de disimular la rabia en su voz.

– Bueno Ari, ya sabes cómo son las cosas con estos escándalos mediáticos. Las cosas podrían ponerse feas. De hecho, vas a disculparme, pero, creo que mi llamada va a empeorarlas un poco.

– Hmm

– Mi contador me dijo que tienes varias facturas pendientes y...

– Entiendo. Quieres que te haga todos los pagos atrasados lo más pronto posible– . Ari cerró su mano libre con tanta fuerza, que se podía ver sus nudillos volviéndose blancos.– Hoy mismo tendrás el dinero, no te preocupes.

– No es sólo eso Ari. Mientras pasa este escándalo y el restaurante se recupera, no podré darte más crédito. Tú me entiendes ¿Verdad?– Respondió Joseph tratando de sonar paternal y conciliador.

– ¿Cómo voy a trabajar sin tu crédito? Tú, mejor que nadie, sabes que las cosas no han estado tan bien por acá, que aún estoy tratando de ponerme a flote. No me hagas esto, por favor– , dijo, tratando de disimular la desesperación que se traslucía en sus palabras. No quería sonar suplicante, pero, lo hacía.

– Lo siento Ari, de verdad... son órdenes de arriba, mis socios no quieren arriesgar el capital de la empresa. No depende de mí esta vez.

– Gracias. Esta tarde mi contadora se pondrá en contacto contigo para confirmar el pago.

Ariadne colgó. Se sentía devastada, sin el crédito de Randall estaba perdida. Sabía que él era su mayor apoyo y de ese apoyo dependía que el restaurante siguiera funcionando.

Tomó nuevamente su teléfono y empezó a tomar nota de las cancelaciones. Ese día había quedado completamente

libre, así que dependían de los clientes que llegaran sin reserva previa que, normalmente, eran pocos.

Se levantó de su escritorio y se dirigió al baño. Se lavó la cara, se retocó el maquillaje y se peinó un poco. Podía ser un momento de crisis, pero, aun así, su equipo de trabajo no podía verla derrotada.

Se dirigió a la cocina, pronto sería hora de abrir el restaurante y debían ponerse a trabajar en los preparativos para atender a sus clientes. – ¿Cuáles clientes?– pensó amargamente y sintiendo que se le hacía un nudo en el pecho.

Al entrar en la cocina reinaba el silencio. Todos sus cocineros la miraron. Algunos con compasión, otros con miradas mudas de burla y autosuficiencia. Trató de sonreír y mostrarse optimista. Se arregló el delantal y el gorro antes de hablarles.

– Ya estoy enterada de la situación por la que estamos... Estoy pasando. Aunque esto afecta directamente al restaurante, sé que es completamente mi responsabilidad– . Aunque en su corazón sabía que todo era responsabilidad de Pat, la muy perra, no iba a mencionarla en este momento.

– Debemos estar preparados para lo que pueda pasar en este momento– , continuó.– Aunque los escándalos en redes sociales pueden ser muy perjudiciales, pueden tener el efecto contrario. Vamos a dar lo mejor de todos, como siempre.

– Y que Dios nos cuide...– Dijo alguien que no supo identificar.

– Sí, tienes razón– , respondió. No podía dejar de tener miedo, no era un buen momento, debía mantener la calma.

No quería contarles a todos que la mayoría de las reservas del día habían sido canceladas. Esperaba que el lugar se llenara de clientes, como cualquier otro día. Pero, las horas pasaban y la cocina seguía inactiva. A la hora del almuerzo sólo habían llegado un par de parejas que parecían ignorar todo el escándalo mediático. Los ánimos se cayeron cuando, en la noche, no tuvieron un solo cliente.

A la hora de cerrar, todos salieron en silencio y Ariadne temió que, a la mañana siguiente, no llegaran a trabajar. Había apagado su teléfono desde muy temprano, pues quería trabajar en paz. Quería ignorar todo lo que sucedía afuera y que nada afectara la fortaleza que necesitaba en ese momento.

Salió al estacionamiento, donde estaba su auto. Sólo tenía seis meses con ella y disfrutaba muchísimo cada vez que lo abría y sentía su olor a nuevo. Se sentó y puso la manos en el volante. Lo miró lentamente, por todas partes y sintió como si esto estuviera siendo una despedida.

— Estás siendo ridícula Ariadne Brown— , se dijo a sí misma. — Todo va a salir bien, esta es sólo una crisis momentánea.

Giró la llave en el encendido y el suave ronroneo del motor la reconfortó por un momento. No había sido capaz de comer con los empleados del restaurante, pero, su estómago gruñó mientras conducía de regreso a casa. Al la estaría esperando y todo estaría bien otra vez.

CAPÍTULO OCHO

– ¿En qué diablos estabas pensando Ariadne?– Escuchó decir a Al cuando entró al apartamento. Estaba sentado en su silla favorita, tomándose un whisky, solo, sin hielo ni agua, como hacía cada vez que había tenido un mal día o se sentía terriblemente molesto. Por el tono en su voz, pudo saber que se trataba de ambas cosas.

– No puedes estar enojado conmigo, nada de esto fue mi culpa– , contestó Ariadne mientras dejaba su bolso en la barra de la cocina. – Pat sabotó la visita del inspector Michelín, le puso un pelo en la comida, ¡Un maldito pelo azul!

– Apuesto a que no te has detenido a pensar, por un maldito segundo, qué fue lo que llevó a Pat a hacer eso, ¿Verdad?– Dijo Al y el sarcasmo era evidente y venenoso en su voz.

Ariadne estaba a punto de estallar, pero, se controló cuando vio dos maletas al lado de la silla donde estaba él.

– ¿Te vas?– Preguntó, confundida. Esto era lo último que esperaba encontrar. Al la había acompañado y apoyado desde que se habían conocido y esto era... Era sorpresivo y no sabía cómo debía interpretarlo.

– Sí. No puedo seguir teniendo una relación con una loca que le grita a sus empleados. Hoy fui el centro de las miradas en la oficina y temo que este incidente afecte mis posibilidades de obtener un ascenso en el trabajo– , respondió, tomando un trago largo de su bebida y dejando el vaso en la mesita de centro. – Ahora estás por tu cuenta Ariadne. No puedo seguir gastando mi dinero en ti, estás quebrada y me vas a arrastrar contigo.

– Al, no te vayas... No me dejes. No en este momento en que mas te necesito– , dijo mientras se acercaba a él e intentó poner su mano en su hombro, pero él la esquivó. – Todo esto es pasajero, es una crisis, vamos a estar bien, el restaurante va a estar bien y yo voy a pagarte todo el dinero que me has prestado los últimos meses.

Al se levantó de la silla, tomó sus maletas y dejó las llaves del apartamento junto al vaso vacío. Ariadne se puso de pie, parándose entre él y la puerta, evitando que se fuera.

– Al, háblame. Dime algo– , suplicó mientras ponía su mano en su pecho. – No tienes que irte, la mitad de esta casa es tuya. Yo puedo dormir en el cuarto de huéspedes...

– No te humilles más, por favor– , respondió, tomándola de la muñeca y quitándole la mano del pecho. – No puedes ser tan ingenua y realmente creer que acá no ha pasado nada. Llevamos mucho tiempo sin ser una pareja de verdad. Me cansé de esperar a que te dieras cuenta. Dejé de importarte. Lo único que realmente te interesa es ese restaurante y todo lo que gira a su alrededor.

Ariadne sollozó, mientras él le daba la espalda. Lo miró mientras llegaba a la puerta y se marchaba sin hacer ruido, pero también sin mirar atrás.

No quería llorar, no podía permitírselo. No era el momento para derrumbarse ni mostrarse débil, tenía un negocio que salvar de la ruina y de paso, tenía que limpiar su nombre. Se dirigió a la cocina y se sirvió una copa de vino rosado, que guardaba para su aniversario con Al. Acababa de darse cuenta de que ese día no iba a llegar jamás.

Se secó las lágrimas, se sentó en el sofá y encendió su teléfono. Inmediatamente empezó a sonar con las muchas notificaciones. Mensajes, llamadas y alertas de redes

sociales. Fue revisando los mensajes y, dentro de esa marea de odio, encontró uno de una reconocida periodista de farándula que le pedía una entrevista. Aceptar podía ser provechoso, pero también un arma de doble filo.

Tenía que pensarlo bien y decidió volver a ver el video. Necesitaba analizarlo con calma, con cabeza fría para saber quién lo había grabado y realmente qué era lo que se veía en él.

Entro a una de sus redes sociales y lo miró. Alguien había grabado la discusión en la que despedía a Pat y se veía que la persona había estado afuera de su oficina todo el tiempo, así que podría haber sido cualquiera de sus empleados. Se dio cuenta que no podía enfrascarse en una cacería de brujas. Esto sólo la llevaría a despedir a la mitad de sus empleados.

El corazón se le cayó a los pies. Tenía que pensar en cómo solucionar todo este desastre. Sabía que debía dar la entrevista y buscar la manera de convertirla en un artículo viral. Tenía que disculparse, aunque no quisiera. Pat tenía la culpa, pero, las palabras de Al resonaron en su cabeza.

Los últimos días habían sido horribles, la presión de la visita la había convertido en su peor versión. Sabía que había gritado, que se había portado como los jefes que tanto odiaba, pero, jamás pensó que Pat estuviera molesta. Siempre lo habían hablado todo, siempre habían logrado resolver sus diferencias. Si lo pensaba bien, ella era la única amiga verdadera que tenía. Pero, nada justificaba lo que había hecho.

Tomó nuevamente su teléfono y buscó el mensaje de la periodista. Escribía rápidamente en su pantalla.

¡Hola! Estaré más que encantada de reunirnos y darte la entrevista que necesitas. Puedo adivinar cuál será el tema,

pero, considero necesario que el mundo sepa la otra versión de la historia.

La respuesta vino sólo unos segundos después.

Muchas gracias, Ariadne, ¿te parece bien si nos reunimos para desayunar?

Revisó mentalmente su agenda para el viernes siguiente e inmediatamente le envió un mensaje para aceptar. La citó en el restaurante. ¿Qué sería mejor que dejarla entrar a su cocina y prepararle el desayuno? Sabía que una buena comida podía ablandar hasta el corazón más duro.

Terminó su copa de vino y se fue a dormir. Sola. Al podía irse a la mierda. Si la dejaba en un momento como este, sólo demostraba que era una más de las ratas que abandonan el barco antes de que se hunda.

Sabía que se estaba mintiendo a sí misma. Y lloró, porque lo amaba, porque él había sido su apoyo y no podía creer que hubiera arruinado todo. Siempre le había dicho que lo que mas admiraba era su tenacidad y dedicación, la forma en que ponía su vida entera en lo que hacía.

Recordó cuando se conocieron, cuando decidió irse a vivir con ella a su apartamento, las noches en que cocinaba para él y le hacía mil bromas, las veces en que bailaron a oscuras en el salón del apartamento, mientras escuchaban canciones románticas.

Lloró mientras lo buscaba en la cama y se daba cuenta que jamás volvería a dormir apoyada en su pecho.

Lloró tanto, que se quedó dormida, sin darse cuenta.

CAPÍTULO NUEVE

Finalmente había llegado el viernes. Ariadne se levantó llena de energía. Aunque el peso de la ausencia de Al se había sentido en una cama vacía y que había sentido enorme, sabía que no era el momento de llorar. Se levantó de un salto de la cama, aunque aún no amanecía, y se metió a la ducha. Tomó un baño rápido, con agua tibia y se arregló para darle la mejor impresión a la periodista. Mientras se maquillaba un poco, repasó mentalmente el menú para el desayuno que le prepararía.

Bajo a su auto, puso música y condujo hasta el restaurante. Al llegar allí vio una camioneta con el logo de un noticiero a los costados. Habían llegado temprano y se había dado cuenta que no sólo cocinaría para ella sino para un pequeño batallón de camarógrafos y técnicos de video.

A lo lejos vio a Christa Green, quien lucía realmente impresionante y sólo eran las 6:30 de la mañana. Tenía una larga trayectoria en la televisión y tenía fama de ser implacable. Eso hacía que Ariadne se sintiera un poco intimidada, pero, sabía que tenía que dar su mejor cara para poder salir del embrollo en el que Pat la había metido.— A la mierda la estrella Michelín—, se dijo a sí misma antes de bajarse del auto. — Esto se trata de salvar mi negocio, mi reputación y mi pellejo.

Saludó amablemente a todo el equipo y los invitó a pasar a la cocina. Había decidido que era el mejor lugar para realizar la entrevista. Primero porque a esa hora no habría nadie allí y segundo porque quería estar en su propio territorio, donde se sentía segura y podría mostrar su mejor versión.

— Christa, es un verdadero placer tenerte acá esta mañana - , dijo Ariadne, mostrando una amplia sonrisa.— ¿Te parece

bien si hacemos la entrevista mientras cocino?

– Me parece perfecto, Ari. ¿No te molesta que te llame Ari, ¿verdad? ¿O debería llamarte Chef Brown?

– Ari está bien– , contestó Ariadne. Sabía que esa pregunta no era más que una trampa. Quería saber si estaba pegada a su título, pero sabía que debía ser cálida, cercana, humana.

– Nos sorprendió mucho cuando vimos el video en redes. Tu restaurante ha logrado una gran reputación en poco tiempo y siempre hemos sabido que en tus redes has enfatizado la importancia de la calidez y el amor en tu cocina y en tus preparaciones.

– Ese video fue una verdadera lástima. Mostró mi lado mas tenso y desagradable. Estábamos todos muy estresados porque estábamos esperando una visita por parte de los inspectores de la guía Michelin– , dijo mientras abría varios huevos para la omelette con jamón y champiñones que iba a ofrecerle al equipo. – Estas visitas son estresantes para todo el equipo de trabajo y a veces ocurren este tipo de exabruptos.

– Y, aun así, despediste a tu mano derecha... Pat ¿Verdad?

– Sí, por desgracia tuve que hacerlo. En una cocina ocurren muchas cosas, pero, que te salga un pelo en la comida, es una imperdonable.

Ariadne pasó saliva y suspiró. Sabía que el despido de Pat saldría a relucir y prefería abordarlo desde el principio que esquivarlo. Después de una corta pausa, continuó.

– De todo corazón, espero que encuentre pronto un nuevo empleo. Es la mejor sous-chef que podría haber tenido– , dijo con una sonrisa triste en los labios.– A pesar de lo ocurrido, solo puedo desearle lo mejor en su vida y darle las gracias por su apoyo y comprensión.

– La gente se pregunta cómo pudiste despedir a tu mejor amiga. En el video pudimos ver que ella es la responsable de muchas de las recetas que ofreces acá ¿No te preocupa que te demande por una compensación por derechos de autor?– Preguntó Christa. Era evidente que quería sacarla de casillas, estaba pescando en sus emociones.

– Por supuesto que no, y en caso de que quiera una compensación, estoy más que dispuesta a negociar con ella lo que sea necesario– , dijo mientras empezaba a preparar el rebosado para las tostadas francesas. Le dio la espalda a Christa buscando escapar por un segundo de su mirada, pero, al girarse, se encontró de frente con una cámara, lo que la obligó a sonreír, mientras se limpiaba las manos en el delantal.

Se disculpó para ir a la bodega por unas fresas para el jugo. Todo esto había sido una pésima idea, pensó. Tomó una respiración profunda y regresó con las fresas y una sonrisa.

Estaba decidida a no continuar con su juego y mientras cocinaba, empezó a contarle su propia historia, de cómo había invertido toda su herencia en el restaurante y había elegido cuidadosamente a sus empleados, buscando personas con talentos especiales y que fueran realmente apasionados por la cocina, como ella misma lo había sido siempre.

Miró alrededor y llamó a todo el equipo que había acompañado a Christa. Les sirvió el desayuno en la misma mesa donde había comido tantas veces con su propio equipo y sonrió.

– La mejor forma de llegar al corazón de este lugar, es comiendo en él. Buen provecho para todos– , dijo y se llevó una porción de omelette a la boca.

La comida se negaba a llegar a su estómago. Christa la miraba mientras comía su propio desayuno y no podía quitarse una sonrisa sarcástica de los labios y una mirada que distaba mucho de ser compasiva.

Que fuera lo que tuviera que ser, pensó Ariadne, y por un instante recordó a la señora del mercado. Tal vez lo que le había dicho a ella, se lo decía a todos, quizás ese era su gancho para vender y no había nada de especial en ella. No, estaba segura de que se había equivocado. Esta crisis parecía ser grave y no creía que hubiera nada bueno al otro lado de la puerta.

CAPITULO DIEZ

Los días trascurrían cada vez con mayor lentitud. La cocina permanecía prácticamente en silencio y sus cocineros estaban ociosos casi todo el tiempo. Pocas o ninguna reserva se habían mantenido en el tiempo y los ingresos que estaba teniendo a duras penas alcanzaban para pagarle a los proveedores.

Estaba sentada en la oficina, mirando sus cuentas, con preocupación, cuando el teléfono vibró sobre el escritorio. Había temido esta llamada cada día desde que había pasado la entrevista.

Debía reconocer que Christa había sido amable con ella y había pasado la entrevista casi sin editar, pero, había hecho especial énfasis en el posible acuerdo con Pat. Parecía como si la estuviera alentando a que le pidiera dinero.

Atendió de inmediato la llamada de su abogado.

– Hola Clark. ¿Te llamó Pat?

– Ey Ari, no sabía que eres síquica– , dijo evitando reírse.

– La situación no me parece graciosa y lo sabes, ¿Qué quiere?

– Me dijo que quiere la mitad del restaurante– , dijo mientras se escuchaba el ruido de la autopista de fondo.

– ¿Qué? Esa mujer está loca. Todo mi dinero está invertido acá, ella jamás puso un centavo para esto.

– Lo sé– , dijo. – Lo sé. Pero, su abogada dice que te lucraste de su conocimiento y que sin él jamás habrías logrado llevar el restaurante al lugar donde está. Dijo también que no puedes ignorar que la despediste sin justificación.

– ¡Es una maldita bruja oportunista! No voy a darle un centavo. Además, no quiero ser su socia ni ver su fea cara jamás.

– Ari, respira. Está dispuesta a comprar tu mitad del restaurante. Al parecer sabe que estás pasando por un momento muy difícil y dijo que era tu mejor opción para salir con la frente en alto.

– Esta no puede ser la única opción, Clark. Dime que no lo es...

– ¿Qué tanto mejoraron tus ingresos después de la entrevista en la televisión? Porque si las cosas están regresando a la normalidad, podemos buscar otro tipo de acuerdo...

– No están mejorando. Al contrario. Cada vez tenemos menos clientes y estoy preocupada, no sé si lograré llegar a fin de mes.

– Piénsalo, tal vez sea el momento de un cambio en tu vida, de moverte de lugar y empezar de nuevo. ¿Realmente importa tanto el restaurante? Te llevas tu nombre, tú eres la Chef Brown...

– La Ramsey, querrás decir... Así me llaman mis empleados— , dijo y empezó a llorar.

– Oye, cálmate. ¿qué te parece si cuando salga de una reunión, paso por ti y almorzamos juntos? Podemos poner las cosas en perspectiva y encontrar una buena solución a todo esto.

Ari tomó una respiración profunda, se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se limpió la nariz con una servilleta que tenía al lado.

– Está bien, almorcemos juntos— , dijo después de un suspiro.— Gracias Clark.

Terminó la llamada y se desplomó en la silla. Sabía que lo que proponía su abogado era lo peor que podía pasar. No podía entender lo que había sucedido con Pat. Nunca imaginó que sería una persona envidiosa y vengativa. Jamás creyó que su interés real fuera quedarse con el restaurante, quitarle todo por lo que había trabajado con tanto esfuerzo. Creía que era su amiga incondicional y que jamás la traicionaría.

Se levantó y fue al baño, se echó agua en la cara y tomó nuevamente el teléfono. Sabía que tenía que llamar a su contadora y poner todas las cuentas en orden antes de reunirse con Clark. Tenía que saber cuánto dinero debía en realidad y cuál era el valor actual del restaurante. Ella sabría aconsejarla y decirle si tenía alguna otra alternativa a las peticiones de Pat.

– Hola. Necesito tu ayuda– , dijo.

– Estuve hablando con mi contadora y me dio pésimas noticias– , dijo Ariadne tomando un sorbo del jugo de frutos amarillos que tenía en frente. – Las cosas están peores de lo que imaginaba, Clark. Estoy básicamente en quiebra.

Clark la miró largamente por encima de la copa de vino tinto que había pedido. – ¿Estás segura de lo que me estás diciendo?

– Sí. Lamentablemente el escándalo mediático disminuyó las ventas y ahora sólo están en un diez por ciento de lo que deberían ser en comparación al año pasado. Lo logró Clark, Pat me jodió por completo.

– Tal vez aceptar su petición no sea tan descabellada del todo, si lo piensas bien. Podrías recibir algo de dinero y el restaurante seguiría funcionando. No tendrías que enfrentar los costos de un despido colectivo.

– Pero... ¿Qué va a pasar conmigo?– Preguntó Ariadne, su voz sonaba aún más temblorosa de lo que hubiera deseado.

– Nada. No va a ser tan terrible, con ese dinero puedes montar un negocio pequeño y volver a empezar. No lo habrías perdido todo.

En algún momento, los platos habían aparecido frente a ellos, no habían notado la presencia del mesero y los deliciosos aromas los sacaron de la conversación.

Ariadne había pedido un pescado de mar, al horno, con papas con romero y plátanos chips y Clark había pedido un steak tres pimientos con papas. Ariadne tomó un bocado y se dio cuenta de que estaba realmente hambrienta.

Tragó, el pescado se derretía sobre su lengua y la hacía sentir reconfortada. Buscó la mira de Clark, que sonreía mientras comía.

– La otra alternativa que tenemos es una batalla legal, ¿cierto?– Dijo mientras sostenía la mirada de Clark. Siempre le había parecido atractivo, a pesar de ser casi 20 años mayor que ella, pero, jamás habría considerado involucrarse con él, primero por Al y segundo porque sabía que era mejor tener un buen abogado que un mal amante.

– Sí. Y podría tomar años y mucho más dinero del que tienes, para resolverse. Piénsalo bien y habla de nuevo con tu contadora. Estás en el mejor momento para resolver todo esto sin que el escándalo sea más grande de lo que ya es. Ya sabemos de lo que es capaz Pat, imagínate lo que podría hacer si las cosas llegan al tribunal.

Ariadne lo miró y asintió con la cabeza. La posibilidad de perderlo todo la enojaba, pero, sobre todo, la hacía tener el mismo miedo que había sentido cuando había perdido a sus padres. Se sentía pequeña y vulnerable, más que nada, sola. Infinitamente sola y desamparada.

Terminaron de comer y Clark se negó a que Ariadne pagara su parte de la cuenta. – Piensa en esto como un regalo de liberación– , dijo guiñándole el ojo y sonriendo.

La acompañó al estacionamiento y se despidió con un abrazo y dos besos en las mejillas, – Benditos europeos– , dijo mientras se subía al auto y cerraba la puerta. El día estaba particularmente soleado y casi podría decir que feliz. Condujo por calles al azar, demorándose más de lo esperado en llegar al restaurante. Quería mirar la ciudad que tanto amaba y nuevamente sintió todo aquello como una despedida.

CAPÍTULO DOCE

La mente de Ariadne no dejaba de dar vueltas. Los días cada vez se sentían más tristes, sus empleados le habían pedido reunirse y las noticias no habían sido alentadoras.

– Chef , dijo su jefe de meseros, mirándola con tristeza.– Queremos saber qué has pensado respecto al futuro del restaurante. Todos sabemos que las ventas están muy mal. Estamos preocupados por nuestros salarios, no queremos irnos y dejarte sola, pero, también tenemos que pensar en nuestras necesidades.

Ariadne la miró y se tomó un segundo, demasiado largo, antes de responderle.

– Tengo que agradecerles por la paciencia que han tenido y la lealtad que han demostrado. Es cierto que es hora de tomar decisiones y ya hay una. Sólo estoy esperando el momento justo para comunicárselas, pero, estoy trabajando en ella– , dijo metiéndose un mechón de cabello detrás de la oreja.

Todos sus empleados se miraron entre ellos, pero, ninguno se atrevió a decir nada.

– Denme dos días para contarles. Respecto a sus pagos, no se preocupen, ese dinero está seguro en el banco– , dijo mientras se levantaba y se dirigía a su oficina.

No sabía por dónde empezar. Le había mentido descaradamente a sus empleados y lo único que tenía a la mano, era su auto. Tenía menos de cinco mil kilómetros de recorrido y sabía que eso lo haría muy atractivo. Tenía que vender el auto, antes de pensar en el dinero de Pat. Sabía que Pat no tenía dinero, o al menos eso era lo que ella creía.

Tomó el teléfono y buscó el número de Clark. El día de tomar decisiones había llegado.

– Hola Clark. Tengo una decisión– , dijo mientras se pasaba una mano por el cabello en un claro gesto de desesperación. – Ya no tengo más tiempo, necesito aceptar la propuesta de Pat, se acerca el día de pago de mis empleados y quiero saber si tendré el dinero para ese día. No quiero pensar en vender mi auto, pero, si es necesario...

– Calma chica, respira– , dijo tratando de sonar amigable. – Hace unos momentos me llamó la abogada de Pat. Dijo que está dispuesta a hacer la entrega del dinero lo más pronto posible. Estuvo de acuerdo con el valor que nos mencionó tu contadora.

Ariadne respiró profundo. Había buenas noticias después de todo. Iba a poder recuperar parte de su inversión, a pesar de la crisis.

– Pero– , continuó, después de una pausa que pareció eterna. – No todo son buenas noticias. Sólo va a recibir el restaurante después de saber que las deudas con los proveedores están saldadas.

– ¿Qué?– , dijo Ariadne y casi sonó como un grito. – ¡Es una oportunista y una desgraciada! Ella sabe a cuánto ascienden las deudas... Me voy a quedar sin nada.

Las lágrimas brotaron de sus ojos y apretó sus manos hasta que sus nudillos se pusieron blancos. No lo podía creer. Esta era una jugada maestra. Ella se quedaba con el restaurante y Ariadne se quedaba sin nada. Todo había sido un premeditado acto de maldad.

– Ari, piénsalo bien. Insisto en que es la mejor alternativa posible. Dime, entonces ¿Aceptas la propuesta?

– Sí, Clark. En este punto, no tenemos más alternativas. Mientras hablas con la abogada de Pat, voy a llevar mi auto a vender. Necesito pagar los salarios. Avísame cuando tengas el cheque para hacer los pagos a los proveedores.

– Está bien Ari, al finalizar la tarde me comunico contigo. Cuídate por favor.

Ariadne finalizó la llamada y salió de su oficina. Se dirigió al estacionamiento donde se encontraba su auto. Era tan hermoso. Siempre se había sentido orgullosa de estos vehículos eléctricos que eran una mezcla entre belleza y confort.

Se sentó en el puesto del conductor y encendió la radio por última vez. El sol brillaba y había unas pocas nubes.

– Gracias auto– , dijo, mientras acariciaba el volante y el tablero. – Se que vas a tener una buena vida con alguien más.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas y sintió la frustración, la rabia y la tristeza creciendo en su interior. Condujo por esas calles que le fueron tan familiares, dirigiéndose a la compraventa de autos.

Regresó caminando al restaurante, sabía que necesitaba despejarse antes de hablar con sus empleados sobre los cambios que vendrían en los próximos días. Se detuvo en la tienda de donuts habitual y sólo compró un café grande. Iba a extrañar tomar café a diario en este lugar, pero, su casa estaba muy lejos y no tendría sentir viajar sólo por un café.

Cuando entró a la cocina, lo hizo en silencio y notó que todo estaba ordenado y maravillosamente limpio, como le gustaba. Dejó el enorme vaso de café junto a una de las estaciones de trabajo. Se aclaró la garganta antes de hablar.

– Chicos, por favor acérquense– , dijo, sonriendo con tristeza.– Esta mañana les prometí que iba a darles noticias muy pronto. Pues el momento ha llegado.

Todos se miraron entre ellos, con intriga, pero, la dejaron continuar.

– Como bien saben, desde la aparición del video, las cosas se pusieron muy feas para el restaurante. Con toda la tristeza que tengo en este momento, debo decirles que vendí el lugar a una persona que ustedes bien conocen.

Sonidos de sorpresa e incredulidad atravesaron la cocina y todos empezaron a hablar a la vez. Ariadne les hizo un gesto con la mano para pedirles que guardaran silencio.

– Por favor, déjenme continuar. Pat es la nueva dueña y sé que muchos de ustedes van a estar muy felices de trabajar con ella. Siempre hicieron un buen equipo y debo reconocer que es una excelente sous-chef.

Todos los cocineros se quedaron mudos al escuchar la noticia. Sólo uno de ellos se atrevió a interrumpir el silencio, que flotaba pesadamente en el ambiente.

– Pero... Chef... ¿Cuándo será eso?

– Muy pronto— , respondió mirándolo a los ojos, sin ser capaz de contener las lágrimas. – Discúlpennme. Discúlpennme por todo, por esto, por gritar, por perder la calma. Y, para que estén tranquilos, ya tengo el dinero de su salario.

Se dio la vuelta para salir de la cocina, donde se escuchaban muchas voces hablando a la vez, y ella no entendía lo que decían. No quería entenderlo.

CAPITULO TRECE

Cuando pensó que nada podría empeorar, Ariadne recibió un email del banco, donde le daban una semana para salir del apartamento. Desde que había empezado la crisis y Al la había abandonado, se había atrasado en algunas cuotas y, ahora que todo empeoraba, era evidente que no iba a poder seguir pagándolas.

La entrega del restaurante a Pat había sido mucho peor de lo que esperaba. Sí le había entregado un cheque por la mitad del valor que su contadora había establecido, pero, le había pedido que el negocio debía estar libre de deudas y cuentas por pagar a los proveedores. El cheque que parecía ser su pase de salida se convirtió en simplemente quinientos dólares, que había metido a su billetera.

Caminó, dejando atrás el restaurante. No quiso mirar atrás, no podía. Sabía que, si lo hacía, se desmoronaría y no era el momento de ser débil. Recorrió varias calles hasta encontrar un parque cercano. Se sentó en una banca libre y dejó que pesadas lágrimas rodaran por sus mejillas. En muy poco tiempo lo había perdido todo. A su prometido, su restaurante y ahora no tenía dónde vivir. Ni siquiera iba a poder vivir en su auto, porque tampoco tenía uno.

No había llamado a Alexandra, su mejor amiga. Había preferido ignorar sus llamadas y mensajes, porque sabía que lo único que haría sería buscar la forma de salvarla. Alexandra ya tenía suficiente con sus propios asuntos, como para cargar con todo lo que Ariadne estaba viviendo.

Quería gritar, quería correr, quería cerrar los ojos y pensar que cuando los abriera, todo se habría resuelto, como si se tratara de un mal sueño.

– Sólo falta que empiece a llover– , dijo para sí misma. No había nadie alrededor que la escuchara. Sólo estaban las

palomas, pero, ninguna se giró para mirarla.

No supo cuánto tiempo estuvo así, sentada en la banca, llorando, pensando, dándole paso a todos los sentimientos que se agolpaban en su pecho, hasta que su teléfono vibró en su bolsillo. Lo tomó y se dio cuenta que se trataba de un número desconocido. Se demoró un poco para contestar, mientras pensaba en quién podría estarla llamando, pero, lo hizo.

– Hola...

– Hola Ari– , dijo la voz familiar al otro lado de la línea. – Soy yo, nena, tu tía Rosalind. ¿Cómo estás? Acabo de llegar de un viaje por Egipto y me estoy enterando de todo lo que te pasó.

Aridane quería contestarle, pero, sentía la voz entrecortada y le costaba un esfuerzo enorme respirar.

– Eh... Yo... Estoy en el parque cerca al restaurante. No me siento bien. Ayúdame...

– Ari, ¡Ari! Espérame, voy por ti.

Ariadne no escuchó nada más. El teléfono se deslizó de su mano, mientras su cuerpo se sentía pesado y caía hacia adelante, terminando en el suelo. No podía moverse, no podía hablar y en un instante el mundo entero se puso negro.

– Nena, acá estoy.

Ariadne había abierto los ojos, pero, los volvió a cerrar de inmediato. Todo lo que podía ver era una luz brillante que la enceguecía. Sentía una mano que apretaba fuerte la suya y escuchó la voz de su tía a su lado. Tenía mucho frío y no sabía dónde estaba.

– Tuviste un colapso nervioso– , dijo Rosalind, con la voz llena de preocupación y amor.– Llegué a tiempo para llamar a los paramédicos y te trajimos al hospital.

Ariadne suspiró. Había perdido la compostura y la fuerza. Había perdido la batalla y terminó por derrumbarse.

– Todo esto es tan...

– No hace falta que hables, acá estoy yo y te voy a cuidar. Descansa.

Las lágrimas se escapaban de sus ojos. Ya no importaba ser fuerte. Estaba perdida y sabía que contaba con Rosalind, pero, no podía ser una carga para ella. Ya nada importaba. Sólo quería llorar y salir de ahí.

– Tía Rosie... ¿Qué voy a hacer? No tengo nada, no tengo a nadie. Ya no queda nada para mí. Perdí el restaurante, Al me dejó y todo se ha ido a la mierda.

– ¡Oye! Deja de decir esas cosas. Me tienes a mí y toda la vida por delante. ¿Qué diría tu papá si te escuchara hablar así?– dijo acariciándole el cabello.– Sabes, tengo una idea que nos va a beneficiar a las dos.

– ¿Cuál idea, tía Rosie?– dijo Ariadne, secándose las lágrimas con el dorso de la mano, mientras abría los ojos y se incorporaba en la cama.

– ¿Recuerdas mi casa de campo? Esa en la que pasamos algunos veranos cuando eras una niña. Pues hace años que no la habita nadie. Podrías irte a vivir un tiempo allá, mientras todo esto pasa. No estaría vacía y tú tendrías un nuevo comienzo.

Ariadne se quedó pensándolo por un momento. Miró a su alrededor y vio la intravenosa que entraba en su brazo derecho. Las luces en el techo eran brillantes y se filtraba la suave luz de la calle por las ventanas. En otro momento habría entendido que necesitaba descansar, pero, en este

sólo sentía mucho miedo por el futuro. Buscó la mirada de su tía y se aclaró la garganta antes de hablar.

– ¿Qué puedo hacer en una casa de campo, tía Rosie?

Rosalind la miró y sonrió, una pequeña risa escapó de su boca, aunque no quería hacer sentir mal a Ariadne, que parecía enfrascada en su tragedia personal.

– Puedes descansar, para empezar. ¿Hace cuánto no tomas vacaciones? Nena, estabas tan absorta con tu trabajo que te olvidaste de ti misma. No pienses en esto como una solución definitiva, piensa en un tiempo para ti.

– No quiero escapar, no quiero que nadie piense que estoy huyendo o que me estoy escondiendo, tú me entiendes ¿verdad?

– He escuchado a las enfermeras decir que probablemente te van a dar de alta mañana, que les preocupa que tengas otro colapso y que te vas a quedar esta noche para que te observen. Piénsalo. Mañana podemos pasar por tus cosas a tu apartamento y quiero que vengas a quedarte en mi casa un par de noches, mientras decides qué quieres hacer. Lo único que no voy a permitirte es que te quedes sola, a la deriva, sin tener a dónde ir.

Ariadne le sonrió y apretó su mano. Sabía que su tía tenía razón y no podía exponerse a estar sola, en la calle, en este momento en el que sentía que el horizonte se había vuelto del tamaño de un punto.

CAPÍTULO CATORCE

Las dos noches en casa de su tía se convirtieron en una semana. Pasó la mayor parte del tiempo durmiendo, llorando y comiendo las recetas familiares que tanto extrañaba desde que su padre había muerto.

Rosalind se había encargado de mimarla, al punto en que casi sentía que la estaba malcriando. Ariadne miraba por la ventana de la enorme casa hacia el jardín, cuando sintió que un olor dulce se colaba en la habitación.

– Hmmm– , dijo mientras olfateaba el aire. – Vainilla, chocolate y caramelo... Tía, ¿qué traes en esa bandeja? Si sigues así, no voy a entrar en mis jeans.

Rosalind se rio, con una carcajada que llenó el ambiente.
- Van a hacer falta muchas cosas más que unas pocas galletas para que engordes, nena.

Ariadne tomó una de las galletas recién horneadas y le dio un mordisco. Algo en su corazón saltó, esta galleta se sentía como la más pura manifestación de la alegría. Sonrió, por primera vez en muchos días y se levantó de un salto. Le dio un abrazo largo a su tía y la invitó a sentarse con ella en la pequeña otomana que había junto a la ventana.

– He estado considerando mucho tu propuesta y ¿sabes? , dijo, con la boca llena de galleta. – Voy a aceptarla. Sólo serán unos días y me encanta la idea de no tener ni internet. De hecho, acabo suspender todas mis redes sociales, Es increíble que sigan etiquetándome en publicaciones con Al, con el video de Pat... ¡Los odio mucho! Pero, no quiero seguir defendiéndome de todos sus ataques.

– Parece que, además de recuperar el color, tienes otra vez un poco de cordura nena. Tomas la decisión justo a tiempo, mañana puedes tomar un vuelo a la ciudad más

cercana y de allí un autobús que te llevará al pueblo. Seguramente vas a encontrar quién te lleve hasta la casa.

– No hemos hablado del alquiler...

– Sólo te voy a decir una cosa, Ariadne Brown— , dijo Rosalind, y le lanzó una mirada asesina mientras la sonrisa se borraba de su rostro. – Está bien que estés en un momento en que sientes que todo es una mierda, pero, no te voy a permitir que seas grosera conmigo, señorita.

Rosalind se levantó, dejando el plato de galletas en la mesita y salió taconeando de la habitación. Ariadne sabía que había cometido un error al hablarle de dinero, su tía era lo suficientemente rica como para permitirse ciertos lujos, pero, no quería abusar de su bondad. Decidió no volver a decir nada, para evitar que se molestara con ella y retirara su oferta. Finalmente, era lo único que tenía en este momento y, aunque no estaba muy entusiasmada, sabía que no podía rechazarla.

Tomó su teléfono y buscó el portal de la aerolínea. Por lo menos aún le quedaban quinientos dólares y los iba a usar para llegar a la casa de su tía y comprar algo de comida para el tiempo que iba a pasar en ella, que sabía que no sería mucho.

Después de unos minutos, había conseguido el tiquete y había buscado también el autobús que la llevaría hasta el pueblo. Aún le quedaban unos pocos dólares, que pensaba atesorar como si no fuera a ver dinero en mucho tiempo.

Se dirigió al jardín, donde vio a su tía leyendo a la sombra de una sombrilla beige. – Tía... Perdóname... Es que...

– Es que ya eres una chica grande y autosuficiente y no necesitas ayuda de nadie ¿verdad? – dijo, y tomó un sorbo de su chai latte, que solía preparar en las tardes.

– ¡No!– dijo Ariadne y su voz sonó más alta de lo que hubiera deseado. – No es eso, es sólo que no quiero ser una carga para ti. Ya estás haciendo suficiente y...

– Y voy a hacer aún más y no vas a impedirlo. Quiero hacerlo, eres mi sobrina y te quiero. Así que no quiero escuchar una sola palabra más del tema. Ven, acércate, acá tengo más té y una taza para ti.

Ariadne se sentó a su lado y disfrutó de la tarde y el té en silencio. Sabía que esa noche debía empacar algunas de las cosas que tenía. Sólo iba a llevar lo necesario para una semana y entonces, con la mente despejada, regresaría. Aún no había terminado con Pat, y Al... bueno, Al había terminado con ella. No había recibido ni una llamada, ni un mensaje. Nada desde esa noche en que se había ido del apartamento,

Se metió temprano a la cama, después de haber convencido a su tía de que no haría falta que la llevara al aeropuerto. Le dio un abrazo y se despidió de ella dándole las gracias por todo. Iba a levantarse antes de las cinco para tomar el vuelo temprano y alejarse un poco de esta ciudad. Esa noche, otra vez, tuvo la sensación de estar viviendo una despedida.

CAPÍTULO QUINCE

El sueño no fue reparador. Se despertó varias veces, con una sensación terrible en su pecho. Tenía miedo de irse, de dejar New York. Sentía que estaba dejándolo todo y que, cuando quisiera regresar, no sería absolutamente nadie. O sí, sería la persona a la que un escándalo le había robado todo y que, en lugar de quedarse y enfrentarlo, había decidido huir, esconderse como una cobarde.

Se levantó muy temprano, aún no amanecía. Revisó todas las cosas que tenía en su bolso y escogió la ropa que iba a usar. Eligió unos jeans que la hacían sentir bonita, una camisa de algodón azul oscura, una chaqueta ligera y botas. Si las cosas seguían como las recordaba, el viaje a la casa de su tía iba a ser largo y algo incómodo. Espera que, por lo menos, el vuelo y el autobús estuvieran a tiempo.

Se dio un baño rápido y se alistó para ir al aeropuerto. Prefería llegar con tiempo suficiente, para evitar una fila muy larga en el módulo de la aerolínea, y poder tomarse un café, mientras leía un poco de un libro que había empezado hacía meses y no había podido terminar.

Después de registrarse y entregar su equipaje, se dirigió a una máquina de café, de una marca que conocía. Sabía que podría tener un capuccino decente. Quería un café dulce, caliente y reparador. La mañana estaba particularmente fría y su chaqueta no la abrigaba demasiado. Con el café en la mano, caminó hacia un grupo de sillas que estaban vacías. Dejó su bolso en una a su lado y buscó el libro en la aplicación de lectura en su tablet.

Había algunas personas cerca, que iban y venían y hablaban entre ellas. Un par de niños pequeños saltaban y corrían por los pasillos, mientras su madre hacía lo posible por contenerlos, sin muchos resultados.

Vio una pareja de ancianos, que caminaban tomados del brazo y pensó en Al. Siempre creyó que llegarían a ser una pareja que envejecía feliz, que tendrían un par de hijos y una casa hermosa en Manhattan. La tristeza la invadió y la rabia le dio una punzada en el pecho. Nunca intentó contactarla y jamás respondió a sus llamadas. Ariadne no podía creer que, en todo este tiempo, nunca la hubiera buscado, ni siquiera para preguntarle si estaba bien, aún cuando era obvio que no lo estaba.

Tomó un sorbo de su capuccino y paseó la vista por las líneas de su libro. Intentaba concentrarse, pero, no lo lograba. No entendía ni una palabra de lo que estaba leyendo y cuando lo hacía, notaba que había acabado de olvidar el párrafo anterior. Se dio por vencida. Sabía que no era un buen momento para leer, y se dedicó a mirar a las personas que iban y venían por el aeropuerto.

Los minutos pasaban y escuchó la llamada a abordar por los altoparlantes. Siempre le habían dado risa las voces de los aeropuertos, tan impersonales y casi incomprensibles. Caminó lentamente hasta la puerta que la llevaría al avión, sabía que no hacía falta darse prisa, el proceso siempre era lento y tendría tiempo de sobra para terminar su café.

Se acomodó en su silla, se puso sus auriculares y puso algo de música. No se sentía de humor para conversar con las personas de las sillas del lado y quería tratar de dormir. Miró por la ventana, mientras el avión despegaba y no pudo evitar que las lágrimas brotaran mientras veía a su ciudad hacerse más y más pequeña.

Después de un rato, abrió los ojos y se dio cuenta de que se había quedado dormida. Revisó su reloj y notó que habían pasado un par de horas. Faltaba poco para aterrizar. Del aeropuerto debía buscar un taxi que la llevara a la parada de autobuses. La tía Rosie le había dicho que eso le

iba a llevar más o menos una hora y que los autobuses para Green Creek siempre eran puntuales.

El vuelo había sido tranquilo, el aterrizaje había sido suave y sentía que había podido descansar un poco. Faltaba un cuarto para las nueve y su autobús partía a las diez. Planeaba estar en Green Creek al medio día, para almorzar y encontrar la manera de llegar hasta la casa de la tía Rosie.

Se bajó del avión, recogió su maleta y tomó un taxi afuera del aeropuerto. El taxista era un hombre de edad avanzada que la llevó pronto hasta la parada de autobuses. Por fortuna no había tenido muchas ganas de conversar, y eso le había permitido mirar la ciudad. No recordaba cuántos años habían pasado desde su última visita, pero, las calles habían cambiado mucho. La ciudad había crecido y parecía un lugar completamente nuevo.

Llegaron a la parada de los autobuses. Ariadne se bajó del taxi y le pagó al conductor, tomó su maleta y caminó unos cuantos metros hasta el lugar donde debía abordar.

Se acercó a una pequeña tienda y compró un café y una galleta enorme con chips de chocolate. Eso debería ser suficiente hasta llegar a Green Creek. Se la comió con calma, disfrutando cada mordida y subió al bus. Revisó su reloj y se dio cuenta que en poco más de dos horas llegaría a su destino.

Se subió al autobús y se sentó. Algo en ella se sentía un poco más tranquilo mientras se alejaba de Nueva York. Sabía que a esa hora el restaurante ya estaba en pleno funcionamiento. Sabía que ella debería estar ahí, pero, la realidad era otra. Ahora el restaurante le pertenecía a Pat y su equipo ya no era suyo. Se acomodó en la silla y cerró los ojos, dejándose llevar por el sonido del motor que acababa de ponerse en marcha.

CAPÍTULO DIECISEIS

El viaje había sido tranquilo y había tomado el tiempo planeado. Se había entretenido mirando por la ventana, disfrutando el paisaje que iba cambiando a medida que se acercaban a las montañas.

Después un buen rato había visto un enorme aviso que le daba la bienvenida a Green Creek. Había llegado y sentía mariposas en el estómago por la sensación de estar a miles de kilómetros de su casa.

En el aviso decía que había 5000 habitantes. Iba a estar en un lugar muy pequeño y realmente metido en las montañas de Carolina del Sur. Entraron por la calle principal, que tenía casas bajas a lado y lado. Todas se veían ordenadas y limpias, con la pintura en buen estado. Había árboles en un pequeño separador en la calle y se veían personas que caminaban lentamente.

El chofer anunció la parada en voz alta. Ariadne tomó su bolso y se dirigió a la salida. No se había dado cuenta de que llevaba mucho tiempo en la misma posición y su pierna estaba un poco adormecida. Cuando empezó a bajar los peldaños, perdió el equilibrio y tropezó, torciéndose el tobillo y cayendo aparatosamente en el medio de la calle. El tacón de una de sus botas se había roto y, aunque lo intentaba, no conseguía ponerse en pie.

— ¡Mierda!— dijo en voz alta y una pequeña multitud comenzó a acercarse a ella.

— ¡Esperen!— dijo una mujer que estaba cerca de ella.

— No la toquen, llamen al médico— , escuchó decir a alguien más.

Se sentía como una estúpida y tenía ganas de llorar, el tobillo le dolía mucho y se sentía incapaz de ponerse en pie.

De un momento a otro apareció un hombre que intentó tomarla por la cintura y trató de levantarla.

No tenía idea de quién era este desconocido que la ayudaba a levantarse. El pie le dolía terriblemente y no sabía si iba a ser capaz de caminar más de dos pasos sin caerse nuevamente. Pero, no sólo le dolía el pie, también le dolía el orgullo. Todas las personas que estaban en la calle en ese momento se habían acercado a donde estaba y la rodeaban.

– ¿Crees que puedes apoyarte en mi hombro?– dijo el hombre que le ofrecía su ayuda. Tenía una camisa a cuadros y usaba unos jeans que parecían haber conocido mejores días. No había sido capaz de levantar la vista para buscar su mirada.

– Eh... Yo... Creo que estoy bien– , dijo avergonzada, mientras trataba de levantarse, pero, su pie no soportó el esfuerzo y estuvo a punto de caerse de nuevo, lo que habría ocurrido si este hombre no la hubiera sostenido entre sus brazos, que se sentían fuertes, musculosos bajo su camisa.

– Por cierto, soy Josh– , dice el hombre y Ariadne se dio cuenta de lo guapo que era. Debía tener solo un par de años más que ella y unos preciosos ojos cafés que se iluminan con la sonrisa perfecta que le mostraba.

Trató de soltarse del abrazo accidental, mientras sentía la sangre acumularse en sus mejillas. Sentía mariposas en su estómago y sabía que, si no se alejaba un poco, el color en su cara la iba a delatar. Tomó una respiración profunda antes de hablar y tragó, porque sentía la garganta seca. – Yo soy Ariadne Brown y, de no haber sido por mi entrada triunfal, nadie se habría dado cuenta de que soy nueva en el pueblo.

– Permíteme acompañarte hasta el consultorio médico, está solo a unos metros de acá, creo que lo mejor que

puedes hacer es que te revisen... No fue una torcedura bonita y debes tener mucho dolor.

Ariadne lo miró. Sabía que tenía razón, pero, no quería creer que sus pequeñas vacaciones se iban a ver afectadas por un tonto accidente. Aún sí, aceptó. Josh pasó uno de sus fuertes brazos por su cintura y se agachó para que ella apoyara su brazo en sus hombros. Así de cerca, pudo sentir su olor, masculino y un poco a madera, pero, también fresco. Se dijo a sí misma que tenía que controlarse, no necesitaba un adolescente amor de verano que complicara aún más su situación actual. Además se sentía ridícula e infiel. La ruptura con Al estaba muy reciente todavía y las emociones que recorrían su cuerpo se sentían inadecuadas.

Caminaron por un par de calles, en silencio, pero, no podía evitar mirarlo de reojo. Se veía cómodo llevándola y de vez en cuando esbozaba una pequeña sonrisa de medio lado, que hacía saltar su corazón en su pecho.

Finalmente llegaron a una bonita construcción de una planta, pintada de blanco y con un sencillo letrero blanco con letras negras, donde decía “Consultorio médico” y había una cruz roja pintada en la esquina derecha. Josh la ayudó a sentarse con cuidado en una banca de madera que había afuera de la puerta.

– Déjame buscar las llaves– , dijo mientras revisaba los bolsillos de sus jeans. – No puedo creer que las haya olvidado...

– Espera un momento, ¿tú...?– Dijo Ariadne, mirándolo con incredulidad. Estaba acostumbrada a otro tipo de médicos, impecables en sus batas blancas, tomando café gourmet entre pacientes, con cabellos que parecían estar siempre desafiando la gravedad.

– Oh, sí. Soy el médico local, pero, no te preocupes, sé que puedo ayudarte– , le respondió con esa encantadora

sonrisa que la hacía sentirse tan adolescente.— Seguro mi enfermera está acá. Ella nos abrirá la puerta y yo después iré a buscar las llaves.

Ariadne sonrió, divertida por la situación, aunque el pie le dolía, sentía como se estaba hinchando y la bota le apretaba. Llamó a la puerta un par de veces y apareció una enfermera. Era una mujer bastante joven, con el cabello rubio platinado y demasiado maquillaje.

— Oh... Doctor, lo lamento, estaba en mi hora de almuerzo y pensé que no regresarías hasta la tarde. Permítanme ayudarles— , dijo mirando a Ariadne de arriba abajo y ayudándola a levantarse del lugar en el que estaba sentada.

— Callie, está bien. Lleva a la señorita Brown a la camilla mientras me pongo mi bata. Tuvo una torcedura de tobillo al bajarse del autobús.

— Sí, Doctor— , respondió sonriéndole e ignorando a Ariadne.

Le ayudó a atravesar la salita de espera, decorada con sencillez, donde había unas pocas sillas, que no combinaban entre ellas, y un sofá. No puedo evitar notar que había varios floreros con flores frescas y el lugar parecía más la sala de una casa, un poco pasada de moda, que el consultorio de un médico.

— Gracias Callie— , respondió Ariadne cuando la ayudó a subirse a la camilla. La enfermera la miró con curiosidad y parecía estar a punto de preguntarle algo, cuando Josh apareció por la puerta. Lucía realmente impresionante con su bata blanca y se veía que había intentado hacer algo con su cabello negro, aunque sin muchos resultados.

Se acercó a la camilla y la miró con detenimiento. — Además del tobillo, ¿Sientes dolor en algún otro lugar?

– ¿El ego cuenta como un lugar? – Dijo Ariadne sonrojándose.

– Oh, sí. Cuenta, pero, para ese no tengo analgésicos– , dijo guiñándole el ojo. – Ya sanará, te lo prometo. Voy a mirar tu pie, ¿está bien?

Ariadne asintió con la cabeza y se recostó en la camilla.

– Déjame ayudarte con esto... Lamento que se haya quebrado el tacón, parecen zapatos muy finos.

Josh deslizó lentamente la cremallera que había en el lateral de su bota, de una forma que, más que un médico atendiéndola, parecía como si lo estuviera haciendo un amante a punto de desvestirla. Josh sintió su respiración acelerada y se detuvo.

– Por favor discúlpame si te estoy haciendo daño. Prefiero hacerlo así, lentamente, para no lastimarte– , dijo mientras tomaba su mano suavemente, lo que, en lugar de reconfortarla, la hizo sentir más nerviosa.

Después de pedirle que tomara una respiración profunda, terminó de abrir el cierre y le ayudó a sacar el pie del zapato.

– Déjame quitarme la media, por favor– , dijo Ariadne, para romper el contacto visual que tenían y poder enfocarse en su pie, que claramente estaba hinchado y le dolía muchísimo.

Josh asintió. Se acercó a uno de los cajones que había en una estantería cerca a la camilla. Tomó un par de guantes de látex y se los puso. Suavemente empezó a tocarle el tobillo, hasta que encontró un lugar en el que Ariadne dio un respingo.

– Jmmm, lo que me temía– , dijo y su mirada se sintió seria por primera vez. Ariadne odiaba cuando los médicos la veían así, porque normalmente se trataba de malas noticias.

– ¿Es grave?– preguntó y su voz sonó alarmada, casi infantil.

– No, no es grave, parece un esguince en el tobillo. ¿Cuánto tiempo tienes planeado pasar en Green Creek?

– Espero no estar más de una semana, pero...

– Pero, vas a necesitar reposo al menos dos semanas. Lamento darte malas noticias, pero, por ahora no vas a poder recorrer el lugar ni pasear por los lugares que frecuentan los turistas. Necesitas descanso y llevar una venda, para estabilizar tu tobillo, mientras mejora.

Ariadne lo miró contrariada. No sabía qué decirle y estaba segura de que discutir con el médico no iba a hacer que las cosas mejoraran en el corto plazo. Lo vio vendarle el tobillo hábilmente y suspiró apesadumbrada.

– Está bien, lo entiendo. Ahora sólo necesito conseguir un medio para llegar a la casa. ¿Sabes cómo llegar a la casa de Rosalind Brown?– Preguntó mirándolo, con una mezcla de preocupación y desconsuelo.

– Yo puedo llevarte, si quieres. Déjame preguntarle a Callie si hay alguna consulta en la tarde.

– No. No quiero molestar más de lo que ya he hecho. Parece que incluso interrumpí tu hora de almuerzo y...

– Y no eres una molestia, estoy haciendo mi trabajo– , respondió sonriéndole.– Callie, ven un momento por favor.

La enfermera apareció de inmediato, desde la habitación contigua, sonriéndole a Josh.– Sí, Doctor...

– ¿Cuántas consultas tenemos en la tarde?– Le preguntó, quitándose los guantes y arrojándolos con gran ceremonia en la cesta al otro lado de la habitación.

– Ninguna Doctor...

– Perfecto. Voy a llevar a la señorita Brown a su destino. Tráeme un par de muletas y llámame si alguna emergencia aparece. Ahora, señorita Brown– , dijo ofreciéndole su brazo para que pudiera bajar de la camilla– Vamos a casa.

Ariadne tomó su brazo, apoyándose en su bíceps musculoso, que se sentía a través de la tela de la bata. En ese momento apareció Callie, llevando un par de muletas que parecían ser de su talla. – Gracias Callie. ¿Cuánto les debo?

– Son...– comenzó a decir Callie, mientras Josh le hizo un gesto con la mano para que se callara.

– Nada, no te preocupes, considéralo tu regalo de bienvenida.

Callie le lanzó una mirada asesina y se retiró haciendo ruido con sus tacones, mientras giraba su cabeza para mirar a Ariadne una última vez.

CAPÍTULO DIECISIETE

Salieron del consultorio y Ariadne se movía lentamente en las muletas. Josh iba detrás de ella, se había quitado la bata y volvía a lucir como una persona cualquiera, pero, Ariadne no podía sacarse de la mente su sonrisa. Aunque no lo veía, porque estaba enfocada en no caerse de nuevo, podía adivinar, por el tono de su voz, que estaba sonriendo.

– Ahora, señorita Brown ¿Qué te parece si vamos a comer algo?– Dijo Josh, mientras la tomaba del brazo para ayudarla a bajar el pequeño escalón que daba a la calle. – Aterrizaste justo en mi hora de almuerzo, y creo que, por el sonido de tu estómago, tú también tienes hambre.

Ariadne lo miró, avergonzada. No recordaba cuándo había sido la última vez que había comido algo.– Está bien, me parece que sí necesito algo de comer. Pero... Esta vez pago yo.

Josh se rio.– ¿Qué clase de médico sería si te permitiera que interrumpieras mis cuidados? No, en serio, déjame invitarte. Vamos a ir al lugar más bonito de Green Creek y donde ofrecen la mejor comida de los alrededores.

Siguieron caminando por la misma calle del consultorio y después de unos minutos, que a Ariadne le parecieron horas, por las muletas, llegaron a un pequeño restaurante. El olor de la comida los recibió desde la terraza, donde buscaron una mesa, a la sombra de un árbol enorme, que los protegía del sol.

Una amable mujer se acercó a ellos y saludó a Josh cariñosamente. – Hola Marianne.

– Hola Josh, veo que ya atendiste a nuestra visitante, ¿cómo te sientes, señorita...?

– Ariadne Brown. Me siento un poco mejor, gracias por preguntar– , dijo con una sonrisa. Así que visitante. Todo el pueblo se había enterado del accidente que había sufrido. Por lo menos esta mujer no parecía querer curiosear con ella y su situación. – Marianne, ¿Podrías traernos por favor el menú?

La mujer se rio suavemente. – Oh, no, querida. Acá no tenemos menú. Cocinamos un plato al día y es el que servimos en el almuerzo. Para hoy tenemos Shepherd's pie. Permítanme traerles dos buenas porciones, se ve que tienen hambre.

Ariadne no tuvo tiempo de reaccionar y creyó que lo mejor era no decirle nada a esta amable mujer que le ofrecía alimento. Se giró para mirar a la calle en la que estaban y se encontró con la mirada atenta de Josh.– ¿En realidad te sientes mejor? Le preguntó.

– Sí. El dolor ha disminuido un poco. Sólo quiero comer algo, ir a hacer una compras y llegar a la casa de mi tía– , respondió mientras tomaba un sorbo del jugo de frutos rojos que les habían acabado de llevar.

– ¿Rosalind Brown es tu tía?– respondió Josh abriendo los ojos, en señal de sorpresa.– Debí saberlo cuando me dijiste tu nombre y, ahora que lo mencionas, puedo notar el parecido. Tienes sus ojos verdes.

– Eso dicen siempre– , respondió mientras se acomodaba un mechón de cabello rojo detrás de la oreja. No estaba acostumbrada a llevarlo suelto y se sentía un poco incómoda, porque en la caída había perdido la banda para el cabello que llevaba siempre en la muñeca. – No me dijiste que la conocías.

– En realidad, ella es algo así como una especie de celebridad acá. Hace años no la vemos, pero, siempre que viene, los vecinos hacen una pequeña fiesta para recibirla.

Ariadne estaba sorprendida. Sabía que su tía tenía una personalidad encantadora y que tenía muy buenas relaciones con todos aquellos que la conocían, pero, jamás imaginó que fuera famosa en ese pequeño lugar.

Marianne se acercó a ellos, llevando dos platos del más fragante y delicioso pastel de carne que había olido en su vida. Se apuró a tomar un bocado y sintió que la vida regresaba a su cuerpo. El dolor se iba y sólo podía concentrarse en ser una boca que disfrutaba cada uno de los sabores en la comida. Las papas estaban perfectamente condimentadas, la carne en su punto de cocción y el gratinado estaba como le gustaba, dorado, pero, no quemado. Este plato la llenaba de sensaciones increíbles y la hacía sentir sencillamente feliz, como hacía mucho tiempo no se sentía.

– Está realmente bueno ¿Verdad?– preguntó Josh después de tragar su comida. – Estás comiendo como si no fueras a comer nunca más.

Ariadne se detuvo, con el tenedor a medio camino entre el plato y su boca. Lo miró por un instante y no pudo evitar soltar una carcajada. Nunca nadie le había dicho algo así y menos cuando estaba disfrutando de un plato de comida casera.

– Es que... No tienes por qué saberlo, no te lo he dicho, soy chef y esta comida está realmente buena. Tengo la mala costumbre de comer muy rápido, porque en las cocinas el tiempo es limitado. Bueno, era...

– Oye, disculpa, no quería hacerte sentir mal– , dijo Josh dejando su tenedor en el plato y poniendo su mano en el brazo de Ariadne y apretándolo un poco. – Creo que fui maleducado. No te conozco lo suficiente y no debí hacer una broma tan tonta como esa.

– No, no. No pasa nada, de verdad... Es sólo que... Bueno, han pasado muchas cosas últimamente y... No se trata de ti, de verdad.

Josh la miró y continuó comiendo. Estaba claramente avergonzado y la explicación que Ariadne le había dado no había sido de mucha utilidad. Era claro que, sin saber toda la historia no podría entender la tristeza que ella sentía al hablar de una cocina. Ambos siguieron comiendo en silencio.

Ariadne terminó su plato con una sonrisa de triunfo. Ahora se sentía realmente bien, incluso había olvidado el dolor de su tobillo. Se limpió la boca con una servilleta de papel y miró a Josh. Este hombre se ve realmente bien, pensó para sus adentros. Le tocó el brazo antes de hablar.— ¿Café y postre?

– Oh sí, café y postre. Si la comida te gustó, espera a que pruebes los postres, vas a tener un orgasmo culinario.

Ariadne se sonrojó. No esperaba escuchar esas palabras en su boca, menos aún, cuando se conocían hacía un par de horas. Pero, se esforzó en sonreír. Josh le hizo señas a la mesera para que se acercara y ordenó dos porciones de postre y dos tazas de café americano. Teniendo en cuenta que las opciones eran limitadas, prefirió quedarse callada y no decir nada.

– Entonces... ¿qué haces acá, Ariadne Brown?– Preguntó él, sosteniendo su mirada.

– En teoría, estoy tomando una semana de vacaciones– , dijo, mientras jugaba con la servilleta que tenía en las manos. – En realidad, estoy huyendo de un escándalo mediático que hizo que mi vida entera se fuera a la mierda.

Josh levantó la ceja izquierda y torció un poco la boca.— Así que... ¿Vas a contármelo o voy a tener que buscar tu nombre en Google?

Ariadne dudó. No sabía si debía contárselo o dejar que se enterara por sí mismo. Se quedó en silencio, por un momento demasiado largo, mirando a las personas que caminaban por la calle. Finalmente, tomó una respiración profunda y buscó su mirada.

– Uno de mis antiguos empleados grabó una pelea que tuve con mi asistente y la subió a redes sociales– , dijo y bajó la mirada. – Eso fue suficiente para que perdiera mis clientes, a mi prometido, mi restaurante, mi auto y mi buen nombre. Así que, estoy acá esperando que las cosas se calmen un poco, tomándome tiempo para pensar en qué voy a hacer con mi vida y... reposando por órdenes del doctor.

Josh sonrió a eso último. Antes de que pudiera decir algo, llegaron el café y el postre. Ariadne saltó en su silla. – ¡Tiramisú!– Dijo, y poco le faltó para dar palmadas de alegría.

Josh se rio, y sus ojos brillaron.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Josh la acompañó a un pequeño mercado, cerca al restaurante y compró comida para dos semanas. Tuvo que elegir dentro de las pocas cosas que ofrecía, pero, pensó en hacer comidas que la hicieran feliz. Tenía que pensar en mover la fecha de regreso, pues no pensaba regresar a Nueva York hasta que su pie hubiera sanado por completo.

Caminaron lentamente por la calle hasta donde se encontraba el auto de Josh. Era un SUV azul oscuro que se veía un poco sucio. Él guardó las compras en el baúl y le ayudó a subirse a la silla del copiloto.

Se quedó mirándola, como si pudiera adivinar sus pensamientos. – No está muy limpio por fuera, pero, por dentro sí lo está. Algunos caminos no están en muy buen estado y debo hacer visitas domiciliarias. Tenemos habitantes mayores a los que les cuesta llegar al pueblo.

Cerró la puerta a su lado y dio la vuelta para llegar a la silla del conductor. Metió la llave en el encendido y puso la radio en la emisora local.

Condujeron por un buen rato, a través de campos de sembrados y algunas zonas boscosas que Ariadne parecía reconocer un poco. Sólo hasta ese instante entendió que iba a regresar a una casa donde había sido muy feliz. No tenía muchas ganas de hablar, todo en ella era una gran mezcla de emociones que parecía querer salir a través de su piel.

Finalmente tomaron un camino sin asfaltar y después de unos pocos cientos de metros, pudieron ver la puerta de la casa.

– Señorita Brown, has llegado a tu destino— , dijo Josh imitando la forma particular de hablar de las voces de los GPS.

Ariadne se rio. Y buscó las llaves en su bolso, para entregárselas a Josh, que bajó del auto y abrió la puerta con gran ceremonia. Regresó a su asiento y llevó el auto lo más cerca posible de la casa.

– Oye Josh, gracias. De verdad aprecio todo lo que has hecho por mí , dijo Ariadne sonriendo con sinceridad. Debía reconocer que este hombre había salvado su día.

– De verdad, no es nada– , dijo, mientras la ayudaba a bajar del auto y la acompañaba hasta la puerta de la casa.– Piensa en todo esto como un poco de hospitalidad sureña.

Ariadne vio como le guiñaba el ojo y se daba la vuelta para ir por las bolsas y la maleta que había guardado en el baúl del auto. Mientras tanto Ariadne abrió la puerta de la casa y supo en ese instante que su tía tenía razón. La casa tenía una notable capa de polvo por todas partes. Pero, no iba a preocuparse por eso en ese momento, era algo que tendría que esperar.

Josh le ayudó a llevar las bolsas hasta la cocina e hizo ademán de despedirse.

– Por favor, déjame anotarte mi número de teléfono– , dijo mientras estiraba la mano hasta donde estaba el teléfono de Ari.– No dudes en llamarme si necesitas algo. Este lugar no es tan inhóspito, aunque viven pocas personas cerca de acá. Llámame, no importa la hora, estaré encantado de venir a ayudarte.

Ariadne le agradeció y desbloqueó su teléfono, para dárselo. Josh escribió su número y se lo devolvió y se dio la vuelta, para ir hasta su auto. Se despidió con un movimiento de su mano y se fue.

Tenía muchas ganas de un café, así que fue a la cocina y buscó la cafetera. Se preparó una buena taza y salió de la casa. Se acercó a una de las sillas que había en el porche y se sentó, mirando el viejo roble que había frente a la casa.

Ya no tenía el columpio donde su padre solía mecerla y era evidente que había crecido varios metros desde su última visita.

Tomó su teléfono para llamar a su tía Rosalind. Seguramente estaba preocupada por ella. Buscó el número entre sus contactos y marcó.

– Hola, nena, estaba preocupada por ti– , dijo su tía, con un ligero tono de reproche en su voz. – ¿Dónde te metiste todo el día?

– ¿Tienes tu té a mano? Creo que vas a necesitarlo.

Ariadne le contó todo lo que había sucedido ese día. Le dio los detalles de cada momento que había pasado desde que había salido de su casa en la mañana.

– Lamento mucho que te hayas hecho daño, nena– , dijo su tía.– Recuerda que estás en tu casa y puedes quedarte en ella todo el tiempo que quieras. Cuéntame más de Josh, ¿Es guapo?

– Eres una chismosa incorregible– , dijo Ariadne riéndose.– Sí, lo es, pero, no estoy interesada en este momento. No puedo... Aún extraño a Al.

– Está bien, pero, por lo menos, puedes ser su amiga. No es algo que te esté sobrando en este momento. Puedes invitarlo a tomarse un café contigo. No te va a hacer daño hablar de algo que no sea comida...

– No seas mala... No hablo de comida todo el tiempo, ¿O sí?– respondió Ariadne. No podía ser tan aburrida y monotemática.

– ¿Qué crees?– Respondió Rosalind riendo.– Oye nena, ve a descansar un poco. Llámame de nuevo antes de dormirte, ¿está bien?

– Te lo prometo tía Rosie. Más tarde te llamo otra vez.

Colgó y se quedó un buen rato mirando el paisaje. Pronto empezó a sentirse que la tarde se enfriaba y entró a la casa. Quería desempacar sus cosas y arreglar su cama. Se dirigió a la habitación principal y estuvo a punto de llorar de felicidad cuando encendió el televisor y notó que funcionaba.

Tal vez todo esto es mejor de lo que pensé, dijo para sí misma. Se recostó en la cama, se envolvió en las mantas y se quedó dormida.

No sabía que hora era cuando se despertó. Abrió los ojos y se sintió completamente perdida. El dolor del tobillo le recordó dónde se encontraba. Buscó entre las cobijas y se dio cuenta de que eran las dos de la mañana. Había caído en un sueño realmente profundo. Aunque los días en casa de su tía le habían ayudado a recuperarse, sabía que aún faltaban muchas más noches de sueño para estar completamente bien.

Se levantó, con cuidado y buscó su pijama. Se cambió y se metió otra vez en las cobijas. Revisó su aplicación de mensajería y había un mensaje de Alexandra.

Ariadne, no sé nada de ti desde hace muchos días. Sé por lo que estás pasando. Por favor déjame saber que estas bien.

Le había escrito hacía varias horas y sabía que seguramente estaba dormida, pero, le contestó.

¡Hola! Estoy en Carolina del Sur, en Green Creek, un pueblito metido en las montañas. Estoy bien. Prometo que mañana te llamo.

Afuera la luna brillaba y sólo escuchaba a los grillos. Extrañaba el ruido de la ciudad, aunque el aire acá olía a plantas y le llenaba los pulmones de una forma inexplicable.

Apagó el televisor, puso a cargar su teléfono y volvió a dormir.

CAPÍTULO DIECINUEVE

No sabía qué hora era, pero, por la luz que entraba por las cortinas, podía ver que había amanecido. Parpadeó un par de veces antes de abrir completamente los ojos y darse cuenta de que alguien llamaba la puerta con insistencia. Se levantó de la cama, buscó las maletas y caminó lo más rápido que pudo hasta la puerta.

– Ya voy– , dijo, para que la persona que tocaba, la esperara. – ¿Quién podrá ser?– dijo más para sí que para quien llamaba.

Cuando llegó a la puerta, miró por el vitral que había en el centro. Siempre le había parecido hermoso lo que habían logrado sólo con esmerilar algunas partes. El diseño de flores siempre la había hecho sentir una agradable sensación de familiaridad. Al otro lado había una mujer mayor que no conocía, que llevaba una pequeña torre de refractarias y contenedores con lo que parecía ser comida. Ariadne se apresuró a abrirle, porque se veía claramente incómoda, aunque sonreía.

– ¡Hola!– dijo la mujer con entusiasmo, mientras le alargaba los brazos con los recipientes.– Soy Nell, tu vecina. Josh me contó que pasarás una temporada con nosotros.

Ariadne la miró por un segundo, paseando su mirada entre los recipientes y las muletas, lo que hizo que Nell entendiera que le iba a ser imposible recibir aquella inesperada carga.

– Hola, Nell, soy Ariadne. Si quieres, puedes dejar las cosas en esta silla– , le respondió, señalando la silla más cercana a la puerta.

– Oh no, no hace falta, déjame llevarlas hasta la cocina. No quiero que tengas que hacer varios viajes en tu

condición – , dijo Nell sonriéndole y mirándola con amabilidad. Se abrió paso entre Ariadne y la puerta y se dirigió directamente a la cocina, donde abrió la nevera y metió todas las cosas en ella.— Josh vino a verme ayer, justo después de traerte y me recomendó que te visitara, por si necesitabas algo.

– No quisiera molestarte, Nell. Sólo voy a estar acá dos semanas y creo que me acabas de traer comida suficiente para todo ese tiempo— , dijo Ariadne, con una risita. – Gracias, de verdad aprecio lo que estás haciendo por mí, aunque no debiste molestarte.

Nell le hizo un gesto con la mano, para que se detuviera.
- Oye, no es ninguna molestia, además no solemos tener muchos visitantes por acá. Ya no puedo recordar la última vez que ví a tu tía Rosalind. Josh me lo contó y supe que debía venir a ayudar a la sobrina de mi vecina preferida. Te saqué de la cama, ¿verdad?

– Sí, lo hiciste, pero, creo que ya era hora de que me levantara. No suelo dormir hasta tan tarde— , respondió Ariadne mientras daba una larga mirada a los estantes en la cocina. El día anterior sólo había preparado café y aún quedaba un poco en la cafetera.— Déjame preparar un café, es lo menos que puedo hacer para agradecerte tu amabilidad.

– No, no hace falta. Déjame hacerlo por ti, tú necesitas descansar. ¿Ya tomaste tus medicinas para el dolor?

Ariadne estaba sorprendida. Era increíble que Josh le hubiera contado todo a Nell, a una completa desconocida, y se sentía un poco rara con todas estas atenciones. Pero, Josh también era un desconocido y había sido realmente amable con ella, así que, aunque lo pensó por un instante, decidió recibir este momento de cuidados con toda la amabilidad posible. Se dirigió al perchero donde había

dejado su bolso y sacó un frasquito con algunas píldoras, que le había dado Josh el día anterior. Sacó una y se la mostró a Nell, como un pequeño trofeo y sonrió.— Acá está.

Nell se rio y puso un vaso con agua en la mesa, mientras le hacía señas para que se sentara. Ariadne hizo lo que le dijo y se sentó en una de las sillas del comedor. Tomó la píldora y se bebió medio vaso de agua de un trago. No se había dado cuenta de lo sedienta y hambrienta que estaba.

— Creo que puedes tener un poco de hambre ¿Verdad?— dijo, y Ariadne pensó que esta mujer podía ser un poco psíquica. — Tomemos el café y te prepararé un buen desayuno.

Ariadne no podía hacer nada más que sonreír ante esta mujer que insistía en atenderla. Había algo realmente agradable y maternal en esta mujer que, se movía como una pequeña hormiga en la cocina y, no paraba de hablar.

— Ahora que te miro mejor, creo que te recuerdo de hace algunos años— , dijo, mientras buscaba un sartén en la pila de ollas que había debajo del lavaplatos. — Viniste con tu padre y estuvieron varias semanas acá.

— Es probable— , dijo Ariadne, mientras le recibía la taza llena de humeante café. El olor ligeramente achocolatado llenaba toda la cocina y la hacía sentir realmente reconfortada.— Pero, eso fue hace muchos años. Yo era sólo una niña la última vez que estuvimos acá.

— Sí, lo eras, y mis hijos también— , respondió Nell, mientras tomaba un sorbo de su propia taza.— Tu padre hizo un asado realmente bueno y estuvimos acá un día entero. ¿Cómo está él?

Ariadne bajó la mirada.— Murió hace algunos años— , dijo, mientras parpadeaba para evitar que las lágrimas cayeran de sus ojos.

– Lo siento, de verdad era un buen hombre– . Dijo, y puso su mano en la de Ariadne. – Siempre supe que te quería mucho. Se veía, por la forma en que te cuidaba.

Ariadne sonrió con tristeza. Si sólo pudiera tenerlo por un instante y darle un abrazo, todo se sentiría mejor.

Nell cambió de tema. Había entendido que este entristecía a Ariadne y no quería que estuviera incómoda.– Así que chef ¿eh?

– ¿Hay algo que Josh no te haya contado sobre mí?– dijo Ariadne riéndose y haciendo una pose de falsa indignación.

– Que le gustas, pero, eso no hace falta decirlo. Es evidente.

Ariadne sintió de inmediato la sangre llegando a sus mejillas y poniéndolas rojas. Tomó un trago largo de su café y sonrió.

– Así que es mutuo... Algo me dice que tus vacaciones van a ser más largas de lo que piensas.

– Eh... No...

Nell la miró a los ojos, tomó la taza de café vacía y se puso un dedo sobre los labios, indicándole que no dijera nada más.– No sabes nada, querida. Disfruta el tiempo que vas a pasar acá, sin medirlo.

– No. En realidad, tengo que regresar en dos semanas– . Respondió Ariadne.– Hay varios asuntos que debo resolver en Nueva York, y...

– Y ninguno es más importante que resolverte a ti misma– . Le dijo Nell, acercándole el desayuno. Huevos revueltos, pan con mantequilla y café , todo preparado en un instante mientras conversaba con ella.

Ariadne la miró y sonrió. Esta mujer es un personaje, pensó, y va a ser difícil librarme de ella.– Esto está muy

bueno, muchas gracias.

– No, no es nada. Come. Necesitas recuperarte– . Le dijo Nell, mientras se servía una segunda taza de café y se sentaba a su lado.

En ese momento no importó nada que no fuera estar allí, sentada, desayunando.

Nell la acompañó gran parte del día. Estuvieron conversando, pero, principalmente Ariadne vio cómo Nell convertía la casa en un lugar limpio y habitable. No le permitió hacer nada más que sentarse en el porche, con la pierna levantada encima de una silla.

La acompañó a almorzar y comieron parte de la lasaña que le había llevado esa mañana. De postre tuvieron pie de manzana, del que Nell se sentía orgullosa, pues tenía las manzanas en conserva desde el otoño pasado y le prometió enseñarle todas sus recetas y trucos.

– No importa que seas una chef famosa, siempre habrá cosas que te hagan aprender y volver a lo básico– , dijo Nell, sonriéndole mientras se levantaba para ordenar. – Ve a dormir, descansa, mira la televisión. Mañana nos vemos.

No lo dijo como una pregunta. Esta dulce mujer que la estaba cuidando como si la conociera de toda la vida, había acabado de hacerse un espacio en su vida.– Gracias– , dijo Ariadne.– Gracias de verdad, Nell– . Y se paró, como pudo de la silla y le dio un abrazo cálido, mientras sentía una sonrisa en el corazón.

CAPÍTULO VEINTE

Había decidido trasladar sus desayunos a un bonito lugar debajo del roble. Su pie empezaba a sentirse mejor, después de un par de días de reposo y los amorosos cuidados que Nell le había dado. Entre las dos movieron un par de sillas de jardín y una mesita hasta el lugar más plano del jardín, bajo las ramas del viejo árbol.

El día anterior pensó en lo bueno que sería poder tomar el rastrillo y barrer todas las hojas que había, pero, recordó que no estaba lista para ello. Estaba un poco cansada de sentirse inútil, de no ser capaz de caminar a donde quisiera y dar paseos por el camino que pasaba frente a la casa. Desde donde estaba, podía ver que no muy lejos había un bonito bosque, lleno de árboles enormes.

Estaba sentada pensando en todo esto, mientras una ráfaga de viento suave y cálida, le desordenaba el rojo cabello, cuando su teléfono vibró sobre la mesa. Lo tomó y contestó de inmediato. Era Alexandra y no iba a posponer más la conversación que tenían pendiente.

— ¡Ariadne Brown!— dijo Alexandra sin permitirle decir una sola palabra.— Dime que de verdad estás bien. Han pasado meses sin tener ni una noticia tuya. No puedo creer que me hayas permitido enterarme de todo por redes sociales...

— Lexi, todo ha sido una verdadera locura— , respondió Ariadne, interrumpiéndola.— No te enojas conmigo, no te iba a cargar con todo ese asunto, sabiendo que no han pasado ni seis meses de la muerte de tu esposo, además tienes tres niños que cuidar, no necesitas una cuarta.

— Ninguna de esas cosas es una excusa para no hablar contigo. Fui a tu casa y me dijeron que ya no vives ahí. ¿Dónde diablos estás?

– Estoy en Carolina del Sur, en la casa de mi tía, en la mitad de la nada. Prometo enviarte fotos más tarde– , dijo mientras bebía un poco del café que le había quedado del desayuno. – Pero, eso no es lo mejor, tendrías que ver mi entrada triunfal al pueblo. Sólo hay cinco mil habitantes y ese día, parecía que estaban todos reunidos en la calle donde estacionó el autobús.

Ariadne continuó contándole todos los detalles, hizo una recopilación completa de la historia, que incluía, obviamente, todo el asunto del restaurante y Pat, la ruptura con Al y la aparición de Josh, que pareció ser lo único que realmente le importó.

– Sabes, Ari...– dijo Alexandra, tomando una respiración profunda. – Realmente nunca nos gustó Al, siempre pareció estar haciendo un servicio social al estar contigo. Se veía tan suficiente, se sentía tan superior a ti.

– No seas malvada, siempre fue amable y me quería mucho.

– ¡No soy malvada! Es sólo que, ¿recuerdas la fiesta que diste en la terraza cuando inauguraste tu apartamento? Ninguno de sus amigos fue, ¿verdad?

– Sí, pero, fue porque todos estaban en una convención de corredores de bolsa en Seattle...

– No. Te mintió. Lo escuché hablando por teléfono y dijo que eras adorable, pero, que no eras material para una esposa de Wall Street.

Ariadne se quedó en silencio. Sintió que su corazón se aceleraba y las lágrimas llenaban sus ojos. Había notado que los amigos de Al estaban siempre con mujeres muy jóvenes, modelos e influencers de redes sociales. Pero, jamás pensó que la viera de esa manera. Tuvo que tomar una respiración profunda y parpadear varias veces, mientras recobraba la compostura.

– Ari, no te sientas mal. Tú hiciste todo de la mejor manera posible. Pensaste en crear un futuro juntos, pero, él no quería eso. Sólo le convenías por tu bonito apartamento en Manhattan.

– Pero...

– Sin peros. Mejor cuéntame un poco de ese guapo doctor que te salvó de la vergüenza pública– , dijo, con una risita traviesa.

– Bueno, sólo lo ví ese día, se llama Josh algo, en realidad no me dijo su apellido, pero, me dio su número y...

– Y... Prométeme que lo vas a llamar hoy mismo. Invítalo a almorzar.

– No. Me dijo que lo llamara si necesitaba algo y no quiero molestarlo. Es el único médico del pueblo y debe estar muy ocupado.

– Pues necesitas que revise tu pie, ¿no lo crees?– , dijo soltando una carcajada. Alexandra siempre había sido una casamentera. – Además, tal vez pueda acortar tus días de incapacidad y puedas volver pronto a casa...

– A casa... ¿A cuál casa, Lexi? ¿A la de tía Rosie? ¿A la tuya?

– A la que quieras, en ambas serás recibida con amor. Ya sabes que los niños te aman y acá tendrás una habitación para ti. Tienes que regresar y volver a empezar. No te permito darte por vencida– , dijo con voz autoritaria. – Si quieres vacaciones, tómatelas, pero, no puedes estar sintiéndote mal para siempre.

Ariadne suspiró. Sabía que Alexandra tenía razón. La vida no se había acabado sólo porque todo se había ido a la mierda. Se aclaró antes de volver a hablar.

– Tienes razón. Voy a pensar un poco en lo que quiero hacer de ahora en adelante.

– Y vas a llamar a ese sexy doctor.

– Lexi, no me presiones...

– Sí te presiono, soy tu mejor amiga y soy mayor que tú- , dijo, riéndose.— Así que vas a obedecerme. Vas a llamarlo en cuanto colguemos y me vas a llamar después a contarme qué te dijo.

– Está bien, mamá. Ya te vuelvo a llamar.

Puso el teléfono sobre la mesa y tomó una respiración profunda. Se sirvió una segunda taza de café de la jarra que había llevado con ella y pensó por un momento.

– Algo me dice que esta es una pésima idea, ¿Tú qué opinas?— dijo, levantando la cabeza y mirando las altas ramas del roble. Una hoja se desprendió y le cayó en los ojos.— Lástima que no hablo árbol, pero, voy a imaginar que me dices que lo llame.

Tomó nuevamente su teléfono y buscó el teléfono de Josh entre su lista de contactos. Presionó la pantalla y el tono de llamada sonó en su oído. Una vez, dos veces... Seguramente está ocupado, pensó para sí misma. Tres veces. Estaba a punto de colgar cuando una voz femenina contestó.

– Consultorio del doctor Craig, ¿En qué puedo ayudarle?

Había estado a punto de colgar, pero, pensó que tal vez Josh se daría cuenta de que había llamado y no había hablado.

– Hola Callie, habla Ariadne Brown. ¿Josh está disponible?

– El doctor Craig— , dijo haciendo especial énfasis en la palabra doctor. — Está atendiendo a un paciente. Si quieres puedes volver a llamar después.

Ariadne suspiró.— ¿Podrías decirle que lo llamé? por favor.

— Se lo diré cuando esté disponible. Su agenda está llena durante todo el día.

— Gracias, Callie— , respondió Ariadne y colgó. No sabía si había sido su impresión o esta mujer estaba particularmente antipática ese día. Decidió no preocuparse por eso y tomó el libro que tenía a su lado. Finalmente estaba teniendo tiempo para leer y eso le gustaba mucho. Buscó la página que marcaba con el señalador de mariposas que le había regalado su padre hacía tantos años y se dispuso a leer.

No habían pasado dos minutos, cuando su teléfono volvió a vibrar sobre la mesa. Ariadne cerró el libro, con un dedo dentro de él, para no perder la página, y sintió un enorme agujero en su estómago cuando vio quien la llamaba. Se trataba de Josh. Tomó una respiración profunda y contestó.

— Hola, Josh.

— Hola, Ari. ¿Estás bien?

Ariadne sonrió y se puso un mechón de cabello detrás de la oreja. El viento insistía en despeinarla.— Yo, sí. Estoy bien. Sólo quería preguntarte si tienes tiempo de venir y revisar mi pie.

— Puedo hacerte un espacio a la hora del almuerzo. ¿Estás segura de que te sientes bien?

— Sí— , dijo ella.— Sí. Me siento bien, incluso pensé que tal vez podrías acortar mi tiempo de incapacidad.

Sólo escuchó el silencio al otro lado de la línea. Josh se tomó un momento muy largo para contestarle.

— Allá estaré a las doce y media. ¿Quieres que lleve el almuerzo?

— No. No hace falta— , dijo Ariadne. — Nell se encargó de llenar mi refrigerador por, al menos un mes. Voy a necesitar

ayuda para terminar toda esta comida.

Escuchó como Josh sonreía. – Será un placer ayudarte con eso. Nell es una excelente cocinera. A las doce y media, entonces.

– A las doce y media– , respondió y colgó. Se sentía repentinamente feliz y tenía una sonrisa dibujada en sus labios. Revisó la hora en su teléfono. Eran poco más de las nueve y media, así que decidió leer un poco más, y subir a tomar un baño y arreglarse un poco para el almuerzo. Miró hacia arriba, y vio como el viento jugaba con las hojas del roble y el sonido que hacía se parecía mucho a una risa.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Josh llegó justo a tiempo. Llevaba una camisa a cuadros blanca y negra, unos jeans ajustados que le permitieron a Ariadne ver lo musculosas que eran sus piernas en ellos. Estaba sentada en la mesa que había puesto bajo el roble y había elegido un vestido floral, liviano, que le permitía no morir de calor en esa tarde soleada.

Josh se acercó a ella, sonriendo. Sus miradas se cruzaron por un instante y Ariadne no pudo evitar que el latido de su corazón se acelerara.

— Te ves realmente bien— , dijo Josh mirando atentamente a su pie. — Déjame examinarte. Voy a retirar el vendaje y a mirar cómo está.

Josh se arrodillo en el prado del jardín, que Nell había mandado a podar, aún contra todas las protestas de Ariadne. Le había dicho que no quería que sus muletas se enredaran con la hierba y terminara lastimándose su otro pie. Con cuidado soltó el vendaje que había hecho días atrás y, suavemente, tocó cada uno de los puntos en los que consideraba que había dolor. Incluso, el lugar en el que se había hecho daño, ya no le dolía. Sólo se veía un feo hematoma que empezaba a ponerse verde.

— Creo que podrás prescindir de esto— , dijo, mientras levantaba la venda y se la entregaba a Ariadne.— Tu pie está sanando realmente bien. Ya puedes empezar a apoyarlo, suavemente y con ayuda de las muletas.

— Esa sí que es una buena noticia. Gracias Doctor Craig— , dijo Ariadne, ahogando una risita. — Podré volver a la normalidad muy pronto.

Él la miró, y por un instante, su sonrisa se desvaneció.— ¿Vas a regresar pronto a Nueva York?

– Bueno, no tan pronto como pensaba, quiero tomarme las dos semanas de descanso que me diste para poder pasear por los alrededores y poner mi cabeza en orden ¿Sabes?

Josh suspiró, aliviado.— Me gustaría llevarte al río, cuando te sientas realmente bien. Es un lugar muy bonito y podríamos hacer un picnic y pescar algunas truchas.

Ariadne asintió con su cabeza. – Me encanta tu idea. Ahora, vamos a almorzar.

Se levantó lentamente de la silla, evitando hacer cualquier movimiento que pudiera lastimarla y Josh le tomó el brazo para ayudarla. Ella le sonrió y se adelantó al porche, para ir a la cocina por la cazuela de pollo que Nell le había llevado.

Josh le ayudó, llevando él mismo los platos, los vasos y la jarra de jugo que había preparado hacía unos minutos y estaba enfriando en el refrigerador.

– Me dijiste que estoy bien, déjame hacer algo, por favor– , dijo Ariadne, mientras se acomodaba el cabello en una cola de caballo.

– No. Me niego. Mi cortesía no es negociable, además hace parte de mis cuidados médicos– , dijo Josh guiñándole un ojo.

– Imagino que todos tus pacientes deben sentirse muy felices con tus cuidados– , dijo Ariadne, sin poder evitar el tono sarcástico en su voz.

– No. No todos, sólo los que realmente me interesan.

Se sentaron a comer y la sopa estaba realmente deliciosa.

Josh se limpió con la servilleta, antes de hablar.— Hace un rato me llamaste Doctor Craig ¿Por qué lo hiciste?

– Ah, eso. Es que cuando te llamé esta mañana, Callie fue bastante clara en que debía usar tu título para referirme a ti, y no usar tu nombre.

Josh la miró, claramente molesto.— ¿Sabes? Callie está un poco enamorada de mí. Jamás ha sido un asunto que me moleste, pero, espero que no se vuelva un inconveniente, contigo. Realmente es una buena enfermera y no me gustaría prescindir de sus servicios.

Ariadne lo miró y dejó su cuchara en el plato. – Oye– , dijo.— No quiero causarle problemas a nadie, menos a ti que has sido tan amable conmigo.

Josh le hizo un gesto con la mano, para que se detuviera.

– No, no tiene nada que ver contigo, pero, sí todo que ver con ella– , dijo después de tomar un trago de su jugo.— No te sientas mal por llamarme por mi nombre, o por llamarme. La verdad, me gusta que lo hagas.

Ariadne se sonrojó y bajó su mirada al plato que tenía en frente. Siguieron comiendo en silencio, hasta que Josh dijo algo que la emocionó mucho.

– ¿Puedes adivinar qué tengo en mi auto?

Ariadne se puso la mano bajo la barbilla, en actitud pensativa. – Honestamente, no me atrevería a decir que haya algo más que implementos médicos.

– Espera acá– , dijo Josh.— Y cierra los ojos.

Ariadne lo miró claramente contrariada por la orden.

– ¡Obedece! Son órdenes del doctor.

Ariadne sonrió y cerró los ojos. Podía escuchar como Josh se alejaba, caminando por el prado. Mantuvo los ojos cerrados, aunque la tentación de abrirlos un poco, y hacer trampa, era muy grande. Lo escuchó abrir la puerta del auto y volverla a cerrar, y regresar caminando hasta donde ella

se encontraba. Supo que había puesto algo sobre la mesa, que estaba cubierto con papel de aluminio, por lo que pudo adivinar que se trataba de comida.

– Abre la boca– , dijo Josh, juguetonamente.

– ¿Qué? No..– Dijo Ariadne abriendo los ojos.

– No. No abras los ojos– , dijo Josh, cubriendo lo que había puesto en la mesa, frente a ella.– Ciérralos y abre la boca.

Ariadne hizo lo que le dijo y sintió como una cuchara se deslizaba con un bocado del delicioso tiramisú del restaurante del pueblo.

Sus ojos se abrieron como platos. – Esto es realmente buenø– , dijo, con la boca aún llena de postre.

– Sabía que te iba a gustar– , dijo Josh, tomando una cucharada para sí y acercándole el plato.– ¡Todo tuyo!

Ariadne tomó el plato de postre y se lo comió lentamente, disfrutando cada bocado, mientras Josh la miraba, sonriéndole.

– No quiero demorarte con tus citas de hoy– , dijo Ariadne. Josh la miró confundido.– Se que tienes un día ocupado. Aun así, gracias por venir, de verdad aprecio todo lo que haces por mí.

– Espera. ¿Día ocupado?– Preguntó Josh, claramente confundido.

– Sí. Callie me dijo que tenías la agenda llena todo el día, y...

Josh tomó su teléfono mientras la hacía un gesto a Ariadne para que estuviera en silencio. Buscó un contacto, que Ariadne no identificó, y lo presionó en la pantalla.

– Hola Callie– , dijo, en tono formal.– ¿Ha aparecido algún paciente?

Ariadne lo vio mover la cabeza en signo de negativa, mientras escuchaba a su asistente.— Mmmm... Ok... Si llega alguien, házmelo saber de inmediato.

Colgó la llamada y miró a Ariadne. — ¿Ves? Te lo dije, tengo la tarde libre. ¿Qué te parece si te ayudo un poco a barrer estas hojas?

— ¿Qué dices? ¡No!— Dijo Ariadne, tocándole ligeramente el brazo, para detenerlo.— No te llamé para eso, por favor, Josh...

Él le miró y le guiñó el ojo mientras le sonreía. No pudo detenerlo y mientras Ariadne seguía oponiéndose, él se levantó a buscar el rastrillo.

Estaba absorta, fingiendo que leía, aunque no podía quitar los ojos de Josh. Se había remangado la camisa y podía ver sus brazos fuertes. Estaba dándole la espalda y podía ver los músculos de sus hombros, que se dibujaban bajo la tela. De pronto, una voz familiar la sacó de sus pensamientos.

— ¡Ari!— dijo Nell, desde la puerta de la propiedad.— Vine a saludarte y... Oh, hola, Josh.

— Hola, Nell— , respondió él, mientras se secaba el sudor de la frente con el dorso del antebrazo. — Vine a revisar a nuestra paciente. Tenemos buenas noticias.

Nell pasó a su lado y siguió hasta donde se encontraba Ariadne. Se sentó en la silla a su lado y puso su mano sobre la de ella. — Es muy guapo ¿Verdad?— dijo mientras le guiñaba un ojo.

Ariadne la miró, con los ojos muy abiertos. — ¿Qué?— , preguntó, poniendo los ojos en blanco. — No tengo idea de qué me hablas.

Ambas se miraron y se rieron de lo que acababan de decirse.

– Josh me dijo que estoy mucho mejor, que tal vez no tenga que guardar reposo por dos semanas– , le dijo a Nell, mientras cerraba su libro y lo ponía sobre la mesa.

– Así que, ¿Estás lista para irte?

– No. Todavía no– , le respondió Ariadne. – Realmente necesito descansar y, aunque suene imposible de creer, estoy disfrutando mucho de este lugar.

– Pues, que casualidad– , dijo Nell, y ajustó sus gafas sobre el puente de la nariz. – Tengo una idea, pero, necesito ayuda.

– ¿Qué clase de idea?– Preguntó Ariadne, mirándola fijamente.

– Una de esas que, creo, podría gustarte. Pero, esperemos a que pases otra semana acá, y lo retomamos ¿Te parece?

Ariadne no pudo contestar nada, pues en ese preciso momento Josh se acercó hasta donde ellas estaban. Venía con una sonrisa de triunfo, cargando el rastrillo en el hombro.

– Señoritas– , dijo, mientras apoyaba el rastrillo en el suelo, como si se tratara de un tridente. – Tarea completa. Podrían darme algo de beber, ¿por favor?

CAPÍTULO VEINTIDOS

Los días de esa semana sucedieron sin mayores novedades. Nell seguía visitándola, aunque un poco menos desde que sabía que ya podía caminar.

Cada vez usaba menos las muletas y, aunque continuaba usando los analgésicos, el dolor y el hematoma iban desapareciendo.

Se había levantado temprano, se dio un baño y se puso ropa cómoda. Quería salir a caminar hasta el bosque que había estado mirando todos estos días, desde el jardín. Se aseguró de ponerse zapatos cómodos, para caminar y salió bajo el sol de la mañana.

Mientras iba recorriendo el sendero, veía muchos árboles que no conocía y escuchaba el trino de los pájaros. Había miles de mariposas, de colores, que jamás había visto y que sabía que nunca tendría en Nueva York.

Había llevado agua y un par de sánduches en su morral. Estaba decidida a pasar el día entre la naturaleza. Sabía que no podía evadir más esta conversación consigo misma, sabía que tenía que empezar a tomar decisiones sobre su vida futura. Rosalind le había dicho que podía quedarse allí mientras quisiera, pero, el dinero que tenía en el bolsillo era poco y no iba a durarle para siempre.

— Honestamente— , se dijo sí misma,— No tengo idea de qué diablos voy a hacer con mi vida.

Siguió caminando, hasta que llegó a un lugar plano, donde podía sentarse, recostada contra el tronco enorme de un árbol verde oscuro. Trató de cerrar los ojos y poner su cabeza en orden, pero, era muy difícil. Mientras más se esforzaba por no pensar, más imágenes de Pat y Al venían a su mente. No había noticias de ella durante el tiempo que

llevaba allí. Ni siquiera había hablado con alguno de los chicos del restaurante. Ellos no la habían buscado y ella tampoco pensaba iniciar una conversación.

Y con respecto a Al... Ya había llorado lo suficiente. Todo lo que le había dicho Alexandra le había hecho pensar en tantas señales que había tenido ahí, frente a sus ojos, y no había querido ver. Había creído que él era el amor de su vida durante muchos años, pero, todo lo que había pasado con el restaurante, su falta de apoyo, y que la hubiera abandonado en el peor momento, sólo la hacía sentir un frío creciente en medio del corazón.

Se sentía un poco rara, después de haber pasado casi dos semanas a solas, sin cocinar nada más que desayunos ligeros y estando rodeada de nada más que cuatro personas. Rosalind, Nell, Alexandra y... Josh. En ese momento sintió que su teléfono vibró en su bolsillo. Lo tomó y encontró un mensaje de texto. Se dirigió a la aplicación de mensajería y un aleteo adolescente se instaló en su estómago.

¿Vamos a pescar mañana?

Se sorprendió al ver que el mensaje era de Josh y que no había olvidado lo que le había propuesto unos días antes. Pescar, pensó. Odiaba pescar. Se le rompía el corazón viendo a estos pobres animales mientras morían ahogados. Pero, no quería perderse una excusa para salir a pasear por los alrededores y conocer un poco más de Green Creek. Tal vez irían al lugar que le daba nombre al pueblo y ese sería un buen tema de conversación cuando regresara a Nueva York y se sentara con Alexandra a tomarse un par de martinis, en la terraza del apartamento en el que vivía con sus hijos.

Sí, pero, con dos condiciones.

Josh contestó de inmediato, tal vez estaba esperando su respuesta.

Sí y sí. Jajajaja. ¿cuáles condiciones?

Ariadne sonrió, divertida. Se apresuró a escribir su respuesta.

Que no tengas pacientes y que me dejes llevar la comida.

Josh comenzó a escribir. El mensaje parecía estarle tomando mucho tiempo. Se quedó mirando la pantalla de su teléfono mientras veía que él escribía y escribía. Finalmente, sólo recibió un mensaje corto.

Ok. Te recojo a las cinco de la mañana.

Ariadne sabía que escribir esas pocas palabras no le iba a llevar tanto tiempo. Seguramente había escrito cosas que había borrado después.

Decidió no prestarle demasiada atención a esto, y decidió contarle sus planes a su tía Rosalind. A esa hora solía estar en Yoga, así que le contestaría después. No iba a contarle nada a Nell hasta que regresara. No quería que la llenara con su “felicidad especial”, que sólo lograría aumentar su ansiedad.

Sacó uno de los sánduches del morral. Había preparado sánduches de huevo duro, con jamón, queso y lechuga. Extrañaba su mayonesa casera, pero, no se había esforzado demasiado por prepararla ese día.

Comió con gusto y, mientras lo hacía, se dedicó a pensar en el menú que llevaría para su pequeña salida de pesca. Tomó un sorbo del agua que había llevado y, por un instante un precioso color rojo llamó su atención.

— ¡Frambuesas!— Gritó emocionada. Se sintió un poco avergonzada, pero, cuando se dio cuenta de que nadie

podía escucharla, se levantó rápidamente y fue hasta el arbusto. Comió muchas y recogió las demás. Iba a hacer una mermelada para su paseo con Josh. Su deseo por cocinar estaba regresando. Tal vez, ella misma, estaba de regreso.

CAPÍTULO VEINTITRES

Toda la casa estaba inundada por los suaves aromas de azúcar y las frambuesas. Jamás pensó poder encontrar tantas, tan cerca y gratis. Había recogido al menos dos kilos y sabía que no podía desaprovechar esta oportunidad tan maravillosa.

Había decidido hacer una mermelada, para compartirla con Nell y, por supuesto, con Josh en su viaje de pesca.

– ¡Lexi! Es realmente increíble– , dijo Ariadne, con alegría en su voz. – Recogí dos kilos de frambuesas en un momento. Me imaginé a los chicos haciendo de las suyas en esos arbustos.

Alexandra se rio.– ¿Estás segura de que eran silvestres y no las robaste? Las frambuesas pueden valer seis dólares por libra, ¿Recuerdas?

– Oye– , respondió Ariadne con falsa indignación en su voz.– No robé nada, sólo las encontré y pensé que, si nadie iba a recogerlas, pues qué mejor que quedarme con ellas.

– ¿Vas a convertirlas en tu famoso pie de frambuesa?– , Preguntó Alexandra.– Me vendría muy bien un trozo en este momento.

– No– , le respondió Ariadne.– Estoy haciendo mermelada. Voy a llevarle una buena cantidad a Nell y el resto será el postre para mi viaje de pesca con Josh, mañana.

– Así que por fin vas a tener una cita con el médico guapo, ¿eh?

– No es una cita– , respondió Ariadne, poniendo los ojos en blanco.– Sólo vamos a buscar algunas truchas. Él es súper amable, pero... no creo que esté interesado en mí. Además, pienso volver a Nueva York en cualquier momento.

– ¿En cualquier momento entre hoy y veinte años en el futuro?

– No exageres, Alexandra– . Dijo, mientras hacía un gesto.
- Sabes tan bien como yo que no soy una persona de campo. Extraño el bullicio y las luces de Manhattan.

– Lo sé, y porque te conozco– , dijo, sonriendo. – Sé que puedes ser radical en tus decisiones.

Ariadne se quedó pensando por un instante. No había evaluado la posibilidad de quedarse allí a largo plazo. Hizo un gesto con la mano, tratando de sacarse el pensamiento de la cabeza.

– No– , dijo. – Realmente no estoy interesada en ese tipo de cambio de vida. Lexi, es hora de continuar con mi mermelada.

– Está bien. Espero mañana todos los detalles de tu cita.

– Paseo, excursión, viaje– , respondió. – Llámalo como quieras, menos cita. Por favor.

– Como quieras– , respondió riéndose.– Cuídate, Ari.

Ariadne se despidió y puso su teléfono a un lado, en la cocina. Se sentía muy feliz, el dolor había cedido, aunque sabía que debía continuar siendo cautelosa con lo que hacía, para no hacerse daño nuevamente. Estaba bailando al compás de la música, mientras envasaba la mermelada para Nell, en uno de los mil contenedores en los que le había llevado comida.

Se puso los zapatos más cómodos que tenía, cerró la puerta de la casa y tomó el camino a casa de Nell. Quería sacarse de la mente las palabras de Alexandra, pero seguían resonando en su cabeza.

No podía dejar Nueva York para terminar metida en una cabaña en las montañas. Lo único que quería era regresar,

buscar empleo, ahorrar y volver a tener su propio restaurante. No iba a darse por vencida tan fácil y, lo sabía bien, desaparecer de la escena gastronómica por demasiado tiempo, terminaría siendo la muerte laboral para ella. Perdería relevancia, dejaría de ser visible. Hizo un gesto con la mano, como para espantar esos pensamientos. Se acomodó los anteojos de sol, sobre el puente de la nariz y entró en la propiedad de Nell.

La encontró agachada, junto a un seto de rosas, quitándole las malas hierbas que crecían a su alrededor.

– ¡Pero miren a quién tenemos acá!– , dijo, mientras se sacudía la tierra de los guantes. – Me alegra que te hayas animado a visitarme, Ari. Vamos adentro, tengo una deliciosa limonada, recién preparada, en la nevera.

– Te traje un regalo– , respondió Ariadne, a la invitación de Nell.

– Déjame ver qué me trajiste– , dijo, mientras abría los ojos en señal de verdadera sorpresa. – Hace mucho tiempo no recibo un regalo.

– Solo es un poco de mermelada– , respondió Ariadne, mientras dejaba el recipiente sobre la barra de la cocina. – Estuve caminando por el bosque y encontré un montón de frambuesas. No quise desaprovecharlas, ¿Sabes cuánto valen en Nueva York?

– Acá son gratis– , dijo Nell, soltando una carcajada. – Sólo hace falta salir a recogerlas.

Ariadne se sintió como una verdadera ciudadina. No sabía nada de la vida en el campo, pero estaba empezando a descubrir algunas de sus bondades.

Nell sirvió dos vasos grandes de limonada. En la jarra se veían las rodajas de limón amarillo, y los cubos de hielo

tintinearón, mientras caían en los vasos.— ¿Recuerdas que hace unos días te dije que estaba pensando en algo?

— Sí, lo recuerdo. Pero no me quisiste decir mucho.

— Bueno, creo que no hizo mucha falta, tú misma— , dijo señalando la mermelada, — me has dado la respuesta que estaba buscando.

Ariadne la miró sin entender una sola palabra de lo que Nell estaba diciéndole. La confusión debió ser evidente en su rostro, porque ella dejó el vaso en la mesa y continuó hablando.

— No sólo hay frutas maravillosas en el bosque. Algunos de nuestros vecinos las cultivan, pero una porción importante se pierde. Siempre he querido hacer algo con esa porción, pero, jamás había encontrado con quién hacerlo.

— ¿Me estás proponiendo que trabajemos juntas?

— Sí. Exactamente eso. Lo único que me preocupa es que quieras regresar pronto a Nueva York. Por eso no te había explicado antes lo que tenía en mente.

Ariadne la miró por un largo rato. Mientras pensaba, tomó un par de tragos de la limonada, que estaba realmente buena. Quizás sea solo por una corta temporada, pensó. No estaría del todo mal, después de todo. Podría ganar algo de dinero, para no tener que pedirle más a su tía Rosie. Y, de alguna forma, estaría volviendo a cocinar, con un proyecto nuevo, a corto plazo. La idea no era tan mala, después de todo.

— ¡Acepto!— , exclamó, con una sonrisa, y extendiendo su mano hacia Nell.— Socia.

Nell no pudo evitar reírse, mientras la estrechaba la mano. Ambas sonrieron y cerraron el trato, con un brindis con limonada.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Josh había llegado a las cinco de la mañana. Lucía muy bien, con su camisa roja, una chaqueta gruesa, jeans y unas botas de senderismo. La noche anterior la había llamado para ultimar los detalles de su paseo. Le había dicho que iba a recogerla a las cuatro y Ariadne se negó. Prefería dormir un poco más, sentía que desde que estaba en Green Creek, se había vuelto un poco perezosa. Se dormía temprano y se levantaba un poco más tarde de lo que estaba acostumbrada.

Había preparado sánduches de huevo, con mayonesa de ajo hecha en casa. Además, había alistado dos termos, uno con café y el otro con té helado, con limón. Y para el postre, llevaba dos pequeños recipientes con la mermelada de frambuesa.

Josh la estaba esperando, recostado contra el roble. Aún no amanecía, pero las luces del jardín hicieron que la imagen, por sí misma, se viera un poco cinematográfica. Este hombre era realmente atractivo y, mientras lo veía ahí, de pie, con una sonrisa brillante en su rostro, no pudo evitar sentir un cosquilleo familiar en su estómago.

Había elegido unos jeans, un camiseta de manga larga y una chaqueta azul. En el armario de su tía encontró unas botas de senderismo de su talla, lo que, claramente, iba a facilitarle mucho el recorrido por la rivera del río.

Josh se acercó al porche, para ayudarle con los paquetes que sostenía y, al recibirlos, sus manos se tocaron por accidente. Ambos se quedaron mirándose por un segundo demasiado largo, sin atreverse a hacer ningún movimiento. La sangre había enrojecido las mejillas de Ariadne, y Josh, pareció notarlo, porque tomó los paquetes en su mano y se dirigió al auto.

– Elegiste buenos zapatos– , dijo, mientras acomodaba las cosas en el baúl. – Escogí una ruta más cómoda hasta el lugar donde están las truchas.

– Te lo agradezco– , dijo Ariadne sonriendo. – No quiero volver a tener muletas nunca más.

Josh se acercó a la puerta del pasajero, y la abrió permitiéndole entrar al auto. Dio la vuelta hasta su propia puerta. Se acomodó en su asiento y miró a Ariadne de reojo.

– ¿Estás lista para ir por la cena?– , dijo mientras daba vuelta a la llave en el encendido.– Jamás he comido truchas preparadas por un chef.

Ariadne se rio, mientras asentía con la cabeza.

Josh salió de la propiedad y se dirigió a la carretera principal. Ariadne no supo durante cuánto tiempo estuvieron conduciendo, en silencio. Sólo se escuchaba la música que venía de la radio. Se sentía cómoda con el silencio, no lo sentía raro, como en otros viajes de su vida, en los que era necesario hablar sin parar, para que la atmósfera no se sintiera rara.

Después de un rato, tomaron un camino de tierra, en una curva. El camino se adentraba por un bosque de árboles impresionantes y la luz del amanecer se filtraba entre las hojas, dando un bello espectáculo en tonos de verde. Siguieron por un par de kilómetros, hasta que encontraron un claro, donde Josh estacionó el auto.

– Desde acá es más fácil llegar hasta allá– , dijo, mientras señalaba un pequeño arroyo, que brillaba con destellos dorados, por la luz del amanecer.

Ariadne estaba petrificada, tanta belleza la hacía sentir diminuta y sobrecogida. Algo en su interior la hacía sentir feliz, pero, también, estaba al borde de las lágrimas.

– ¿Estás bien?– preguntó Josh.

– Sí. Es sólo que... Este lugar es tan hermoso.

– Bienvenida a Carolina del Sur. Este es el arroyo que le da nombre al pueblo. Normalmente se ve verde y se encuentran las mejores truchas de la zona.

Ariadne sonrió y caminó a su lado. Escuchaba los pájaros cantando y vio algunas ardillas que saltaban entre las ramas de los árboles. Llegaron a una playa al lado del arroyo. Estaba oculta por los árboles que le daban sombra. Josh descargó los paquetes en ese lugar, y se puso un pantalón de caucho que le llegaba hasta la parte superior del pecho.

Ariadne no pudo evitar reírse de su atuendo, aunque le recordaba un poco al que usaba su padre cuando salía de pesca. Tal vez venía a este lugar, porque siempre había truchas frescas cuando pasaban unos días en casa de tía Rosie.

Josh la miró y, en lugar de ofenderse por la risa, se dedicó a posar, apoyado en su caña de pescar.

– Quiero ver si luces tan bien como yo lo hago ahora, mientras buscas lombrices debajo de las piedras.

– ¿Qué? Lombrices... ¿A qué te refieres con eso?

– Me refiero a que necesitamos carnada, Ariadne. No sabes mucho de pesca, ¿Verdad?

Ariadne lo miró, incrédula. Se levantó de la piedra en la que se había sentado, y empezó a mover algunas piedras grandes que veía cerca al agua. Sabía que Josh la estaba mirando, porque podía sentir sus ojos fijos en su espalda. Se estaba sintiendo un poco estúpida, porque no encontraba nada más que arena debajo de las piedras.

En un instante, la risa de Josh la sacó de su estado de concentración.

– Estaba haciéndote una broma, Ari– , dijo, mientras la miraba con una sonrisa traviesa en su boca.– Voy a pescar con mosca, no te preocupes por la carnada. Siéntate y descansa. Disfruta este lugar.

Ariadne lo miró seria y torció la boca hacia un lado. No le había gustado sentirse como una boba. Tomó el mantel que había traído y lo puso sobre la arena. Tomó su libro, se sirvió una taza de café y se puso a leer. Sabía que el silencio era muy importante para no espantar a los peces.

Después de un rato, escuchó un chapoteo y levantó los ojos. Josh se acercaba a ella, con aire triunfante y una enorme trucha colgando del sedal de la caña.

No pudo evitar sonreír y sentirse emocionada. Ya tenía algunas ideas para preparar el pescado. Él dejó la trucha a una distancia prudente de donde ella se encontraba.

– No las dejes escapar, Ari– Le dijo, mientras volvía a entrar en el arroyo.

– ¿Qué? Es imposible que se escapen. Se trata de otra broma, ¿Verdad?– respondió ella, mientras lo miraba con incredulidad.

– No. No se trata de una broma. A veces saltan de regreso al río.

– Está bien, voy a impedir que se escapen. ¿Quieres un poco de café?

– Luego. Esta hora es buena para agarrar los mejores peces– , le dijo, mientras le guiñaba un ojo y seguía entrando en el arroyo.

La mañana pasó entre truchas que intentaban escapar y el silencio del bosque, que sólo era interrumpido por el canto de las aves y el viento que se deslizaba entre los árboles.

Ariadne miraba el arroyo y a Josh, que se mantenía con el agua por encima de la cintura, y parecía ser un excelente pescador. Miró a su lado y pudo ver que había, al menos, cinco truchas de buen tamaño, en el prado.

Pronto iba a ser medio día y su estómago gruñó un poco, así que se levantó de donde estaba y se concentró en preparar el almuerzo.

– Deberías venir a comer algo– , le dijo a Josh, que, por un momento, sostenía la caña sobre el hombro, tomándose un descanso.

– Tienes razón– , le contestó. Mientras iba saliendo del agua, y se acercaba a donde ella estaba.– Tengo hambre y esto se ve realmente delicioso.

– Son sólo sánduches de huevo, no exageres.

– Los sánduches de huevo son mis favoritos, ¿Cómo lo supiste?– , preguntó y le dio una buena mordida a la comida que tenía en la mano.

– Ya sabes, soy un poco psíquica– , respondió ella, mientras escondía una risita con la mano.

– ¡Nell te lo dijo! ¿Verdad?

Ariadne lo miró y sonrió.– En realidad, también son mis favoritos.

Comieron en silencio, y Josh dio buena cuenta de tres sánduches y la mitad del té helado que había en el termo. Cuando le dio la mermelada, él la recibió, olfateándola un poco y comiéndose una buena cucharada.

– Esto... Mmm... Está muy buena– , dijo, mientras Ariadne veía como tenía mermelada en la comisura de los labios y tenía que esforzarse por no limpiarlo con la mano.

Le entregó una servilleta.– Son frambuesas silvestres, del bosque cerca a mi casa.

Él la miró y sonrió. Tragó la mermelada que tenía en la boca y siguió hablando.— Esta mermelada me recuerda a la que hacía mi mamá. Le pusiste romero, ¿Cierto?

— Sólo un poco, para aromatizarla. ¿Tu mamá es buena cocinera?

— Era. Creo que gracias a ella fui un niño gordo en la escuela.

— Lo siento , dijo Ariadne.— Sé como se siente no tenerla.

— No tienes por qué sentirlo. Fue hace mucho y ahora está mejor. Estaba muy enferma al final y...

Ariadne lo miró en silencio. Sabía que ese tema siempre era difícil para la gente, pero, Josh se estaba abriendo con ella y, no quería interrumpir el momento. Terminaron el postre y Josh la miró por un rato.

— Creo que debemos irnos, ya tenemos suficientes truchas por hoy y no van a volver a picar hasta el final de la tarde.

Ariadne asintió con la cabeza y empezó a recoger las cosas de su picnic. Sin pensarlo demasiado, le propuso a Josh que pasaran la tarde en su casa, mientras la acompañaba a limpiar los peces y a cocinarlos. No sabía si había sido un error, pero él aceptó inmediatamente.

Se dirigieron de vuelta al auto y guardaron las cosas en el baúl. Por alguna razón, se levantaron al tiempo y quedaron muy cerca el uno del otro. Ariadne contuvo la respiración cuando Josh se acercó más a ella. Parecía que iba a besarla y no sabía qué debía hacer. Ella también quería besarlo, pero desconocía sus motivos con ella. Josh le dio un suave beso en la mejilla. Ariadne sintió que sus piernas se aflojaban, pero no iba a permitirse perder el equilibrio.

— Gracias Ari— , dijo, mientras la miraba directamente a los ojos.— Gracias por aceptar mi invitación. Estoy ansioso por

probar esas truchas.

Ariadne le sonrió, sintiendo que sus mejillas ardían. Tal vez ella estaba confundiendo todo y él sólo quería que fueran amigos. Quizás era lo mejor que podía suceder y su tía tenía razón y Alexandra estaba equivocada al pensar que él tenía otro tipo de intereses.

Se subieron al auto y condujeron de regreso a casa de Ariadne.

Una vez allá, arregló los pescados. Les quitó las espinas, las entrañas y la cabeza. Los deshuesó y los condimentó con especias, ajo y limón, mientras precalentaba el horno.

Josh, a su lado, veía atento cada movimiento. – Estoy tomando nota– , le dijo, cuando vio que ella lo miraba por un instante. No estaba acostumbrada a que la observaran mientras cocinaba, pero la compañía de Josh se sentía bien.

Se sentaron en el porche y terminaron el café del termo, mientras los pescados estaban en el horno y el olor a especias invadía toda la casa.

Conversaron de todo y de nada. Se contaron historias de la adolescencia y ambos hablaron de sus madres. La mamá de Josh había muerto cuando él estaba haciendo su residencia en la capital del estado, hacía unos años. Era evidente que la extrañaba, pero hablaba de ella con alegría y amor.

El horno, en la cocina, hizo un ruido de campana y supo que la cena estaba lista. Ambos morían de hambre, porque sus estómagos no cesaban de quejarse. Ariadne había preparado también una fuente con papas y sirvió suficiente para los dos.

Se sentaron a comer en la mesita del jardín y Josh cambió los platos, dejándole el pescado más grande a Ariadne. – No voy a aceptar quejas– , dijo, mientras ella

intentaba detenerlo y protestar por lo que había acabado de hacer.

Comieron mientras seguían conversando y Josh elogiaba la comida, que, al parecer, le gustaba muchísimo.

– Tú sí que sabes llegar al corazón de un hombre, ¿eh?– , dijo, mientras, ponía su mano sobre la de Ariadne. El corazón le dio un salto en el pecho, pero recordó que la mejor manera de llevar lo que sucedía, era sabiendo que Josh era su amigo, y nada más.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Los últimos días habían sido tranquilos y Ariadne se estaba acostumbrando al ritmo que estaba teniendo. Se levantaba tarde, sin necesitar el despertador, se tomaba un café y hacía cualquier actividad tranquila.

La propuesta de Nell se había quedado en su mente y, aunque aún no le daba una respuesta, estaba sintiendo que podría ser una buena opción. Sus dos semanas en Green Creek estaban por terminar y debía tomar una decisión pronto. Debía llamar a su tía Rosie, para conversar con ella las posibilidades.

Estaba absorta mirando unas aves que revoloteaban cerca al roble, cuando su teléfono vibró en su regazo. Estuvo a punto de derramarse el café encima, pero cuando vio el nombre de Alexandra en la pantalla, se tranquilizó.

– ¡Hola, Lexi!– , dijo Ariadne.– Me diste un buen susto, casi me baño en café. ¿Cómo estás?

– Muy bien, ¿y tú?– Respondió Alesandra riéndose. – No quería asustarte. ¿Cómo van tus vacaciones?

– Maravillosamente bien. Hace unos días, Nell, la vecina de la que te hablé, me propuso hacer conservas y productos con las frutas de los vecinos.

– ¿Y estás considerando aceptar su propuesta?

– Sí, pero aun no estoy completamente segura. Eso implicaría quedarme acá más tiempo y...

– Y sería una idea genial.

– ¿Por qué me lo dices?– preguntó Ariadne, intrigada. – Debería estar pensando en regresar y retomar mi vida y todas esas cosas que hace la gente *normal*.

– Tú no tienes que volver a Nueva York para ser la chef Ariadne Brown– , dijo Alexandra, con un tono de pompa en su voz, enfatizando la palabra chef. – Ese es tu nombre, ¿Recuerdas? Vas a ser tú dondequiera que estés.

– Tienes razón, aunque siento que hay algo detrás de todo esto que aún no me estás contando.

– Odio que hagas eso y lo sabes, Ari. Pero sí. Tienes razón, hay algo que creo que debes saber.

Ariadne sintió que se trataba de malas noticias. Bebió un sorbo de su café y se metió un mechón de pelo rojo detrás de la oreja.

– Estoy lista, Lexi. Dispara.

– Sigues sin activar tus redes sociales, ¿Verdad?

– Emm... Sí. ¿Debería activarlas, o algo así?

– No. Prefiero ser yo quien te lo cuente– , dijo Alexandra, haciendo una pausa demasiado larga.

– Habla de una vez, el suspenso me está matando.

Alexandra tomó una respiración profunda y suspiró. – Al se va a casar.

– ¿Qué?– gritó Ariadne, poniéndose de pie y apoyando su mano libre en la mesa del jardín.

– Sí. Se va a casar con la hija de un empresario del acero– , dijo Alexandra, evidentemente molesta. – Es una niña, en realidad, todavía está yendo a la universidad, pero, es la heredera de un vasto imperio industrial.

Ariadne se quedó en silencio. No sabía qué decir. Sólo sabía que sentía algo muy extraño en su pecho. No pudo contener la carcajada que salía de lo más profundo de su ser.

– Oye, nena, ¿estás bien? – Preguntó Alexandra, claramente preocupada.

– Sí– , contestó Ariadne, con la respiración entrecortada, por la risa. – Estoy bien. Apuesto a que esa noticia tiene algo más, que aún no me cuentas, ¿verdad?

– Esto no te va a gustar...– Respondió Alexandra.– En el lugar en que ví la noticia, dicen que llevan un año juntos. Así que...

– Así que tuve unos hermosos cuernos de acero durante todo un año. Bien jugado, Al.

– ¿No estás enojada, Ari? – , preguntó Alexandra preocupada. Sabía que normalmente su reacción no sería esa, pero no estaba llorando ni insultando ni nada parecido. Ariadne simplemente reía, con una risa que le salía de la entrañas.

– No, Lexi. No estoy enojada– , le dijo Ariadne, mientras intentaba normalizar su respiración. – En realidad todo esto me parece supremamente ridículo, pero explica muchas cosas. Gracias por contármelo.

– No sé si te estoy haciendo precisamente un favor, ¿sabes?

– Claro que sí. Me acabas de dar un motivo aún más grande para quedarme una temporada larga acá. Voy a llamar a mi tía Rosie para coordinar todos los detalles.

– ¿Temporada larga? ¿A qué te refieres con eso?

– Después lo sabrás. Gracias, Lexi. Te quiero, ¿lo sabes?

– Sí, Ari. Lo sé.

Ariadne terminó la llamada. Se levantó de la mesa y se sintió maravillosamente bien, como si hubiera perdido un montón de peso. Al había puesto la cereza en el pastel que había creado. Ya no le debía nada, ya no se sentía obligada

con él. Se dirigió a la cocina, se sirvió otra taza de café y volvió al jardín, donde todo se veía más brillante y el viento insistía en jugar con su cabello, como lo hacía con las hojas del viejo roble, que parecían cantar para ella.

Tomó su teléfono y buscó el contacto de su tía Rosie. Presionó la pantalla para llamarla y el tono sólo sonó una vez, antes de que ella le contestara.

– Hola, nena. ¿Estás bien?

– Oh sí, tía. Mejor que nunca. Hay algo que quiero contarte.

CAPÍTULO VEINTISEIS

La noticia del compromiso de Al, definitivamente la había tomado por sorpresa, pero no podía añadirle más dolor al que él mismo había creado.

Todo parecía encajar en su lugar y, Ariadne, meticulosa como siempre, se había tomado el tiempo necesario para atar los cabos que, alguna vez, creyó, estaban sueltos.

Había invitado a Nell a la casa. Definitivamente necesitaba contarle lo que había sucedido y como estos sucesos habían contribuido a tomar la decisión que le iba a contar.

Había puesto a enfriar un par de botellas de vino blanco y había preparado algunos snacks, para comer en la tarde. El clima estaba cálido, pero no demasiado, así que pudieron sentarse en el jardín, a conversar.

– Así que un año– , dijo Nell, mientras tomaba un sorbo de su copa de vino.– No te voy a preguntar cómo no lo notaste, porque hay cosas que simplemente no queremos ver. No te preocupes por eso.

– Todo es muy raro– , Dijo Ariadne, dejando la copa en la mesa y acomodándose el cabello en la cola de caballo que llevaba. – No puedo dejar de pensar que tuve un poco la culpa en todo esto, pero, en el fondo, sé que Al no hizo las cosas de la mejor manera.

– Deja de pensar en eso. Tú hiciste lo que creíste mejor. Culparte no va a cambiar nada– , dijo Nell, acariciándole la mano y sonriendo, como lo habría hecho una madre.

– Lo sé. Y precisamente de cambios es que quiero hablarte.

Nell la miró en silencio.

– Voy a aceptar tu propuesta– , dijo mientras tomaba un trago de vino, como si necesitara hacer acopio de valor para lo que iba a decir.– Y voy a quedarme una temporada larga en Green Creek.

Nell se levantó de la silla, como impulsada por un resorte, y le dio un abrazo fuerte.

– Me hace muy feliz que hayas decidido quedarte– , le dijo, mientras se separaba del abrazo, con una sonrisa. – Desde que llegaste, Ari, me siento menos sola. Este lugar puede ser maravilloso, pero ciertamente puede ser muy solitario.

Ariadne sonrió y le tomó la mano. No sabía cómo decirle que gracias a ella también se sentía menos sola. Su compañía le había ayudado a sanarse más rápido. Nell la trataba como si fuera parte de su familia, así que iba a retribuir un poco de ese gran cariño que le daba, trabajando con ella.

– Tenemos mucho trabajo, ¿sabes?– Dijo Ariadne. – Tenemos que hacer ensayos, conseguir a los campesinos que tienen sobrantes de fruta y mirar los precios.

– Hay algo que me preocupa más– , dijo Nell, mirándose las manos en el regazo. – Es cierto que podemos vender lo que vamos a hacer en el mercado local, pero ¿Y el resto?

– Eso déjame a mí– , respondió Ariadne con una gran sonrisa en el rostro. Tal vez era hora de volver al ruedo y usar el nombre Brown iba a ser su carta maestra.

Ambas levantaron sus copas y brindaron por su nuevo proyecto. Pronto estaban abriendo una segunda botella, cuando vieron las luces de un auto que se acercaba.

– ¿Esperas a alguien, Ari?– preguntó Nell, con la lengua un poco enredada por el vino.

– No, a nadie. ¿Y tú?

– No, tampoco. Tú sabes que este camino es poco transitado.

El auto se detuvo frente a la puerta de la casa de Ariadne y, cuando apagó las luces, pudieron ver que se trataba de Josh. Ambas se miraron y se rieron.

– Juro que no lo invité– , dijo Nell, levantando la mano derecha y poniendo la izquierda sobre la botella de vino.

Ambas se rieron y Josh se quedó mirándolas después de haber atravesado el jardín.

– Hicieron una fiesta sin mí– , dijo, tratando de lucir ofendido.– Señoras, esto es realmente imperdonable.

Ariadne se encogió de hombros y Nell ladeó la cabeza. Ambas se miraron y volvieron a reírse. – Voy a traerte una copa, para que celebres con nosotras– , dijo Ariadne, mientras se levantaba de su silla.

– No. Estoy conduciendo. Pero, si tienes café, me vendría bien un poco.

– No seas aguafiestas, Josh– , dijo Nell, a quien los tragos, claramente, se le habían subido a la cabeza.

– Si quieres– , dijo Ariadne. – Puedes quedarte acá. Hay como mil cuartos de invitados. Nell se va a quedar, si eso te hace sentir mejor.

Josh las miró a las dos y corrió una de las sillas de la mesa del jardín, sentándose con ellas. Ariadne, de pie, lo miraba, esperando una respuesta.

– Está bien, pero sólo una copa. Mañana debo ir a atender algunas personas al otro lado del pueblo.

Ariadne asintió con la cabeza y fue a la cocina por otra copa, para Josh. Aprovechó que estaba allí y metió otra botella de vino a la nevera.– Sólo por si es necesaria– , dijo

para sí, mientras escuchaba las risas de Nell y Josh en el jardín.

La tarde les había dado un verdadero espectáculo. La puesta de sol había estado pintada de mil colores, que iban del rosa al violeta, pasando por el naranja y el rojo. Ariadne había sacado la comida que había preparado y habían dado buena cuenta de ella. Aunque sólo se trataba de pan francés, con mozzarella, tomate y albahaca, Nell y Josh se veían claramente encantados.

– ¿Ya viste lo bien que cocina mi socia, Josh?– dijo Nell, con un trozo de pan en una mano y su copa de vino, en la otra.

– ¿Socia?– Preguntó, sorprendido.

Ariadne asintió con la cabeza y le contó el plan que tenían juntas.

– Así que ¿Te quedas?– preguntó, mirándola, directamente a los ojos.

– Sí. Me quedo, pero solo por una temporada. Quiero ver qué pasa con nuestro nuevo negocio, para saber cuándo volveré a Nueva York.

Josh sonrió, aunque su mirada se había entristecido por un segundo. Se quedó en silencio y miró a Ariadne, haciéndolo un gesto para que mirara a Nell, que se había quedado dormida en la silla.

Ariadne se levantó de su silla y la despertó con cuidado. Nell abrió los ojos y le sonrió.– Creo que es hora de irme a la cama.

– Ven– , dijo Ariadne. – Déjame acompañarme a tu habitación.

Josh se levantó de la silla, ofreciendo su ayuda, pero Ariadne era capaz de sostener el peso de Nell sin esfuerzos.

Minutos después Ariadne salió de la casa y volvió a la mesa, sentándose en la silla junto a la de Josh.

– Bebió demasiado– , dijo mientras servía otra copa de vino para los dos.

– Creo que fue la felicidad la que se le subió a la cabeza– , dijo Josh, mientras le agradecía por el vino y tomaba su copa.– Es una mujer solitaria y tenerte acá ha sido algo así como una especie de terapia. La veo más feliz que nunca.

Ariadne sonrió. – Gracias por habernos presentado. Esto ha sido bueno para mí también.

Josh levantó su copa, con la intención de hacer un brindis.– Salud por mi nueva vecina favorita, la chef Brown.

Chocaron sus copas y el cristal tintineó al hacerlo. Ariadne tomó un trago largo y dejó la suya sobre la mesa. Estaba muy cerca de Josh y el la miraba fijamente.

Sin pensarlo un segundo Ariadne se acercó, cerrando el espacio entre ellos, y puso sus labios sobre los de él. Josh correspondió el beso y puso su mano en su mejilla. Después de un instante, se separaron y se miraron.

Ariadne sintió que la sangre se agolpaba en sus mejillas.
- Disculpa. Yo no...

Josh le hizo un gesto con la mano, para que se detuviera. – En realidad eso se sintió muy bien, ¿sabes? Además, yo también quería besarte hace tiempo.

– Pero no lo habías hecho y...

– Y lo hiciste tú. Me gustó, está bien. No tienes por qué disculparte.

Josh le tomó la mano y con la otra señaló al cielo. Entre las ramas del viejo roble, se veían las estrellas en el cielo despejado.

– Apuesto a que no tenías esta vista en Nueva York– , dijo Josh, mirando al cielo.

– Ni la vista, ni muchas otras cosas– , dijo Ariadne, más para sí que para él. Su corazón galopaba en su pecho y una sonrisa se quedó dibujada en sus labios.

CAPÍTULO VEINTISIETE

La luz que se filtraba entre las cortinas la despertó. No sabía qué hora era, pero sí sabía que le dolía la cabeza. El olor a café que venía de la cocina hizo que su estómago gruñera. Salió de la cama, dando pasos cortos, pues el palpar en su cerebro le impedía hacer cualquier movimiento vigoroso.

– ¿Resaca?– Preguntó Nell desde la mesa de la cocina.

– Ni lo menciones– , dijo Ariadne, acercándose a la taza de café que Nell acababa de servirle.

– Encontré analgésicos en el baño– , dijo Nell, mirándola con tristeza. – Creo que te vendría bien tomar algunos.

– El café me ayuda mucho, gracias. Te quedó como me gusta.

Nell la miró y trató de ahogar una risita. – No fui yo. Cuando me desperté, la cafetera ya estaba en marcha.

– ¿Qué quieres decir? ¿Acaso Josh...?– Preguntó Ariadne, mirando a su alrededor.– ¿Y Josh?

– Recuerdo que ayer dijo que tenía que irse temprano. Encontré esta nota al lado de la cafetera.

Gracias por la maravillosa noche, chicas. Espero que este café les ayude un poco. Josh.

Ariadne miró la nota y sintió como la sangre coloreaba sus mejillas. La mirada de Nell encontró la suya y, mientras tomaba un sorbo del café caliente, no pudo evitar una pregunta silenciosa.

– No pasó nada, si a eso te refieres con esa mirada, Nell.

– No tienes que darme explicaciones, Ari– , le respondió Nell, mientras trataba de no ahogarse con el café.

– Detente. No fue como lo estás imaginando. Yo... Solo... Lo besé– , respondió Ariadne, bajando su mirada y tratando de esconderse en la taza de café, aromática y caliente.

– Yo sabía que en algún momento sucedería– , dijo Nell, mientras ponía una de sus manos sobre la de Ariadne. – Pensé que había pasado en el viaje de pesca y que no habías querido contármelo.

Ariadne suspiró. Tomó una respiración profunda y un trago de su bebida.

– Honestamente, Nell, pensé que no estaba interesado. Pero, ya sabes, el vino, las estrellas, la euforia de los nuevos planes... Creo que lo arruiné todo.

Nell se levantó y fue por la cafetera a la cocina. Esta conversación iba a necesitar, al menos, una segunda taza de café.

– Josh es un poco chapado a la antigua, ¿Me hago entender?– dijo, mientras dejaba la jarra de café frente a ellas.– Se tomará todo el tiempo que considere necesario si le interesas de verdad. Su última relación...

Ariadne no quería interrumpirla, y sintió que hacer cualquier pregunta la haría parecer un poco entrometida.

Nell la miró y continuó después de un segundo un poco más largo de lo normal.

– Ella... Bueno, no sé si debería contarte esto. No quiero que pienses mal de Josh, o de mí.

– ¿De ti? ¿Por qué habría de pensar mal de ti?

– Por andar contando cosas que no me corresponden. Pero creo que es mejor que lo sepas por mí, que por los chismes del pueblo.

Ariadne la miró, en silencio, y le permitió continuar.

– Tienes que prometerme que no vas a contarle nada de esto a Josh.

Ariadne levantó la mano derecha, en gesto de solemnidad.— Lo prometo.

– Está bien, no hacía falta que hicieras eso— , dijo Nell riéndose. – Josh vivía con su novia, en el pueblo. Ella trabajaba en la escuela. Un día entró al consultorio y vio cómo Callie le gritaba que dejara de acosarla. Ella salió del consultorio, empacó sus cosas y se fue. Jamás le dio una explicación o la oportunidad a Josh de decirle qué había pasado.

– Espera, ¿Estás hablando de Callie, la enfermera que trabaja con Josh?

– Sí. De ella. Y Josh no puede despedirla, porque lo amenazó con denunciarlo por acoso, si lo hacía.

Ariadne arrugó su frente y levantó una ceja.

– Pero, eso es amenaza, eso es ilegal. ¿Por qué nadie ha hecho nada?

Nell suspiró y miró por la ventana de la cocina.

– No es tan simple, ¿Sabes? Callie es hija de un concejal y siempre ha sido una niña mimada y caprichosa. Ha estado enamorada de Josh desde siempre y lo quiere para ella.

– Eso explica todo— , dijo Ariadne, más para ella que para Nell.

– ¿A qué te refieres con “todo”?

Ariadne le contó a Nell lo que había sucedido el día de su llegada al pueblo y como le había contestado Callie cuando había llamado a Josh. También le dijo lo que él le había respondido, al contarle lo que Callie había hecho. Nell la miró fijamente.

– ¿Confías en Josh?— preguntó Nell.

– ¿Tú confías en él?– respondió Ariadne a la pregunta de Nell.

– Lo conozco desde que nació. Su madre era una de mis mejores amigas y sé que Josh jamás haría algo parecido. Es un hombre bueno y decente.

Ariadne asintió con la cabeza. Nell le había demostrado que era una mujer sensata y que decía la verdad.

– Entonces, socia, ¿Cómo vamos a ayudarle a Josh? Preguntó, mientras levantaba su ceja izquierda y le mostraba a Nell una sonrisa traviesa.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Había pasado una semana desde su fiesta improvisada y los días se habían llenado de recetas y ensayos en la cocina. Nell estaba casi todo el tiempo con ella y entre preparar conservas y otros platos, Ariadne urdía su plan en silencio.

Josh le gustaba. Le gustaba muchísimo. Y, aunque sólo habían intercambiado unos pocos mensajes, no podía sacarse de la mente cómo se habían sentido sus labios en los suyos. Nunca se había sentado a ver las estrellas en completa oscuridad, sin decir nada, con nadie.

La historia que Nell le había contado le había parecido horrible. Era increíble que existiera gente tan manipuladora y cruel como Callie.

– Tenemos que detener esto– , dijo, mientras dejaba el cuchillo y las fresas que estaba cortando, sobre una tabla, en la cocina.

Nell estaba absorta en sus propios pensamientos y dejó caer las moras, que tenía en la mano, cuando escuchó a Ariadne.

– ¿Detener qué?

– Todo este asunto de Callie y Josh– , respondió Ariadne, claramente molesta. – No es justo lo que ella está haciéndole.

– No es tan simple. Ella tiene “poder”.

– Eso no me intimida y tampoco debería intimidarte a ti– , dijo Ariadne lavándose las manos y secándose las con su delantal.– Tengo un plan, ¿Cuento contigo?

Nell puso los ojos en blanco.

– Nell...

– Ari...

– Sólo necesito que hagas una cosa, pequeña, y yo me encargo del resto. Prometo no involucrarte– , dijo Ariadne, poniéndole la mano en el hombro.

– ¿Qué cosa pequeña?

– Que llames al consultorio y averigües si Josh va a estar allí. Bueno, eso y que me prestes tu auto, por favor.

Nell suspiró.

– Estás loca, Ariadne Brown, ¿lo sabes?

– Loca... Me han llamado de muchas maneras últimamente, pero no loca– , respondió, riéndose.

Nell la miró en silencio. Tomó su teléfono y llamó al consultorio de Josh. El tono de llamada sonó un par de veces, hasta que una voz familiar atendió.

– Consultorio del Doctor Craig, habla Callie. ¿En qué puedo ayudarte?

– Hola, Callie. Soy Nell. ¿Está Josh?– Preguntó Nell, tratando de ocultar su nerviosismo.

– Hola, Nell. No. El Dr. Craig está haciendo consultas al otro lado del pueblo, es probable que se quede en la hacienda de los Pérez, y regrese mañana.

– Está bien, Callie. Necesito una cita, ya sabes que debo monitorear mi presión.

La conversación continuó por un par de minutos más. Ariadne estaba atenta, pero ya sabía que Josh no estaría en su consultorio. Iba a llevar a cabo su plan.

Había elegido un vestido ligero, blanco, con un estampado floral, y sandalias planas. Se había peinado con ondas de agua y usaba un maquillaje ligero.

Dejó a Nell en la casa, a cargo de unas mermeladas y le prometió no demorarse. Encendió el GPS en su teléfono y condujo por la bonita carretera hasta el pueblo.

Eran cerca de las tres de la tarde cuando llegó. Sabía que, a esa hora, Callie estaría en el consultorio. Sólo esperaba que no hubiera pacientes. Se estacionó a una cuadra, en un lugar desde el que no se veía el auto.

Recorrió la cuadra con calma, tratando de parecer lo más tranquila posible, pues no quería que nada delatara lo nerviosa que estaba. Siempre había tenido problemas con los bullys y mucho más si se trataba de aquellos que abusaban de su poder.

Revisó nuevamente su teléfono, mirando si la grabadora estaba encendida. Lo estaba. Se acercó a la puerta del consultorio y llamó a la puerta. Los zapatos altos de Callie resonaron en el piso de la casa.

– Hola. ¿En qué puedo ayudarte?

Ariadne se abrió paso hacia el interior. Necesitaba estar adentro y no iba a permitir que Callie le cerrara la puerta en la cara.

– ¡Callie! Me alegra tanto verte– , dijo Ariadne, con fingida alegría. – ¿Está Josh?

Callie la miró sorprendida, al ver que entraba hasta el área de atención sin detenerse.– El Dr. Craig no está. Dime, ¿En qué puedo ayudarte?

– Puedes ayudarme en algo muy importante, ¿Sabes?– , respondió Ariadne, sonriendo y bajando la voz.– Son cosas de chicas...

Callie sonrió. Mordió el anzuelo, pensó Ariadne para sus adentros.

– Estoy para ayudarte– , dijo Callie, mientras le señalaba la camilla ginecológica.

– ¡Oh, no! No se trata de eso– , dijo Ariadne, riéndose.– Se trata de Josh...

Inmediatamente Callie se puso a la defensiva. Su mirada se endureció y su sonrisa se convirtió en una línea apretada en su boca.

– Tú lo debes conocer mejor que nadie, ¿verdad?– Preguntó Ariadne, con voz de complicidad y una sonrisa traviesa en su cara.

– Josh no es un hombre bueno. Es mejor que te alejes de él.

– ¿A qué te refieres con eso?– preguntó Ariadne.– Parece una persona muy amable.

– No lo es. Es un jefe horrible– , dijo Callie, sentándose en una de las sillas que había junto al escritorio de Josh.– Hizo algo... Me cuesta hablar de ello...

Ariadne acercó la silla donde se había sentado, para quedar justo junto a Callie.

– Callie, eres una de las pocas personas que conozco acá– , dijo Ariadne, poniéndole la mano sobre el brazo. – Quiero que sepas que puedes contar conmigo, ahora que voy a estar una temporada por acá. Ya sabes, las chicas debemos estar unidas.

Callie la miró y sonrió. Había lágrimas en sus ojos, pero Ariadne no se iba a conmovir por eso.

– Cuéntame lo que te pasó, tal vez pueda ayudarte a que se haga justicia.

– No sé si deba hacerlo, no quiero ser una chismosa.

Esto iba a tomar más tiempo del que Ariadne había supuesto, pero estaba dispuesta a obtener la historia

completa. No se iba a ir sin herramientas para desenmascarar a Callie.

– Puedes contarme lo que quieras. Puede que te haga sentir mejor.

– Hace un par de años, tenía un pequeño problema con el Valium. No era nada realmente grave– , dijo Callie, haciendo un gesto con su mano, para romper la tensión del momento.– En ese momento, era joven y tonta, y lo sacaba del inventario de la clínica. Nunca pensé que Josh fuera a descubrirlo.

Ariadne asintió con la cabeza, quería parecer lo más empática posible. Se puso un mechón de cabello detrás de la oreja y sonrió. Quería alentarla a hablar y sabía que interrumpirla podría ser contraproducente.

– Un día Josh se dio cuenta que estaba usando estas píldoras. Me dijo que iba a despedirme, porque no podía atender el consultorio estando drogada.

– Pero ese es terrible, Callie. Como médico debía ayudarte con tu... Problema, ¿no?

– Eso no es lo más terrible. Me dijo que iba a contarle a mi padre, para que me llevara a rehabilitación– , dijo Callie, suspirando y tomando una respiración profunda, antes de continuar.– Ese día, la novia de Josh había venido por sorpresa, llegó justo en medio de la pelea.

– Pero eso es terrible. Debiste sentirte muy mal– , dijo Ariadne.– No sabes cuánto lo lamento.

– Le di una cachetada y le dije que dejara de acosarme– , dijo Callie. – Es terrible sentirse así, en un momento tan difícil, y más de parte de la persona que se ama.

Ariadne hizo un esfuerzo enorme por no sonreír. Callie había caído en la trampa y, con todo esto, tenía evidencias suficientes para que dejara en paz a Josh.

– ¿Quieres que te sirva un café?– Preguntó Ariadne.

– Muchas gracias. De verdad me gustaría algo caliente en este momento.

Ariadne se levantó de su silla y se acercó a donde estaba la cafetera, en la recepción. Allí había tazas y azúcar. Sirvió café para las dos y volvió a donde estaba.

– Josh es realmente terrible– , dijo Ariadne, con un tono de molestia en su voz.– Es increíble que te hubiera amenazado con contarle a tu padre. Eso sería muy malo para ustedes como familia.

Callie tomó un largo sorbo de su café, aromático y humeante.– Es un poco más complejo de lo que parece. Mi padre es concejal, así que un escándalo sería... Mucho más que inconveniente.

– Por supuesto, lo entiendo– , dijo Ariadne, dejando su taza sobre el escritorio.– ¿Has buscado otro empleo? Tal vez sería mejor si estuvieras en un lugar que no te recuerde esa experiencia tan traumática.

– No. En realidad, no hay muchos consultorios en la zona y quiero estar cerca de mis padres.

– ¿Y de Josh?– Preguntó Ariadne, aunque inmediatamente se arrepintió de haber preguntado.

Callie la miró en silencio y posó su mirada en la taza que tenía en sus manos.– Sí. También de Josh. Se que en algún momento va a perdonarme. Se que va a perdonarme por todo lo que hice. Nunca quise acusarlo de acoso. Sólo quiero que se dé cuenta de que también me ama.

Ariadne tomó una respiración profunda. Callie podía ser una perra, pero tenía sus razones para hacer las cosas. Razones de por sí erradas, pero válidas, en su mente.

Tomó la taza de las manos de Callie, que sollozaba en silencio, y se acercó a ella para darle un abrazo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Caminaba hasta el auto, pensando en lo que iba a hacer con la información que había conseguido, hasta que el olor que salía del restaurante llamó su atención. Olía a chocolate y a algo recién horneado y jamás había sido capaz de resistirse a eso.

Se acercó para comprobar que, en el tablero que había en la entrada, habían puesto un anuncio que decía galletas recién horneadas. No lo dudó por un instante y entró. Quería por lo menos una docena. Iba a necesitarlas para contarle a Nell lo que había ocurrido en el consultorio.

Salió del restaurante con una bolsa de galletas aún calientes y caminó hasta el auto. Se sentó en el puesto del conductor y encendió la radio. Sabía que algo estaba sonando, pero no le prestaba mucha atención. Recorrió los kilómetros que la separaban de la casa, disfrutando la suave luz que se filtraba por las copas de los árboles.

Cuando estaba a punto de llegar a su casa, escuchó el tono de llamada de su teléfono. Estaba dentro de su bolso, debajo de la silla del copiloto, por lo que prefirió ignorarlo. Quería hablar con Nell, antes de hablar con cualquier otra persona en el mundo.

Atravesó la puerta de la propiedad y estacionó el auto justo donde Nell lo había dejado esa mañana. Buscó su bolso y el empaque con las galletas y se bajó. Nell la estaba esperando en la mesita del jardín, tomándose un vaso de jugo de frambuesas.

— ¡Por Dios, Ari! ¿En qué estabas pensando?— Dijo Nell, claramente enojada.

— Hola, Nell— , respondió, agarrando una de las sillas y abriendo espacio para sentarse. — Yo estoy muy bien,

gracias. Pero, puedo ver que tú no. ¿Podrías decirme qué diablos está pasando y por qué me estas gritando?

Nell tomó una respiración profunda. Claramente buscaba tranquilizarse.

– Discúlpame, Ari. Josh me estuvo llamando. Al parecer, Callie le avisó de mi cita y quiere venir hoy a revisarme.

Ariande tragó saliva y la miró. En sus ojos se veía algo parecido al miedo.

– ¿Qué le dijiste?

– Que no se preocupara, que sólo era mi cita mensual de rutina y que no tenía problema en esperarlo.

– ¿Crees que se quedó tranquilo con lo que le dijiste?— Preguntó Ariadne, tomándose el poco de jugo que quedaba en el vaso de Nell.— Disculpa, pero me muero de sed.

– Espero que sí. Honestamente Josh confía en mí. Pero, en realidad, ese tema no es el que nos ocupa. Cuéntame cómo te fue con Callie.

Ariadne se sirvió más jugo y se lo tomó en un par de tragos largos. Además del calor del día, se sentía nerviosa y eso no contribuía a que su sed disminuyera.

– Tendrías que haberlo visto— , dijo, dejando el vaso en la mesa.— La chica es... No sé qué decir respecto a todo esto. Pero creo que tenemos material suficiente para hacer que deje a Josh en paz.

Sacó su teléfono del bolso y buscó la aplicación de la grabadora, lo dejó sobre la mesa y empezó a reproducir su conversación.

Los gestos de Nell pasaban de la ira, a la incredulidad, terminando con una expresión de verdadera sorpresa, cuando Ariadne detuvo el audio.

– Así, que, ¿Qué piensas hacer?— Preguntó Nell.

– Honestamente, pensé que tú tendrías alguna buena idea al respecto– , dijo Ariadne, mirando a Nell con preocupación.

– Lo primero que hay que hacer es contarle todo a Josh. No puedes actuar a sus espaldas.

– No. Claro que no. Aunque él está enterado de todo esto– , dijo Ariadne, recogiendo el cabello en un moño, en la parte alta de la cabeza. – Lo que él necesita saber es que tiene en sus manos la forma de quitarse a Callie de encima.

Nell asintió con la cabeza y ambas se quedaron en silencio, mirando la puesta de sol.

Después de un rato en silencio, Ariadne se puso de pie y fue hasta la cocina por mermeladas. Trajo con ella varios frascos de sabores diferentes.

– Te está gruñendo el estómago, Nell– , dijo, dejando los frascos sobre la mesa. – Qué te parece si probamos las mermeladas con estas galletas que traje del pueblo. Están recién horneadas y...

– Sí. Me parece una buena idea. Alimento para el alma.

Ambas sonrieron, aunque con tristeza, y tomaron, cada una, una galleta de chips de chocolate, a la que bañaron con mermelada.

– Me gusta esta combinación– , dijo Ariadne, con algunas migas de galleta, alrededor de los labios.

– ¿Estás segura?

– Segurísima, socia– , respondió Ariadne, sonriéndole. – Creo que ya tenemos nuestra primera cliente.

Nell se giró en su silla, mirándola con incredulidad. – No se trata de Callie, ¿Verdad?

Ariadne se rio y le hizo un gesto con la mano para que se detuviera. – No. Claro que no. Se trata de Marianne, la dueña del restaurante. Le hablé de nuestro proyecto y me

dijo que estará encantada de probarlas. Así que... Mañana, tenemos nuestra primera cita de trabajo.

Ambas sonrieron y una suave brisa agitó las hojas del roble, encima de sus cabezas. Se miraron entre ellas, miraron al árbol y volvieron a reírse.

CAPÍTULO TREINTA

Nell había pasado la noche en casa de Ariadne, para poder salir a tiempo para la cita en el pueblo.

Mientras desayunaban una omelette de espinacas con café, se enfocaron en ultimar los detalles para su reunión.

– He estado pensando en los productos que podemos ofrecer– , dijo Ariadne.– Si aprovechamos bien las frutas de cada temporada, podríamos tener conservas para todo el año.

– ¿Y dónde las vamos a almacenar?– Preguntó Nell. – Tú sabes que mi casa es pequeña, en comparación a esta.

– Creo que podría hablar con la tía Rosie. Tal vez pueda proponerle que me deje convertir uno de los cuartos de huéspedes en una despensa. Será una modificación temporal– , dijo Ariadne, dejando su taza vacía de café en la mesa.– Sólo harán falta unas estanterías.

– Me parece una buena idea. Tal vez esta que está mas cerca de la cocina y sólo tiene una ventana.

– Sí, pensaba en esa, para evitar la luz. De todas formas, siempre podemos tapar la ventana, ¿No? – Preguntó Ariadne, levantándose de la mesa para ir a lavarse los dientes. Había elegido unos jeans y una camisa rosada y se veía perfectamente adorable.

– ¿Ya sabes qué vas a hacer si nos encontramos con Josh? – Preguntó Nell.

– No tengo idea– , le respondió desde el baño, con el cepillo de dientes aún en la boca. – Ya veremos qué pasa cuando nos encontremos con él.

Nell hizo un gesto con la boca, preocupada.

– Vamos– , dijo Ariadne, saliendo del baño.

Nell la siguió y se sentó en la silla del copiloto.— Conduce tú, a mí no me gusta, y parece que tú lo disfrutas mucho.

— Gracias por confiar en mí. En realidad, conducir acá es un verdadero placer. Sin todos esos semáforos, atascos del tráfico y el ruido de bocinas, me encanta estar detrás del volante.

Ariadne se sentó en el puesto del conductor, giró la llave del encendido y salió a la carretera.

Finalmente llegaron al pueblo y buscaron donde estacionar. Encontraron un buen lugar cerca del restaurante y decidieron dejar el auto allí. Caminaron por la calle principal, hasta el restaurante, donde las esperaba Marianne, sentada en la terraza que le había gustado tanto a Ariadne.

— Buenos días— , dijo Marianne, dejando una taza de té, en la mesa, frente a ella. — ¿Qué les puedo ofrecer esta mañana?

Nell sonrió y se acercó a Marianne para abrazarla.

— Tú sabes cuál es mi bebida favorita en este lugar. No hace falta que nos esforcemos demasiado.

Ambas mujeres se rieron. — Infusión de flor de Jamaica, con miel de agave. ¿Y para ti, Ariadne?

Ariadne lo meditó por un segundo.— Creo que otra bebida igual a la de Nell estaría bien, gracias.

Ella les sonrió y se dio la vuelta, para entrar a la casa. Un par de minutos después regresaba con dos humeantes tazas de la roja y ácida bebida. Ariadne la probó y supo que había encontrado su nuevo favorito en este local.

— Estamos muy emocionadas de estar acá— , dijo Ariadne, dejando la taza frente a ella. — Nell y yo queremos hacer este negocio de conservas y mermeladas por varios

motivos. Primero, queremos ganar algo de dinero y, segundo, queremos ayudarle a los agricultores del pueblo.

– Y , dijo Nell, claramente emocionada,– podremos poner a Green Creek, de una vez por todas, en el mapa.

Marianne sonrió, claramente satisfecha por lo que estaba escuchando. Ofreció comprarles cinco frascos de conserva, de cada sabor, a la semana.

– Parece poco, pero es una cantidad para empezar– , dijo Marianne emocionada.– Se que la gente va a amarlas y las van a comprar muy rápido. Eres la primera chef que tenemos por acá, Ari.

Ariadne sonrió, asintiendo con la cabeza. Sentía una sensación que hace tiempo no tenía. Felicidad. Y la llenaba por cada centímetro de su cuerpo. Tomó la mano de Nell, con fuerza. Se levantó de su silla y extendió su mano derecha hacia Marianne.– Tenemos un trato, entonces.

Nell también se levantó de su silla y abrazó a Marianne.– Gracias por esta oportunidad, amiga. No vamos a defraudarte.

Marianne sonrió y las miró a las dos. En la mesa se sentía un pequeño ambiente festivo, que parecía flotar en el aire.

Las tres mujeres se despidieron y salieron del local. Ariadne iba caminando, con paso ligero y mirando hacia atrás, mientras hablaba con Nell de cantidades, envases y precios, cuando se tropezó con alguien.

En realidad, había atropellado a alguien, y la sorpresa fue mayúscula cuando se vio envuelta en los brazos de Josh, que habían evitado que cayera, nuevamente, en la mitad de la calle.

– Así que acostumbras a ir por la vida cayendo en brazos de desconocidos, ¿eh?– Dijo Josh, soltando una carcajada y ayudando a Ariadne a conservar el equilibrio.

Ariadne sintió como la sangre se agolpaba en sus mejillas. Normalmente no era una persona distraída o torpe, pero todo esto parecía tonto y excesivo. Se sentía un poco molesta con ella misma.

– No- , dijo, agachando la cabeza.– En realidad no te ví.

– Todo esto es mi culpa- , dijo Nell, tomándola del brazo.– Veníamos conversando y me quedé atrás y Ari se giró para contestarme algo.

– Y, ¿Se puede saber de qué hablaban tan contentas? Las ví sentadas en la terraza de Marianne.

– Marianne es nuestra primera cliente del negocio de conservas- , dijo Ariadne emocionada.

Josh les sonrió. Ella pudo sentir su olor masculino y sus brazos alrededor de su cintura. El revoloteo de mil mariposas en su estómago la puso nerviosa.

– ¡Vamos a celebrar!– Dijo Josh, después de alejarse un poco de Ariadne.

– Vayan ustedes, chicos- , dijo Nell. – Debo comprar algunas cosas en el mercado. Les parece si nos vemos acá, ¿en media hora?

Josh asintió con la cabeza y Ariadne le lanzó una mirada de reproche a Nell. Sentía que la estaba dejando sola con el asunto de Callie. Pero Josh la tomó de la mano y la atrajo hacia él.

– Hay un bonito lugar, cerca de acá. Es un pequeño parque y hay varios árboles que sé que te van a gustar.

Caminar por unas cuantas calles, tomados de la mano, conversando de lo que acababa de ocurrir con Marianne. Josh se veía claramente emocionado por ellas y no paraba de darle ideas para su negocio.

Ariadne lo escuchaba, pero tenía su mente como un hervidero de ideas. Tenía que contarle lo que había ocurrido con Callie y, aunque sabía que era lo mejor que podía hacer por él, no podía dejar de sentirse muy nerviosa.

Llegaron al parque y encontraron varias bancas debajo de árboles enormes y antiguos. Se sentaron debajo de uno, que Ariadne no conocía, pero que tenía ramas enormes y los protegía del sol.

– Ari, no pareces muy emocionada, ¿Estás bien?

– Oh, sí. Lo estoy. Es solo que... Hay algo que debes saber.

– ¿Te irás?– preguntó Josh, con tristeza en sus ojos.

– ¿Qué? No. No se trata de eso– , dijo Ariadne, sonriendo.— Es sólo que... Por accidente me enteré de lo que pasó con tu exnovia y Callie y...

– ¿Nell te lo contó?– Preguntó Josh, molesto.

– No. En realidad, no me lo contó– , respondió Ariadne, metiéndose un mechón de cabello detrás de la oreja.— Yo le pregunté, e insistí tanto que me volví molesta. Ella no quería decírmelo.

Josh le soltó la mano y bajo la cabeza, mirando hacia otro lado.

– Piensas que soy una mala persona, ¿verdad?

– Detente, Josh. No pienso que seas una mala persona. De hecho, creo que deberías escuchar algo.

Ariadne sacó su teléfono de su bolso y reprodujo la grabación de su conversación con Callie. Él la miró con los ojos muy abiertos. No podía creer que Ariadne hubiera hecho algo así.

– Oye, de verdad esto es demasiado– , dijo Josh, levantándose de la banca.

– Sí. Lo sé. Yo sólo quería ayudarte y...

– Y no me estás ayudando. Detente, Ariadne– , dijo Josh, haciéndole un gesto con la mano para que se callara. – No puedes venir acá y convertir todo en un maldito lío. Así no me estás ayudando.

– ¡Pero ya tienes pruebas!– dijo Ariadne, y su voz sonó mucho más alta de lo que esperaba.

– No quiero tus pruebas. Sólo quiero que este asunto se quede como está. ¡Déjame en paz, Ariadne!

Josh se alejaba a pasos largos, de donde estaba Ariadne. Las lágrimas corrían, calientes, por sus lágrimas. Jamás pensó que todo iba a salir tan mal. Jamás pensó que Josh defendería a Callie. ¿Estaría enamorado de ella también?

Empezó a recorrer las calles hasta el mercado, donde estaría Nell. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, se peinó el cabello y trató de mantener su respiración tranquila. No quería que nadie en el pueblo la viera llorando.

Después de unos minutos alcanzó a Nell, que estaba saliendo del mercado, con las bolsas de su compra. Se acercó a ella, recibiendo algunos de sus paquetes.

– ¿Qué pasó Ari? ¿Por qué lloras?– Preguntó Nell, al ver sus ojos enrojecidos.

– Todo salió mal. Josh no se tomó bien lo de la grabación– , dijo Ariadne, mirando a Nell, con los ojos llenos de lágrimas.– Puede estar enamorado de ella, ¿Verdad?

Nell se detuvo y se paró frente a Ariadne. – No seas ridícula, Ari. Eso es imposible.

– Entonces, ¿Por qué la defendió?– Preguntó Ariadne, con la cabeza baja.

– No creo que la haya defendido a ella, ¿Sabes?– Dijo Nell, después de un momento.– Creo que se estaba defendiendo

a sí mismo. Dame las llaves del auto. No estás en condiciones de conducir.

Siguieron caminando y llegaron hasta donde habían estacionado el auto. Ariadne se sentó en la silla del copiloto y no paró de llorar hasta que llegaron a su casa.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Se sentía incómoda. Había pasado una semana desde su encuentro con Josh y él había dejado de contestar sus mensajes. Se había disculpado de todas las formas posibles, había intentado explicarle que sólo quería ayudarlo a resolver el problema que tenía con Callie. Porque sabía que lo que le estaba haciendo, estaba mal. Callie abusaba de él, lo estaba chantajeando y Josh no podía permitirle continuar con su juego.

Paseaba por el jardín, buscando un poco de distracción. Ese día no iba a reunirse con Nell. Habían decidido cocinar sólo un día a la semana, mientras sólo estuvieran haciendo mermeladas y conservas. No querían expandir el negocio todavía, hasta no tener mejores resultados.

Estaba quitándole las malas hierbas a los setos de rosas, cuando sintió que su teléfono vibró en su bolsillo. Por un instante deseó que fuera Josh, pero la emoción se apagó cuando vio que se trataba de un número desconocido, con prefijo de Manhattan.

¿Quién podrá ser? Pensó, para sus adentros. Hacía muchos días que no tenía contacto con nadie de Nueva York, además de su tía Rosie y Alexandra, con las que hablaba un par de veces a la semana.

– Hola – , dijo, contestando la llamada.

– ¿Habla la chef Brown?

– Sí – , respondió. – Soy Ariadne Brown, ¿Con quién hablo?

Se escuchó un suspiro al otro lado de la línea. – Soy Kat, la amiga de la escuela de Alexandra, ¿Me recuerdas?

Al menos era una persona amable. Cada vez que pensaba en recibir noticias de su ciudad, sentía un poco de miedo.

– Hola, Kat. Claro que te recuerdo. ¿Alexandra te dio mi número?

– Sí– , respondió Kat. – Después de buscarte por todas partes. Acá nadie sabe nada de ti y no pude encontrarte en redes sociales...

– Las cerré todas, ya sabes, después del video y el escándalo– , respondió Ariadne sentándose en el prado.– Me cansé de los insultos de tantas personas.

– Lo sé– , respondió Alexandra. – La gente puede ser realmente cruel. Pero no es mi caso. Te estoy llamando porque tengo una propuesta para ti.

Ariadne frunció el entrecejo. Lo último que esperaba escuchar era una propuesta.

– Dime, ¿De qué se trata?

– Lexi me contó de tu nueva empresa. Hace poco abrí una tienda de productos gourmet acá en Nueva York y, quisiera saber si te gustaría hacer parte de mis proveedores.

Ariadne se apoyó, con su mano libre, en la tierra. Sentía que el vértigo se apoderaba de ella. Cuando empezó su proyecto con Nell, no imaginó que fuera a crecer tan rápido.

– Ari... ¿Me escuchas?

– Sí, Kat. Te escuchó– , respondió, tomando una respiración profunda. Necesitaba calmarse.– Es solo que... Me tomaste por sorpresa. ¿Qué te parece si me envías un mensaje con tu email? Creo que podría enviarte toda la información que necesitas. No solo yo debo tomar la decisión de trabajar contigo.

– Ari, si eso te hace sentir mejor, está bien. Pero ¿qué podría ser mejor para mí, que tener productos con tu nombre en mi tienda?

Ariadne se quedó en silencio, por un momento.

– No sé si sea realmente una buena idea...

– Lo es, te lo aseguro. Realmente estás desconectada de la ciudad ¿No te has enterado de lo que pasó con el que era tu restaurante?

Mierda, pensó. No sabía si estaba lista para escucharlo. No sabía si quería que se le rompiera el corazón, otra vez, gracias a Pat.

– No. Francamente, no tengo idea. Pero, algo me dice que vas a contármelo.

Kat se rio al otro lado de la línea. – Claro que voy a contártelo. ¡Tienes que saberlo!

– Está bien... ¿Creo?

– Días después de que te fuiste y se supo que Pat había adquirido el restaurante, las redes sociales estallaron, de nuevo. Al principio, todos parecieron apoyarla y estar de acuerdo con que había recibido lo que se merecía.

– Ajá- , dijo Ariadne, con un dejo de sarcasmo en su voz.

– Después supe que todo el equipo de cocineros y meseros había renunciado. Pero, Pat consiguió reemplazos rápidamente. Dijo, en redes, que tenía un montón de solicitudes para trabajar en el restaurante.

– Eso es una lástima. Mi equipo, bueno, el equipo del restaurante era de lo mejor que se podía encontrar en una cocina en Nueva York.

– Pero, la historia no termina ahí... Prepárate chica, que viene la mejor parte.

– No creo que la mejor parte sea escuchar como incineraron un muñeco con mi nombre frente al restaurante y bailaron sobre sus cenizas.

– ¡No!- , gritó Kat, al otro lado de la línea, con verdadera alegría en su voz. – Hubo una denuncia anónima de que el

restaurante estaba infestado de ratas.

– ¿Ratas? ¿Cómo podría haber ratas en ese lugar? En la remodelación lo convertimos en un búnker a prueba de plagas.

– Así como lo oyes. El restaurante fue sellado de inmediato, a la espera de la visita de sanidad. Días después, tuvieron la visita de los inspectores y...

– ¿Y? Habla, me estás matando.

– Y encontraron un par de ratas, del tamaño de gatos, viviendo en la nevera de los vegetales.

Ariadne no pudo evitar que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Era una verdadera pesadilla. Odiaba a Pat, pero no deseaba que el trabajo de tantos años terminara así.

Kat continuó, después de notar que Ariadne no iba a decir nada.

– Lo mejor de todo fue que, después del cierre del restaurante, alguien escribió un grafiti en la pared principal.

– ¡Por Dios, Kat! ¿Cómo puedes decir que eso es lo mejor?

– Espera un poco Ariadne. El grafiti, en letras amarillas, sobre la pared negra, decía “Se ha hecho justicia”.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Los días empezaban a hacerse más frescos y las lluvias habían aparecido. Ariadne ocupaba todo su tiempo en la cocina, con Nell. Los pedidos de Marianne habían ido aumentando con cada semana que pasaba y los envíos Nueva York se hacían cada vez más frecuentes.

La tía Rosalind estaba muy feliz con las noticias que Ariadne le contaba cada vez que hablaban. Ariadne le había mandado fotos del jardín y de la casa y le había mostrado, también, cómo había convertido la habitación cerca a la cocina en una verdadera bodega.

– Creo que necesitas estanterías, nena.

– Yo también lo creo, pero no hemos podido viajar a la ciudad a conseguirlas– , dijo Ariadne con alegría en su voz.– Te prometo que en cuanto podamos, iré con Nell a buscarlas.

– Eso me parece bien– , respondió Rosalind. – Dime, Ari, ¿Eres feliz en Green Creek?

– Sí. Sí, lo soy tía– , respondió Ariadne, sentándose en la mesa de la cocina, con una taza de té. – A veces extraño Nueva York, pero, en este lugar estoy bien, estoy haciendo algo útil y estoy ganando dinero.

– Tú sabes que no debes preocuparte por dinero, nena. ¿Estás segura que tienes comida suficiente?

– Lo estoy. ¿Quieres que te mande fotos de la cocina?– Dijo Ariadne, riéndose.

– No. No tienes que mandarme nada. Tú sabes que te creo, pero no quiero que tengas dificultades por ahora.

– Estoy bien, tía. Lo juro– , dijo Ariadne, suspirando y poniendo los ojos en blanco.

– Deja de hacerme muecas, Ariadne Brown.

Ariadne se rio. Su tía podía adivinar siempre los gestos que hacía, cuando hablaban por teléfono.

– ¿Qué hay de Josh? Imagino que has seguido con contacto con él...

– ¿Qué te parece si hablamos del clima?

– Creo que hay algo que no me has contado, nena– , dijo Rosalind, en tono maternal.

– Creo que no quiero contártelo ahora– , respondió Ariadne. En realidad, no quería tocar el tema. Extrañaba a Josh, pero, sabía que había cometido un error imperdonable y que él no le iba a volver a hablar nunca más.

– Está bien. Pero, vas a tener que hacerlo en algún momento.

– Lo sé. Yo misma te contaré todo cuando esté lista, ¿Te parece?

– Me parece. ¿Cómo sigue tu pie?– Preguntó Rosalind, buscando cambiar un poco el tema que, claramente, incomodaba a Ariadne.

– Mi pie está bien, ya no me duele. Aunque, llevo un par de días sintiéndome un poco extraña. Creo que debo estar cansada.

– ¿A qué te refieres con extraña?

Ariadne se quedó en silencio un momento. No quería preocupar a su tía con cosas tan tontas como un pequeño resfriado. – Sólo me siento cansada, me duelen la cabeza y la garganta. Creo que necesito un par de días de reposo y me sentiré bien.

– Eso no suena muy bien – , respondió Rosalind, claramente preocupada. – Prométeme que vas a cuidarte y a mantenerme al tanto, ¿Sí?

– Te lo prometo, tía. No tienes nada de qué preocuparte.

– Eso espero. Recuerda que, si algo pasa, tienes a Nell muy cerca de tu casa.

Ariadne lo sabía. Sabía que contaba con el apoyo y los cuidados amorosos de Nell, pero sentía que no sería necesario molestarla.

– Lo sé. Todo va a estar bien. Voy a dormir un rato. Te quiero, tía Rosie.

– Yo a ti, nena.

Ariadne terminó la llamada y se fue a la cama. Eran las dos de la tarde, y se sentía realmente mal. No sabía por qué tenía tanto frío, pero, sabía que meterse entre las mantas, le ayudaría.

– Ari, creo que tienes varicela– , dijo Nell, quitándole el termómetro de mercurio de debajo del brazo.

– ¿Varicela? Pero... ¿Dónde iba a contagiarme de varicela?

– Hay un brote en el pueblo, tal vez fue la última vez que estuvimos allá. Debería llamar a Josh y...

– Josh no quiere verme, ¿Recuerdas?– , dijo Ariadne, poniendo los ojos en blanco. – Ya es suficiente con que tía Rosie te haya llamado.

– Josh es médico y está en la obligación de atenderte, aunque no quiera verte.

– Él puede elegir a sus pacientes, no está obligado a nada y lo sabes– , dijo Ariadne, bajando la cabeza.

Nell le pasó el vaso con agua, que estaba en la mesita y la miró. Tenía esa mirada de mamá enojada, que usaba cuando Ariadne lograba sacarla de quicio.

– Deja de ser terca, Ari. Necesitas que Josh te revise.

Ariadne asintió con la cabeza, que le dolía mucho.— Está bien. Llámalo. Pero, por favor, no me dejes sola con él.

Nell se giró para salir de la habitación y buscar su teléfono, que estaba en la mesa de la cocina. Ariadne la escuchó hablando con Josh, aunque la fiebre no le permitía entender muy bien lo que decía. Cerró los ojos, se apoyó en la almohada y se quedó dormida.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Ariadne abría y cerraba los ojos, sin tener conciencia de cada cuánto lo hacía, o de sí realmente lo hacía. Se sentía como flotando en una enorme y oscura piscina y sólo podía retener pequeños fragmentos de lo que sucedía a su alrededor. Recordaba haberse despertado y tener a Nell a su lado, poniéndole algo frío en la frente. Después, nada.

No sabía cuánto tiempo había pasado en ese estado, pero, cuando finalmente sintió que tenía las fuerzas suficientes para abrir los ojos, escuchó a Nell y Josh hablando afuera de su habitación.

– Estoy preocupada por ella, Josh– , dijo Nell, claramente confundida. – Ya lleva dos días con mucha fiebre y no parece mejorar.

– Lo sé– , respondió Josh. – Pero no hay mucho más que podamos hacer. Si no hay mejoría en la mañana, vamos a tener que llevarla al hospital del pueblo vecino.

Ariadne escuchó como Nell suspiraba y se alejaba, tal vez hacia la cocina. Levantó la cabeza de la almohada y sintió como un palpitante dolor se extendió por toda su cabeza. Aún así, se incorporó, sintiendo dolor por todo su cuerpo.

– No hablen de mí como si no pudiera escucharlos, por favor– , dijo, en voz baja, pero lo suficientemente audible como para que Josh entrara a la habitación de inmediato.

– Ari...– dijo, tomándole la mano. – Nos tenías muy preocupados. ¿Cómo te sientes?

Ariadne cerró nuevamente los ojos y se pasó la mano por el cabello, que le caía sobre la cara.

– Me siento realmente débil. No recuerdo mucho después de que Nell me dijo que iba a llamarte. ¿Cuánto tiempo ha

pasado?

– Dos días– , respondió Nell, acercándole una taza con té de jengibre y limón.– Has tenido mucha fiebre, creímos que tendríamos que llevarte al hospital.

– Pero... ¿Y ustedes? Si siguen acá, se van a contagiar– , dijo Ariadne, bajando la cabeza y enfocando su mirada en la taza que tenía en las manos.

– Ya tuvimos varicela – , dijo Josh, poniéndole el termómetro bajo el brazo.– No tienes por qué preocuparte.

– ¿Y tus demás pacientes? No has pasado dos días enteros acá, ¿Verdad?– Preguntó Ariadne, mirándolo fijamente y sin soltar su mano.

Josh le sonrió, mientras tomaba el termómetro y lo revisaba.– No ha habido más pacientes. Pareces ser la última de la ola de contagios. Y tu fiebre bajó.

Nell sonrió y le puso una mano a Josh en el hombro, apretándolo ligeramente.

– Debes estar hambrienta, Ari. No has comido nada en, no sé, ¿Dos días?

– Tal vez tres...– dijo Ariadne, tocándose el estómago.

– Entonces es hora de comer– , dijo Nell, saliendo de la habitación y dirigiéndose a la cocina.

Josh la miró, con los ojos fijos en los de ella. Ariadne bajó la mirada, mientras sentía como la sangre se acumulaba en sus mejillas.

– Oye– , le dijo ella en voz baja. – Yo no... No quería meterme en tu vida y arruinar nada, ¿sabes?

Josh puso una mano sobre la suya y con la otra le hizo un gesto para que se detuviera.

– No, Ari– , respondió.– No arruinaste nada, es solo que...

– ¿Qué?

– Que reaccioné mal y no entendí por qué querías ayudarme– , respondió Josh, mientras una pequeña sonrisa se asomaba a sus labios. – Nell me explicó todo, pero... Todavía no sé qué debo hacer con la información que conseguiste.

Ariadne asintió con la cabeza y miró hacia abajo. No quería que Josh estuviera enojado con ella, pero, entendía que tal vez estaba allí sólo como su médico, y nada más. Josh puso un dedo debajo de su barbilla, para levantar su cara y poder mirarla a los ojos.

– No tienes por qué avergonzarte. Tal vez, yo habría hecho lo mismo por una amiga en apuros.

Amiga. Esa palabra hizo que el corazón de Ariadne le cayera a los pies. Eso era todo lo que era para él. Una amiga. Se movió en la cama, buscando cambiar de posición y terminar el contacto físico con él. Tenía que separarse de él.

Lentamente intentó ponerse en pie y salir de la cama, pero sintió como todo daba vueltas a su alrededor.

– No te muevas, Ari– , dijo Nell, que acababa de entrar a la habitación. Gracias, pensó Ariadne. Había llegado en el momento justo para terminar con esa conversación tan incómoda que estaba teniendo hacía sólo unos segundos.

Nell le pasó un brazo por la cintura para ayudarla a sentarse otra vez. Esperó, mientras el mareo pasaba y Ariadne estaba otra vez lista para abrir los ojos.

– Gracias– , dijo Ariadne,– Gracias a los dos.

Josh y Nell se miraron en silencio, mientras Ariadne tomaba la cuchara, para empezar a comerse la sopa de pollo que Nell había puesto frente a ella.

– Creo que es hora de que me vaya– , dijo Josh.– Quiero ir a casa, darme un baño y ponerme ropa limpia. Volveré en la mañana. Nell, llámame por favor si Ariadne empeora.

Ariadne miró a Nell acompañándolo a la puerta. Escuchó la puerta al cerrarse y los pasos de Nell regresando hasta donde ella se encontraba.

– Dime la verdad, Ari ¿Cómo te sientes?

Ariadne dejó la cuchara dentro del plato y miró a Nell, sonriendo.– Me siento como si hubiera tenido fiebre muchos días. Esta sopa está realmente buena. Gracias, gracias de verdad.

– Josh no se movió un segundo de tu lado, ¿Sabes?

Ariadne la miró y su boca se convirtió en una línea recta.
- Hacía su trabajo, Nell. No te ilusiones.

Nell levantó una ceja, en señal de desaprobación. – Tú sabes que eso no es verdad, Ari. No seas injusta.

– Acaba de decirme que soy su amiga. Me dijo que él habría hecho lo mismo que yo, con Callie, si una amiga suya estuviera en la misma posición. Así que...– , dijo, mientras levantaba los hombros.

– No sé. Creo que te estás apresurando– , dijo Nell, mientras recogía el plato vacío.– Deberías darte un baño, ya es hora de tu loción para el prurito.

Ariadne la miró y luego se miró los brazos. No se había dado cuenta que tenía varias ampollas. Se levantó la camiseta y descubrió que había varias más en su pecho y abdomen.

– Tienes razón, Nell. Ya es hora de que me pare de acá. Tenemos un negocio que atender– , dijo, levantándose de la cama y dirigiéndose al baño.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

La varicela de Ariadne había cedido después de un par de semanas de cuidados. Había sido imposible que se mantuviera en la cama, aunque se sentía un poco débil, al principio. Nell se había encargado de la cocina, había hecho las conservas y también le había preparado sopa de pollo todos los días.

– Nell , dijo Ariadne, con la cuchara en la mano y mirando el plato que tenía en frente. – ¿Quieres que me salgan plumas?

Nell le dio una mirada fulminante. Ariadne la miró y le hizo una mueca, poniéndose la cuchara en la nariz.

– Es solo que... Me gustaría algo de comida adulta, para variar. ¿Qué te parece si hacemos una lasaña?

Nell se rio. – Esa sí es una buena señal. Te estás recuperando rápido. Y, por favor, deja de rascarte.

Ariadne confiaba en que Nell no viera que se rascaba una de las ampollas de la pierna, con el pie contrario. Pero era difícil engañarla. Se sentía de un ánimo particularmente festivo, y sabía que había recuperado el color en las mejillas. Terminó de comerse la sopa y se levantó de la mesa. Se acercó a donde estaba Nell, que picaba unos melocotones, y le dio un abrazo por la espalda.

– Eres mi ángel, ¿sabes? Sin ti todo habría sido diferente y difícil. La tía Rosie me dijo que te agradeciera de su parte.

Nell sonrió y le devolvió el abrazo.

– Te tengo una noticia– , dijo Ariadne, mientras buscaba algo en su teléfono. – Nuestra cliente en Nueva York, quiere que dupliquemos las cantidades que estamos enviando semanalmente. Al parecer, somos un éxito.

– Te lo dije, Ari. Las conservas de la chef Brown están poniendo a Green Creek y a ti de regreso en el mundo.

Ariadne se rio, con una carcajada sonora. – ¿Sabes algo, Nell? Ya no quiero ser famosa. Sólo quiero estar tranquila y tener dinero suficiente para vivir tranquila. Quiero comprarle esta casa a la tía Rosie.

Nell se giró y la miró, con los ojos muy abiertos. – ¿Estás pensando en quedarte acá definitivamente?

– Definitivamente suena muy... Definitivo, dijo, riéndose.
- Pero les he tomado cariño a la casa, al pueblo y a ti.

– Y a Josh...

Ariadne puso los ojos en blanco. No quería volver al tema recurrente de Nell. Josh la había visitado varias veces durante las semanas de su convalecencia, pero ella se había mantenido lo más distante posible, sin dejar de ser amable con él. Sabía que tenía mucho que agradecerle, pero no quería confundirse, ni involucrarse con alguien que no estaba interesado en ella.

– No sé, Nell. Prefiero pensar en Josh como un buen vecino.

– Jm, dijo Nell, dándole la espalda, para continuar con los melocotones en los que estaba trabajando.

– ¿Qué?

– Que no pensé que era de las que se daban por vencidas tan fácil.

– No me estoy dando por vencida. Es sólo que... No quiero presionar nada. Todo esto es mi culpa, aunque ambos me digan que no lo fue.

– ¿Qué tal si lo invitamos a cenar? Se que a Josh le encanta la lasaña. Sólo para agradecerle un poco todo lo que ha hecho por ti.

Ariadne asintió con la cabeza. – De todas formas, quiero pagarle por todas sus visitas. El hombre también necesita pagar sus cuentas.

– No creo que le haga mucha gracia. Se va a molestar contigo.

– No creo que pueda molestarse más de lo que ya está. Además, socia, ya tenemos dinero suficiente para empezar a pagarnos un pequeño porcentaje de las utilidades.

Nell sonrió. Sabía que Ariadne era una empresaria nata y que, aún en medio de su recuperación, siempre estaba pensando en dinero, en el negocio y en cómo hacerlo funcionar mejor. Puso los trozos de melocotón en una olla y encendió la estufa.

– Ari, hora de llamar a Josh.

Ariadne bajó los hombros, en un gesto de agotamiento y derrota. Contradecir a Nell solía ser una pésima idea. Pero, sabía que tenía la razón. Ella debía llamar a Josh e invitarlo a cenar.

Tomó su teléfono y le envió un mensaje.

Lasaña esta noche. ¿Quieres venir a cenar con nosotras?

Se quedó mirando el teléfono fijamente. Tal vez no iba a contestarle. Agitó la cabeza para sacarse la idea de la cabeza y se acercó a dejarlo sobre la mesa, cuando éste vibró en su mano.

¿Lasaña de chef? Jamás me la perdería. ¿Te sientes mejor?

Esa pregunta hacía necesaria una respuesta, que no quería dar. No quería extender la conversación más allá de lo necesario. Todo ese asunto con Josh la entristecía. Él realmente le gustaba, pero sólo la veía como una paciente. Tal vez, como había dicho, como una amiga, y nada más.

Sí. Gracias por preguntar. Nos vemos a la ocho.

Dejó el teléfono en la mesa y se olvidó de él. No quería malinterpretar las cosas, no quería tener falsas esperanzas, no quería soñar con que todo iba a salir bien o, por lo menos, a mejorar entre ellos.

Caminó lentamente hasta la cocina, abrió la nevera y se puso a buscar los ingredientes para la lasaña de esa noche.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

– Nell– , dijo Ariadne. – ¿Podrías, por favor, contestar mi teléfono?

Estaba poniendo láminas de lasaña en una refractaria y ya eran casi las ocho. Quería que estuviera lista a tiempo, para que pudieran cenar temprano, e irse a dormir antes de que se hiciera demasiado tarde. La vida de campo había cambiado sus patrones de sueño. Además, aún se sentía un poco débil por la varicela y le daba sueño más temprano que cuando vivía en Nueva York.

– ¿Quién era?– Preguntó, cuando vio que Nell dejaba el teléfono en la mesa de la cocina.

– Era Rosalind– , respondió Nell.– Te manda saludos y que mañana vuelve a llamarte.

Ariadne sonrió. Su relación con Rosalind se hacía cada vez más fuerte y estaba convencida de que, por mucho, era su tía favorita en el mundo.

Las luces de unos faros se detuvieron frente a la entrada de la propiedad. Probablemente se trataba de Josh. Solía ser muy puntual cuando de comida se trataba. El auto entró hasta el límite del jardín y se detuvo. Las luces se apagaron y vieron a Josh que bajaba del auto, llevando una caja en sus brazos.

Ariadne miró a Nell, levantando una ceja.

– No tengo idea de qué se trata– , respondió Nell a la pregunta muda de Ariadne.

– Señoritas– , exclamo Josh, limpiándose los zapatos en el tapete de la entrada.

– Hola, Josh– , saludaron al unísono. Ambas mujeres se miraron y no pudieron evitar reír.

– Ari, ¿podrías venir un momento?– , dijo Josh, mirándola, con una sonrisa traviesa en sus labios.

Ariadne se lavó las manos, se las secó en el delantal y se lo quitó, dejándolo en la mesa de la cocina. Atravesó el corredor hasta el porche, curiosa.

– Dime, Josh– , dijo Ariadne.

– Necesito pedirte un favor. Realmente es uno de los grandes– , dijo, jugando, nervioso, con las llaves del auto.

– Ya sabes que estoy en deuda contigo– , dijo ella, mirándolo. – Si hay algo que pueda hacer por ti... Sólo dímelo.

– Necesito que cuides de esta caja– , dijo él, señalando la caja que había dejado en la mesa bajo el roble.

Ariadne sonrió. No quería reírse. Cuidar de una caja podría ser la cosa más sencilla del mundo, pensó.

– Bueno, no se trata de la caja, ¿sabes?– Continuó y le hizo señas para que lo siguiera hasta donde se encontraba la caja. Ariadne lo siguió en silencio, pero divertida por la extraña petición.– Se trata, más bien, de lo que hay en ella.

Josh se agachó, abrió la caja y expuso su contenido.

Ariadne no supo cómo reaccionar. Ya le había dicho que sí, que iba a ayudarlo, pero esto se sentía un poco excesivo.

– ¿Estás seguro de que quieres que yo cuide de “eso”?

– No es un “eso”, Ari. Además, es temporal. Mientras busco un lugar más grande donde vivir.

Nell había salido al jardín y se encontraba sólo un par de metros detrás de ellos.

– ¿Qué pasa, chicos?

Josh le hizo señas con la mano, para que se acercara.– Le estaba pidiendo a Ari que cuidara de lo que hay en esta

caja. Pero, parece que es demasiado.

– Déjame ver de que se trata– , respondió Nell, abriéndose paso entre los dos y acercándose a la caja. Levantó la mirada y sus ojos se posaron primero en Josh, y luego en Ariadne. No pudo evitar reírse. – Pero qué cosita más hermosa.

Nell había metido las manos en la caja y las había sacado, con un pequeño cachorro, blanco y negro, en ellas.

– Es que... Nunca he tenido un perro– , dijo Ariadne, levantando los hombros.– No sé cómo voy a cuidar de él.

– Ella– , dijo Nell.– Es una chica.

– Su nombre es Freckles– , dijo Josh. – La encontraron en una cuneta, con otros seis cachorros, en el pueblo vecino. Lograron encontrar un hogar para todos y decidí quedarme con la más pequeña de la camada. ¿No te parece linda?

Ariadne estaba inmóvil, con una mano apoyada en la mesa y mirando a Nell y a Josh, que se veían tan emocionados con la pequeña perra. Tenía en mente darle una compensación a Josh por sus servicios médicos, pero esto no era precisamente lo que tenía en sus planes.

– Acércate, Ari– , dijo Nell.– No va a morderte.

Ariadne la miró, sabía que el chiste era realmente malo, pero no quería ser antipática. Finalmente sería temporal, o eso acababa de decirle Josh. ¿Qué tan difícil podría ser encontrar una casa? Pensó para sus adentros.

Se acercó hasta donde estaba Nell, que le extendía los brazos, con Freckles en ellos. La tomó con sus manos y la perrita inmediatamente quiso lamerla. Era imposible no sonreír. La acercó aún más a ella y la perrita se apoyó en su pecho y se quedó dormida de inmediato.

Josh y Nell la miraron y se miraron entre ellos. – Parece que le gustas, Ari+ , dijo Josh.

Ariadne tuvo que esforzarse para no poner los ojos en blanco. Es temporal, pensó.

– Voy a servir la cena– , dijo Nell, haciéndoles señas para que se sentaran en la mesa del jardín. Ariadne y Josh asintieron con la cabeza.

– Es tan pequeñita– , dijo Josh.– No sé cómo alguien podría haberlos abandonado. Siempre quise un perro mestizo, ¿Sabes?

Ariadne lo miraba, mientras sostenía la perrita, que se había puesto muy cómoda entre sus brazos. No quería moverse para no despertarla.

– Los perros mestizos son más saludables, o eso dicen– , continuó Josh. – Freckles parece ser mitad Border Collie. No se sabe qué mas pueda ser. Pero los Border Collie son los perros más inteligentes del mundo.

Ariadne lo escuchaba hablar. En realidad, sólo lo oía. Estaba muy preocupada por lo que temporal significaría en la mente de Josh. No tenía idea de cómo criar un cachorro. No sabía qué debía darle de comer o cómo enseñarle a ir al baño.

Estaba absorta en sus pensamientos cuando llegó Nell con la cena.

– Dámela– , dijo Josh. – Voy a ponerla en la caja mientras cenamos. La comida huele realmente bien. Gracias, señoritas.

Dejó la caja en la silla que estaba libre y empezó a comer. Se veía que estaba realmente hambriento. Ariadne había perdido el apetito y Nell le estaba dando un puntapié por debajo de la mesa.

– Come, Ari. Necesitas alimentarte bien.

Ariadne puso los ojos en blanco y se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja. Tomó el tenedor y empezó a comer.

– ¿Sabes algo, Josh?– dijo Nell, tomando un poco de vino de la copa que había frente a ella. – Creo que Ari va a necesitar un poco de ayuda con Freckles.

Josh asintió con la cabeza, mientras tragaba su comida.– Ya lo había pensado, Nell. ¿Podrías ayudarle? Me quedaría esta noche, pero tengo pacientes para el resto de la semana en el pueblo que queda en el límite del condado.

Nell lo miró y sonrió. Sabía que podía contar con ella y, en su corazón, sentía que con Freckles, venía algo más.

Comieron, conversando animadamente. Ariadne se había tomado un par de copas de vino y cuando Josh vio que no estaba particularmente conversadora, se disculpó.

– Es hora de irme– , dijo, regresando de llevar los platos sucios de todos a la cocina.– Sé que Freckles no podría estar en mejores manos.– Espero estar de regreso en cinco días. Llámenme por favor si algo sucede.

Ariadne se levantó de su silla y lo acompañó hasta el auto. – Josh, quiero que seas honesto conmigo. ¿A qué te refieres con temporal?

Josh se giró para mirarla y sonrió. Tomó su mano entre las suyas y la miró fijamente.– Espero que no sean más de tres semanas. No quiero molestarte. La habría dejado con Nell, pero ya sabes cómo están sus rodillas y...

Ariadne le hizo un gesto para que se callara. – No es molestia, en realidad estoy sorprendida. Además te debo mucho por todo lo que has hecho por mí.

– Te agradezco mucho. De verdad lo aprecio. Pero tú no me debes nada. Al contrario, soy yo quien se siente en deuda contigo.

– ¿Por Freckles?– Preguntó Ariadne.

– Por todo lo que ya has hecho sin darte cuenta.

Ariadne se quedó mirándolo, mientras él cerraba el espacio entre los dos y le daba un suave beso en los labios. El corazón de Ariadne parecía querer salirse del pecho. Josh la miró y le guiñó un ojo, mientras subía al asiento del conductor. Ariadne se quedó donde estaba, mientras se despedía de él con la mano.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

La noche había transcurrido en calma. Freckles había dormido en la caja en la que la había llevado Josh y Ariadne le había puesto una camiseta suya, para que estuviera caliente. Habían puesto la caja de lado, para que estuviera más cómoda y pudiera moverse a su antojo.

Ariadne se levantó, con los primeras luces del día y al bajarse de la cama, se encontró con un “pequeño” problema.

– ¡Mierda!– , gritó, olvidando que Nell estaba en la habitación del lado y que tal vez la había despertado. Se había parado en un charco de orina, aunque Freckles parecía dormir como un ángel.

Se quitó las medias que usaba para dormir y se dirigió a la cocina, buscando algo para limpiar. Allá estaba Nell, tomándose un café y se quedó mirándola con sorpresa.

– Hola, Ari– , dijo, después de tomar un trago de su café.– Creo que alguien tiene hambre.

Nell señaló al suelo, detrás de Ariadne. Freckles la seguía animadamente, moviendo la cola. Parecía estarla saludando.

Ariadne frunció el ceño y sus ojos y su boca se convirtieron en una línea. – Después de que limpie lo que me ha dejado al lado de la cama– , dijo, mostrándole las medias mojadas a Nell, que no pudo contener la risa y soltó una carcajada.

– Eso pasa con ellos, son niños pequeños y no saben dónde hacer nada. Déjame preparar el desayuno para las dos, mientras tú te haces cargo de eso.

– Esto va a ser peor de lo que imaginé... Van a ser tres semanas realmente largas.

– Dale la oportunidad, los perritos pueden ser realmente adorables. ¿Qué tal si trabajamos afuera hoy?

Ariadne la miró, sin comprender su propuesta.

– ¿Por qué, Nell?

Nell le hizo un gesto con los labios, señándole hacia donde estaba Freckles, que nuevamente orinaba en el suelo, pero esta vez de la cocina.

– ¡Maldita sea!– , dijo, claramente molesta. – Sí, Nell. Salgamos.

Ariadne tomó a Freckles con sus manos y la perrita no dejaba de mover la cola y de tratar de lamerla. Ariadne estaba muy molesta, pero no pudo evitar sonreír y abrazarla.– Eres realmente desagradable, ¿Lo sabes?

Nell la siguió, llevando el desayuno de ambas y un pequeño plato con la comida de Freckles. En cuanto estuvieron instaladas en el jardín, la perrita se dedicó a curiosear por el jardín, persiguiendo una mariposa, decidida a agarrarla.

Ariadne tomó el teléfono, que tenía en el bolsillo de su pijama y grabó un video para Josh. Era importante que él supiera que su perra estaba en buenas condiciones.

Nell la miraba, divertida. – Serás una excelente niñera, Ari. Vas a terminar haciéndote amiga de Freckles más pronto de lo que te imaginas.

– No te hagas ilusiones. Sólo quiero que Josh esté tranquilo. Nada más.

– Ajá– , dijo Nell, sonriendo. – Ari, hoy debemos llevar al correo el pedido de Nueva York. Van a ser cuatro cajas más que la vez pasada.

Ariadne aplaudió de emoción, se sentía cada vez más feliz con su negocio y cómo iba creciendo cada día. Se

levantó de su silla y abrazó a Nell. – Deberíamos llevar también el pedido de Marianne. Además, hay algo que debes saber... Ayer estuve hablando con un chico en San Francisco. Le llevaron una de nuestras mermeladas y las quiere en su cafetería.

Nell se quedó con la boca abierta. Habían logrado cruzar hasta la otra costa del país. Las lágrimas corrían por sus mejillas y no lograba contenerlas. – Eres una bendición en mi vida, Ariadne Brown.

Ariadne la miró, conmovida y volvió a abrazarla.— Y tú en la mía, no lo dudes jamás. Vamos a preparar los envíos y a visitar a algunos agricultores. Nuestras compras van a crecer un poco, sólo un 100 por ciento más.

– ¿Vamos a duplicar el volumen de frutas?— , preguntó Nell.— ¿Cuánto pidió el chico de San Francisco?

– La misma cantidad que estamos entregando en Green Creek y Nueva York. Así que... Acabamos de duplicar nuestra producción.

Ambas se sentaron, entendiendo la importancia de lo que había acabado de suceder. Se miraron la una a la otra y brindaron con las tazas de café que tenían frente a ellas. Se quedaron en silencio, disfrutando de la suave brisa que movía las ramas de viejo roble sobre ellas.

– Nunca pensé que fuera a sentirme tan feliz acá, ¿Sabes?

– Yo sí lo pensé. Sabía que acá ibas a sanarte y a descubrir otra vez quién eres y de qué estás hecha— , respondió Nell, apretándole la mano.— Has descubierto el amor.

– ¿Qué? No. No creo que se trate de eso— , respondió Ariadne, nerviosa. – Sólo fue un beso y no creo que él estuviera pensando en nada particularmente romántico o amoroso.

– Así que beso, ¿eh?– Dijo Nell, riéndose. No me habías dicho nada al respecto. Pero no. No me refería a Josh. Hablaba de ti, de cómo estás viendo el mundo ahora y de lo que está pasando a tus pies.

Ariadne bajó la cabeza, para encontrarse con Freckles, que arrastraba una ramita, mas grande que ella y la dejaba a sus pies. Se agachó y la puso sobre sus piernas.– Eres un perro horrible, ¿sabes?– , dijo, mientras le daba un beso en la cabeza. – Tenemos que llevarla con nosotras, no quiero dejarla sola, en la casa. No confío en ella.

Nell asintió con la cabeza. Levantó los platos del desayuno y entró en la casa.

– Así que amor, ¿eh?– le dijo a Freckles, que la miraba fijamente con sus enormes ojos cafés. – No te hagas ilusiones conmigo, en tres semanas irás a vivir con Josh.

Freckles le puso sus patitas en el pecho y le lamió en la nariz. Ariadne no pudo evitar el impulso de abrazarla y la cubrió con sus brazos. Sabía que tenía que arreglarse para salir, pero dos minutos de mimos no iban a retrasar a nadie.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

La reunión con los agricultores había sido todo un éxito. Habían logrado conseguir muchas más frutas de las que habían comprado antes. Sabían que debían tener suficientes conservas y mermeladas para cuando pasaran las cosechas. También sabían que debían pensar en recetas nuevas de acuerdo con la estación en la que estuvieran.

En las últimas dos semanas habían estado muy ocupadas, cocinado, almacenando y la pequeña habitación que habían elegido como bodega, estaba cada vez más llena de cajas.

Ariadne estaba parada en la puerta, pensando cómo mejorar el almacenamiento, cuando escuchó que se avecinaba una tormenta. Freckles no se movía de su lado y había logrado enseñarle a usar el patio como baño. Realmente aprendía pronto, como había dicho Josh.

El cielo estaba oscuro y se veían grandes nubes grises. Ariadne decidió entrar a la casa, con Freckles y resguardarse lo mejor posible. Sabía que estaba ubicada en zona de tornados, pero no había escuchado alertas de ninguno acercándose en los últimos días.

La lluvia empezó a repicar en el techo. Gruesos goterones se estrellaban contra las ventanas. Un rayo que cayó cerca interrumpió el fluido eléctrico. Ariadne se apresuró a buscar una vela en los cajones de la cocina. Encontró una, pequeñita, pero le iba a servir para tener algo de luz mientras la electricidad regresaba.

La lluvia arreciaba y cada vez se veían más relámpagos, que llenaban la casa de luz violeta. Freckles estaba asustada y se había escondido debajo de la cama. Debería hacer lo mismo, pensó Ariadne, mientras un escalofrío le

recorría la espalda. Nunca había disfrutado las tormentas eléctricas y jamás se imaginó que viviría una tan de cerca.

Se había ubicado lejos de cualquier ventana y cerca a una pared que parecía bastante sólida. Agradecía que la tía Rosalind no hubiera construido una cabaña de troncos. Estaba tratando de sacar a Freckles de debajo de la cama, para abrazarla y hacerla sentir segura, cuando escuchó un rayo enorme caer sobre su cabeza.

La casa no tenía pararrayos, pero este había estallado muy cerca de ella. Sentí que el pequeño corazón de Freckles estaba muy acelerado en su pecho y mientras la abrazaba, para calmarla, sentía que el suyo también latía con gran velocidad.

– Vamos a estar bien, pequeña– , le dijo Ariadne a Freckles, aunque parecía quererse tranquilizar a sí misma. – La tormenta va a pasar pronto.

De repente se escuchó un ruido de algo enorme quebrándose y el fuerte ruido de un gran peso cayendo. La casa tembló hasta sus cimientos. Ariadne sabía que no debían salir de la casa por ningún motivo, podrían ser alcanzadas por un rayo y morir.

Se acostó en el piso, hecha un ovillo, con la perrita apretada contra su pecho. Se concentró en su respiración y esperó a que la tormenta pasara. No era una mujer particularmente religiosa, pero recordó las oraciones que rezaba con su mamá antes de ir a dormir. La tormenta no parecía ceder y la vela estaba a punto de consumirse.

– Ángel de mi guarda...– , dijo en voz baja.

A pesar del miedo, se habían quedado dormidas en el suelo. Cuando Ariadne abrió los ojos, estaba de noche y aún seguía sin haber electricidad, pero la tormenta había pasado y sólo se escuchaba una lluvia ligera afuera. En cuanto se movió, Freckles se despertó y se estiró, moviendo la cola animadamente. Empezó a saltar a su alrededor, parecía agradecerle por haberla cuidado durante la tormenta.

Se levantó con cuidado, porque no veía casi nada y había dejado su teléfono en algún lugar que no recordaba. Lentamente se acercó a la ventana que daba al jardín y el corazón le cayó a los pies.

El ruido que había escuchado había venido del viejo roble. No podía saber con exactitud qué había sucedido, pero se había partido y ahora yacía tirado en el jardín. Tenía ganas de salir y abrazarlo y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Ese árbol era su favorito en el mundo y no era justo que terminara así. Derribado en una tormenta.

Se alejó de la ventana y fue a la cocina, donde puso a calentar un poco de agua para hacerse un té, porque sin electricidad no tenía cafetera. La luz de la hornilla iluminó un poco la cocina y le ayudó a encontrar su teléfono, que se había quedado sobre la mesa. Se acercó hasta donde estaba y lo encendió. Aun tenía algo de batería, pero nada de señal y se dio cuenta de que eran las 9 de la noche.

– Debes tener hambre, ¿Verdad?– , le preguntó a Freckles, que saltaba a su lado.– Vamos a comer, pequeña.

Buscó el plato de la perra y le sirvió una porción de comida, que devoró en segundos. Ella también debería comer, pensó, así que abrió la nevera y sacó algo que había sobrado del almuerzo. Por fortuna era ensalada de pasta y podía comérsela fría.

Sabía que tendría que esperar hasta la mañana para poder ver qué tantos daños había hecho el roble al caer y

para decidir qué iba a hacer con él. Tenía que contarle a su tía Rosalind, porque sabía que uno de los motivos que la había llevado a comprar esa casa, había sido precisamente ese árbol en el jardín.

Terminó de comer y sabía que tenía que dejar que Freckles saliera al jardín. Se acercó a la ventana otra vez, para mirar qué tan lejos estaban los relámpagos. Contó, entre el relámpago y el trueno y se dio cuenta de que la tormenta se encontraba al menos a diez kilómetros de distancia. En ese momento era seguro dejar salir a Freckles, pero le puso el collar, no quería que se alejara demasiado y tener que salir a buscarla en medio de la lluvia.

Se puso una chaqueta y salió al jardín que se sentí extraño sin la copa del roble ocultando el cielo. La lluvia se había convertido en llovizna y el jardín estaba lleno de charcos, que debía evitar si no quería mojarse los pies. Aunque eso no parecía importarle mucho a Freckles, que se divertía mojándose en todos los charcos que tenía a su alcance.

— Voy a tener que darte un baño, pequeña— , dijo Ariadne, evitando reírse. Freckles hacía muchas cosas que la hacían reír todo el tiempo.— Vamos, volvamos a casa.

Caminó los pocos metros que había recorrido y cuando estaba a punto de entrar en la casa, regresó la electricidad.

Buscó una toalla limpia para secar a a Freckles y buscó su teléfono. Necesitaba hablar con Nell, quería saber cómo estaba después de la tormenta y quería preguntarle si sabía cómo resolver el problema del árbol caído.

Tal vez será mejor esperar hasta mañana, pensó. Sabía que, en medio de la noche, aún con lluvia, no habría mucho que pudiera hacer. Se puso la pijama, preparó café y se metió en la cama. Freckles, desde abajo, la miraba con sus enormes ojos de cachorro y la había hecho sentir culpable.

– Ven acá perro feo– , dijo Ariadne, levantándola y metiéndola en la cama, con ella. – Pero no te acostumbres, sólo será esta noche, porque estás asustada y tienes frío.

Encendió la televisión y buscó alguna película para ver, mientras le daba sueño y se quedaba dormida. Freckles se acurrucó junto a ella y más pronto de lo que pudo imaginar, ambas dormían plácidamente.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

– Tía Rosie, se cayó el roble— , dijo Ariadne, claramente apesadumbrada por la noticia. – Fue en medio de la tormenta, sentí un ruido muy fuerte y...

– Respira, nena— , respondió Rosalind.— ¿Estás bien?

– Sí— , dijo ella.— Estamos bien y la casa no sufrió ningún desperfecto. Pero el árbol...

– Espera, ¿A qué te refieres con que están bien? ¿Había alguien más contigo?

– Sólo Freckles, la perrita de Josh. La estoy cuidando mientras encuentra una casa nueva.

Rosalind se rio.— Siempre pensé que a esa casa le hacía falta un perro para ser perfecta.

– ¿Qué? No— , dijo Ariadne. – Esto es temporal, ¿Sabes? Sólo le estoy haciendo un favor. Está buscando una casa más grande para poder tenerla.

– Está bien, entiendo. Pero no deseches la idea, nena.

– Tía...— dijo, poniendo los ojos en blanco.— Enfoquémonos en el roble, eso sí me preocupa. ¿Qué voy a hacer con él?

Rosalind suspiró al otro lado de la línea. – Pregúntale a Nell. Ella conoce a Bill, es un leñador que vive en el pueblo. Él te puedo ayudar con el árbol.

– ¡Nell! No la he llamado para saber cómo está. Tía, te llamo mas tarde, ¿Esta bien?

– Dale mis saludos, por favor. Cuídate.

– Sí. Sí— respondió Ariadne.— Lo haré.

Inmediatamente terminó la llamada, buscó el número de Nell. Tenía que saber cómo estaba, si necesitaba ayuda o si todo en su casa estaba bien. Mientras buscaba el número, el

teléfono sonó en su mano. Era Josh. No podía ignorarlo, seguramente estaba llamándola para preguntarle por Freckles.

– Ari, hola– , dijo Josh.– ¿Estás bien?

– Hola, Josh. Estamos muy bien– , respondió Ariadne. – El único que no lo está es el viejo roble... Se cayó en la tormenta y ahora está tirado en el jardín. No sé qué hacer con él. Iba a llamar a Nell en este momento.

– Nell está bien. Ayer estaba en el pueblo, con Marianne y pasaron juntas la tormenta. Quisimos llamarte, pero no había servicio, hasta hace un minuto.

– Gracias por avisarme. De verdad estaba preocupada por ella.

Josh suspiró al otro lado de la línea. Parecía querer decirle algo más, pero el silencio en la llamada hizo que Ariadne dudara de si aún estaba ahí.

– Josh, ¿Sucede algo?

– Es que... Sí. Sucede algo, pero... No quiero molestarte.

Ariadne se quedó en silencio. No quería interrumpirlo, así que esperó a que continuara.

– ¿Te parece bien si paso por tu casa?– Dijo él. – Estoy bastante cerca y quisiera conversar contigo. ¿Me invitas a un café?

Ariadne sintió mariposas en su estómago. Se sentía tonta y no esperaba que su cuerpo reaccionara así, pero no podía dejar de pensar en el beso que le había dado la última vez que se habían visto.

– Sí– , respondió ella, demasiado emocionada para su gusto. – Acá te estaremos esperando. Freckles va a estar más que feliz de verte.

– Perfecto– , le dijo.– En dos minutos estaré allá.

Mierda, pensó Ariadne. Se había levantado hacía poco y estaba en pijama todavía.— Perfecto— , respondió y terminó la llamada.

Fue corriendo al baño, a mirarse en el espejo. Tenía el cabello revuelto, aunque, en general no se veía tan mal. Se lavó los dientes, se peinó un poco y se puso una balaca que le mantenía el cabello lejos de la cara. Se cambió el pantalón de pijama por unos de correr y se puso un buso gris, con capucha. Su aspecto había cambiado un poco y, justo cuando salía de su habitación, vio a Josh parado en la puerta de la casa.

— ¡Wow!— , exclamó Josh. — ¿Cómo luces tan bien tan temprano?

Josh se acercó a ella y le pasó un brazo por la cintura, mientras que, con el otro, jugaba con un mechón de su cabello. Estaba cerca, muy cerca y Ariadne se esforzaba por mantener su respiración normal.

Ella sonrió, mientras ponía su mano en uno de sus brazos. Josh se acercó un poco más y la besó en la esquina de la boca. Se miraron a los ojos y estaban a punto de besarse cuando, desde abajo, vino un pequeño ladrido. Freckles también quería un poco de atención.

Josh se rio y Ariadne se agachó para levantarla.— Eres un perro feo y celoso— , dijo ella, dándole un beso en la cabeza.

— ¿Podrías jurarme que jamás habías tenido un perro, Ariadne Brown?

Ariadne se rio. Estiró sus brazos para entregarle a Freckles. Levantó su mano derecha e hizo un gesto solemne.

— Juro que jamás he tenido un perro.

Josh la miró y sonrió. Freckles le lamió la cara y se había empezado a mover vigorosamente, tratando de soltarse de

sus manos. Él la dejó en el suelo y Freckles corrió a los pies de Ariadne, donde se sentó.

– Déjame servirte ese café y me podrás contar eso de lo que me hablaste por teléfono, ¿Te parece?

– Sí , dijo Josh, siguiéndola a la cocina.

Ariadne sirvió dos tazas de café caliente y aromático. Las puso sobre la mesa de la cocina y se sentó. Era mejor estar adentro, el jardín seguía lleno de charcos y la mañana estaba fría. Los pájaros cantaban y revoloteaban por todas partes. No parecía que hubiera habido una tormenta hacía menos de veinticuatro horas.

Josh se sentó frente a una de las tazas, tomó un sorbo grande y respiró profundo. – Además de los pacientes en el otro pueblo, de los que te hablé hace dos semanas, estaba buscando un abogado.

Ariadne sintió un hueco en su estómago. Por un momento pensó que iba a decirle que estaba buscando una casa en el otro pueblo. – Espera, ¿Un abogado? ¿Para qué podrías necesitar tú un abogado?

Josh la miró y le tomó la mano.

– Necesito un abogado porque voy a despedir a Callie.

Los ojos de Ariadne se abrieron mucho y levantó una de sus cejas. Estaba realmente sorprendida con lo que estaba escuchando.

– Sé que pensaste que estaba enojado contigo- , dijo Josh.
- Al principio lo estaba, pero, después me di cuenta de que tenías toda la razón. No puedo permitir que Callie siga manipulándome a su antojo.

– ¿Y el concejal? Me dijiste que temías por lo que pudiera hacerte...

– Para eso fui a conseguir un abogado. Para que se encargue de todo el asunto. Yo sólo tuve que darle el teléfono de Callie y él se va a encargar de hablar con ella y explicarle la situación.

Ariadne tomó un poco de café y lo miró. No sabía qué decir. Entendía que todo esto podía traerle muchos problemas a Josh y no quería ser la culpable de complicar las cosas.

– ¿Vas a irte a vivir al otro pueblo?– , dijo, aunque de inmediato se arrepintió de habérselo preguntado.

– ¿Qué? No– , respondió Josh. – No pienso irme de acá y menos ahora.

Ariadne lo miró, sin entender a qué se refería. Josh dejó su taza sobre la mesa y tomó las manos de Ariadne entre las suyas. Las acercó lentamente a su cara y las besó.

– Aún no lo entiendes, Ari, ¿Verdad?

Ella lo miró en silencio y sentía cómo sus mejillas se enrojecían.

– Te amo– , dijo él, después de un momento demasiado largo. – Me gustaste desde que te vi en la calle, con tu tobillo adolorido, desvalida como un ave mojada. No pude evitar sentir algo por ti y contigo.

Ariadne lo miró fijamente. No sabía qué decir, pero, sí sabía que lo mejor era no decir nada. Sonrió y bajó su mirada.

– No tienes que decir nada, Ari. Tal vez no sientes lo mismo, pero, tenía que decírtelo. Quiero que lo sepas.

– Josh... Yo...

– Sé que soy un tonto. Tenías al prometido perfecto y debes extrañarlo. Yo sólo soy un médico en un pueblo

perdido en la nada. No soy nadie en comparación con un corredor de Wall Street.

Ariadne puso un dedo sobre los labios de Josh, para que guardara silencio. Se levantó de la silla en la que estaba y le tomó la mano, para que él también lo hiciera. Cuando estaban frente a frente, lo abrazó y lo besó, en los labios suavemente.

– ¿Quieres dejar de decir estupideces, por favor?– dijo ella.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Joah y Ariadne caminaban juntos, tomados de la mano, por el patio. Estaban mirando el roble, que yacía en el jardín. Ariadne no podía contener las lágrimas al mirarlo.

– Está muriendo y no puedo hacer nada por él– , dijo, limpiándose las lágrimas con la mano que tenía libre.– Esto es muy triste. Estaba pensando en poner un columpio en las ramas mas bajas y quería que llegara Navidad para llenarlo de luces.

Josh la atrajo hacia él y la abrazó.

– No llores más, Ari. Tuvo una buena vida, ya estaba viejo y se iba a caer en cualquier momento.

De pronto, escucharon la voz de Nell, mientras entraba a la propiedad.

– Ari, Josh, que alegría verlos. Oh... el árbol...

Ariadne se alejó de Josh y se acercó a Nell.– Sí. El árbol. La tía Rosie te manda saludos y me dijo que te pida el número de Bill, el leñador– . Ariadne comenzó a llorar una vez más.

Nell le puso una mano en el hombro. – Todo va a estar bien. El roble te está haciendo un regalo.

Ariadne la miró, secándose las lágrimas. – ¿Cómo puede ser un regalo verlo morir?

Nell le sonrió. – Querías una estantería para la bodega, ¿Recuerdas?

Ariadne abrió los ojos y sonrió. – Es cierto– , dijo, animada. – Vamos a convertirlo en muebles, así se va a quedar en la casa para siempre.

Ambas mujeres se abrazaron, claramente emocionadas por la idea. De pronto Ariadne sintió que alguien le tocaba la pierna.

– Mira– , le dijo a Nell. – Cree que le pertenezco, nadie se puede acercar sin que venga a defenderme.

Nel se rio.– No, no le perteneces. Eres su mamá.

Ariadne se quedó muda, por instante, mirando a Freckles, que saltaba animadamente a sus pies. Josh se rio, sin poder contener una carcajada.

– No. No, no no. Todos están muy equivocados– , dijo Ariadne, mirándolos por turnos.– Quedamos en que esto es temporal, mientras Josh encuentra una casa.

– Creo que tenemos que hablar de eso, Ari– , dijo Josh, levantando a Freckles, en sus brazos.

– ¿Qué les parece si les traigo café?– , dijo Nell, entrando a la casa.

Ariadne y Josh se sentaron en la mesa del jardín.

– ¿Qué pasa, Josh?

Josh se tocó el puente de la nariz y arrugó la frente. No parecía tener buenas noticias en ese momento. Siempre hace ese gesto cuando estaba preocupado, pensó Ariadne.

– Es que... Sigo sin encontrar una casa para Freckles y para mí– , dijo, sonriendo con tristeza.– No quiero abusar de tu bondad, pero, si no encuentro una casa pronto, voy a tener que buscar un nuevo hogar para Freckles...

Ariadne puso su mano sobre la de él.– No, Josh. No voy a permitir que regales a Freckles. Es una perra horrible y celosa, pero realmente adorable. Se puede quedar acá todo el tiempo que sea necesario.

Josh tuvo que echar su cabeza hacia atrás, para evitar que las lágrimas escaparan de sus ojos. No quería que

Ariadne lo viera llorando.

– Voy a estar en deuda para siempre contigo, Ari, ¿Sabes?

Ariadne se rio.— No más de lo que ya estoy yo contigo.

Ambos se miraron fijamente y sonrieron. Nell se acercó a la mesa, llevando tres tazas de café. Se quedó mirándolos a los dos y sonrió. Sabía que algo estaba pasando, verlos ahí, tomados de la mano, era una buena señal. Ya me contarán, pensó, segura de que algo bueno estaba sucediendo.

– Acabo de hablar con Bill, Ari— , dijo Nell, acercándole el café.— Está más que feliz de venir a ayudarte. Sólo pidió una cosa a cambio.

– ¿De qué se trata?— , respondió Ari, después de darle un sorbo a su bebida.

– Quiere la mitad de la madera que pueda aprovechar del roble. Está construyendo una cabaña en el bosque.

Ariadne y Josh se miraron por un momento y luego miraron al árbol. — Me parece un arreglo justo— , dijo Ariadne.— Hay madera suficiente para todos.

– Podríamos hacer una casa de perro para Freckles— , dijo Nell.

– No. Jamás va a haber una casa de perro acá— , respondió Ariadne.

– Pero..— , dijo Josh.— Pensé que habías dicho que estaba bien que se quedara.

– Y lo hará— , respondió Ariadne.— Pero Freckles va a dormir adentro.

Todos se rieron cuando Freckles dio un pequeño ladrido, en señal de aprobación.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

– Todo esto es realmente imposible– , dijo Ariadne, tomando un poco del jugo de fresas que Nell le había ofrecido. – No aguanto el ruido de la motosierra y Freckles está muy aburrida sin poder salir de la casa.

– Puedo imaginarlo– , respondió Nell, sentándose en el enorme sofá junto a ella.– Quédense todo el tiempo que sea necesario, Ari.

Ariadne asintió con la cabeza, mientras veía a Freckles aterrizar en el regazo de Nell y lamerle la cara con efusividad.

– Parece que te estuviera dando las gracias– , dijo Ariadne, sonriendo.

– Lo hace. Sólo que tú aún no hablas perrunés.

Ambas se rieron y se quedaron sentadas un rato mientras conversaban sobre la tormenta.

La tarde estuvo tranquila, entre conversaciones de negocios y risas por los juegos de Freckles.

– Necesitamos hacer inventario, Ari– , dijo Nell, mientras abría su laptop.– Es necesario que hagamos una proyección de cuántas conservas vamos a tener y durante cuánto tiempo las tendremos.

– Sí, lo sé. Según tus cuentas ¿Tendremos algún excedente?– , Preguntó Ariadne. – Me gustaría conseguir otros clientes, ya sabes, para no irnos a quedar con conservas guardadas.

– Pero duran dos años, es imposible que no las vendamos en ese tiempo, ¿no?

– En realidad, estoy pensando en grande. ¿Te imaginas lo que sería poder tener una cocina más grande? Me

encantaría conseguir una casa en el pueblo, donde podamos tener una empresa de conservas y darle empleo a algunas personas que lo necesitan.

– Ari, ¿Estás soñando? ¿O tienes algo en mente de lo que no me has hablado?

Ariadne se rio. – Estoy soñando, Nell. Y planeando y pensando en grande y a futuro. Quiero comprarle la casa a la tía Rosie.

Nell la miró. Vio en ella cosas que había deseado ver desde el primer momento. Encontró una mujer decidida, con planes y sueños y recordó a la pequeña pelirroja que se sentaba horas en el jardín de la casa de Rosalind, a ver las ardillas correr por las ramas del roble.

– Honestamente, no creo que Rosalind te venda su casa, Ari.

– ¿Por qué lo dices?

– Porque ya vives en ella, ¿Para qué quieres comprarla?

– Es algo que nadie más entiende, Nell. No es sólo vivir en la casa, es saber que es mía, que yo la compré con mi trabajo. Ella no entiende que me avergüenza vivir de lo que me da. No quiero molestarla.

– Ella no lo siente como una molestia– , dijo Nell levantándose del sofá y yendo hacia la cocina. – Ella lo ve como si se estuvieran haciendo un favor mutuo.

Ariadne movió la cabeza, claramente confundida.

– No entiendo a qué te refieres.

– Tú tienes donde vivir, pero ella sabe que su casa está en buenas manos. Ambas salen ganando.

– No lo había visto de esa manera. Y, desde ese punto de vista, tienes razón.

– Tengo galletas de chocolate, ¿Quieres algunas?

– Sí– , respondió Ariadne, desde el sofá, mientras Freckles le saltaba encima y corría hacia la cocina con Nell.

– ¿Cuánto tiempo dijo Bill que le tomará terminar con el trabajo?– Preguntó Nell, mientras regresaba con las galletas y un par de vasos de leche. Freckles le había mordido el pantalón y Nell la arrastraba por todo el camino.

– Dijo que un par de días, así que espero que mañana haya terminado de sacar la madera y se haya llevado la suya y todo el desperdicio. Me prometió que no iba a notar que había estado allí. ¿Cómo aguantas que esté pegada de la pierna de tu pantalón todo el tiempo?– dijo, señalando hacia el suelo.

– Es sólo una bebé– , dijo, dejando las cosas en la mesa de centro y tomando a Freckles entre sus brazos.– Crecen muy pronto y vas a extrañar todas sus tonterías. Además, Josh se la va a llevar pronto.

Ariadne asintió con la cabeza y bajó la mirada. Estaba realmente encariñada con Freckles, pero sabía que no era suya, así que quería evitar apegarse demasiado a ella.

– Josh no ha mencionado respecto a su casa en los últimos días. Ha estado muy ocupado con lo de Callie.

– ¿Con lo de Callie?– , preguntó Nell. ¿Qué de Callie?

Ariadne le contó lo que había sucedido durante las semanas que Josh había estado en el pueblo vecino, sus reuniones con los abogados y su decisión de despedir a Callie.

– Así que sólo será cuestión de días y de negociaciones para que Callie esté fuera del consultorio...– Dijo Ariadne, tomando otra galleta.

– Tenemos que conseguirle una enfermera. Creo que la hija de Marianne está desempleada y ella sí es una enfermera de verdad, no sólo una auxiliar. Además, tiene dos hijos y le vendría bien el empleo.

– Tienes una solución para todo, ¿Verdad, Nell?

Nel se rio. Tomó su teléfono y buscó el número de Josh. Ariadne la detuvo.

– No lo llames. Espera que él te cuente todo. No quiero volver a quedar como la chismosa.

– Está bien, Ari. Esperemos.

Ariadne iba a decirle algo, cuando su teléfono sonó a su lado. Era un número desconocido y Ariadne hizo un gesto antes de contestar.

– Hola.

– Buenas tardes, chef Brown. Soy Frank Applebaum, dueño de la cadena de tiendas Kosher más grande de Nueva York. Quisiera saber cuándo podríamos reunirnos.

– Señor Applebaum, ¿sería posible reunirnos en una semana?– , dijo Ariadne, que se había levantado del sofá y bailaba por toda la sala, pero conservaba la calma en su voz.– Me encuentro en Carolina del sur y podría estar allá el próximo miércoles.

– El miércoles entonces. Mi asistente se comunicará para ultimar todos los detalles. Feliz tarde.

– Hasta luego, señor Applebaum.

Ariadne colgó y siguió bailando por toda la sala. Nell no entendía lo que sucedía y se puso de pie frente a ella.

– ¿Vas a seguir moviéndote como una loca, o me vas a contar lo que acabó de pasar, de una buena vez?

– Abre una botella de vino, Nell. Vamos a ser millonarias.

CAPÍTULO CUARENTA

Josh la había llevado hasta el aeropuerto. Se había negado a que hiciera el viaje en bus.

– ¿Y si te caes al llegar?– le había dicho.– No quiero que te enamores del médico que te rescate.

– No eres para nada gracioso– , le había dicho ella, tomándolo por el brazo.

La acompañó hasta la sala de abordaje, donde se despidieron con un abrazo largo y un beso delicado, que le robó un suspiro a Ariadne.

– Espero estar de regreso en tres días– , dijo Ariadne.– Te dejé lasaña en la nevera. Por favor, no malcríes a Freckles.

Josh hizo un gesto, queriendo parecer ofendido, pero sólo logró que Ariadne se riera.

– Regresa pronto, Ari. Y con buenas noticias.

Ella le lanzó un beso y entró en la sala de espera, desde donde saldría su vuelo a Nueva York. Sentía una profunda nostalgia por el regreso, quería ir a tomar martinis en Manhattan y pasar tiempo con Alexandra y su tía. Pero, sobre todo, quería cerrar este negocio.

La cadena de tiendas Applebaum no sólo era la más grande de Nueva York, era la más grande en todo el país. Sabía que lograr un contrato con ellos, era el primer paso para lograr la fábrica de conservas que quería. Eso definitivamente pondría a Green Creek en el mapa y haría que más empresas miraran hacia el pueblo.

Muchas personas no vivían en las mejores condiciones y abrir puestos de trabajo, haría que la vida fuera mejor para ellos.

Se acercó a una cafetería y se compró un jugo, mientras comía un pequeño snack. El vuelo estaba a punto de salir y estaba hambrienta. Sabía que la ansiedad la estaba traicionando. No le había contado a nadie que iría, así que esperaba sorprender a Rosalind.

Estar en esa sala de espera le recordó todo lo que había pasado durante los últimos meses. Su vida había cambiado y de qué manera. Había salido de Nueva York como una mala persona, sin amigos y menos de quinientos dólares en el bolsillo y ahora, los clientes la buscaban y se iba a convertir en proveedora de Applebaum's. Eso sí que se sentía como un logro.

Pensó en Al y en Pat. En silencio levantó su vas de jugo y brindó por ellos. Nunca iban a saber la gran ayuda que habían sido para ella.

Una voz femenina anunciaba la salida de su vuelo por el parlante de la sala. Se levantó de su silla y se acercó a la puerta. Había buscado un vuelo sin escalas, por lo que esperaba dormir profundamente.

Se acomodó en su silla, se puso los audífonos, buscó algo de música en su teléfono y se durmió.

Había estado durmiendo y despertándose durante todo el vuelo, se sentía nerviosa, pero había descansado un poco. Cuando sintió las ruedas del avión tocar la pista en Nueva York, abrió los ojos. Había llevado algo de maquillaje en su bolso y un cepillo, por lo que iba a arreglarse un poco antes de bajar del avión.

Antes de ir a casa de Rosalind, iba a ir por un café y una donut al local que había cerca del restaurante. Los extrañaba mucho y quería ver qué había pasado con el restaurante. Quería ver por ella misma lo que le había contado Alexandra, aunque imaginaba que ya no había

grafiti y que todo había regresado a la normalidad. No estaba lista para entrar y comer allí, pero sentía la necesidad de enfrentarlo por ella misma.

Salió del aeropuerto y tomó un taxi, quería estar tranquila mientras miraba la ciudad. El conductor la llevó por calles conocidas, hasta que la dejó en el parque cerca al restaurante. Recordó la última vez que estuvo ahí, cuando tuvo aquel colapso y Rosalind la había rescatado. Todo parecía lejano e irreal. Caminó hasta la puerta del restaurante y encontró que ya no existía.

Había un letrero enorme de la alcaldía, donde decían que había obtenido una licencia de construcción para un edificio. Sintió que la piel se le erizaba y se abrazó un poco a sí misma. No recordaba si a aquello lo llamaban justicia divina o justicia poética. Se giró para alejarse de allí. Ya no había nada que ver en ese lugar. Fue por su café habitual y una caja de donuts y se encaminó a la casa de Rosalind.

Nueva York se sentía igual que antes, pero ella se sentía diferente. Algo en su interior había cambiado. Se sentía más tranquila y, aunque las calles se veían iguales, ya no se sentía como una habitante de aquel lugar.

Le gustaba estar allí, pero quería regresar a Green Creek, con Josh. Y con Freckles.

Se acercó a la enorme puerta y tocó el timbre. Al otro lado de la puerta escuchó el familiar taconeo de Rosalind.

– ¡Nena! ¿Qué haces acá?

– A mí también me alegra verte, tía Rosie— , respondió Ariadne, sonriendo. Se acercó a donde Rosalind estaba y le dio un abrazo— Tengo tantas cosas que contarte.

– No puedo esperar a escucharlas, con una de esas donuts y café. Entra, vamos a la sala— , dijo, haciéndose a un lado

para dejarla entrar. – Parece que va a llover y no queremos mojarnos.

El clima se sentía mucho más frío de lo que Ariadne recordaba, para esa época del año. Entraron juntas a la sala, donde Rosalind había encendido la calefacción.

– Ven, nena. Siéntate acá, no quiero que te congeles.

Ariadne sonrió e hizo lo que le dijo. Empezó a contarle todo lo que le había sucedido en los últimos meses, con detalles a Rosalind y así estuvieron gran parte de la tarde, hasta que empezó a oscurecer.

– Lo de Applebaum's es un verdadero logro, nena. Algo en mi corazón me dice que le apuntaste a algo realmente grande esta vez– , dijo Rosalind, dejando una servilleta sobre el plato de las donuts.

– Lo sé, tía– , dijo Ariadne, levantándose para ir a la cocina. – Estoy realmente nerviosa y no quiero arruinarlo mañana.

– Pues a descansar. Ve a darte un baño y mientras tanto voy a hacer algo ligero para la cena.

– No estoy segura si quiero comer algo más...

– Pero lo harás, no vas a despreciar mi spaghetti boloñesa, ¿Verdad?

Ariadne hizo un gesto indescifrable. La pasta de Rosalind era famosa y ella había usado su receta de salsa como base para la que servía en el restaurante.

– Está bien, tía. Siempre sabes como convencerme.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Se encontraba de regreso en el avión. La reunión había sido un éxito rotundo y llegaría llena de buenas noticias. Su sueño se estaba cumpliendo. Su visita a Nueva York había salido mucho mejor de lo que había imaginado, sólo le había faltado ver a Alexandra, que estaba fuera de la ciudad, con los niños, en casa de su suegra.

Se sentía feliz mientras bajaba del avión y esperaba con ansias encontrarse con Josh y contarle todo lo que le había sucedido. Mientras recogía su maleta en la banda transportadora, miró hacia la ventana del aeropuerto. El clima estaba peor de lo que había imaginado, pero aún así, nada podría opacar su felicidad.

Escuchó un ladrido que se le hizo familiar, pero pensó que la ansiedad estaba jugando con ella nuevamente. Caminaba en la larga fila de personas que esperaban salir de allí, hasta que pudo ver a lo lejos, una enorme pancarta que decía “Bienvenida a casa, Ari”. En ese momento sintió como se le erizaba la piel de los brazos y su corazón saltaba en su pecho. Sí, definitivamente, estaba en casa.

Alcanzó a ver la cabeza de Josh, detrás de la del hombre que estaba delante de ella. Al salir de la fila, Josh soltó a Freckles que salió corriendo a saludarla, toda alegría, saltos y babas.

– Estoy loca, ¿o esta perra está más grande que hace tres días?– , dijo mientras la acariciaba y miraba a Josh que lucía más guapo que nunca.

– La extrañaste, eso es todo. Y yo, ¿Me ves más grande a mí también?

Ariadne lo abrazó y se perdió en sus brazos y en su olor por un momento. Se sentía realmente bien estar así con él.

Se separó un poco para mirarlo. – Si te comiste toda la lasaña, seguramente estás mas grande– , dijo, poniéndole la mano en el estómago.

Ambos se rieron, mientras Ariadne vio que Nell también había ido a recibirla. Se acercó a ella y la abrazó fuertemente.– Tengo tanto que contarte, socia. No lo vas a creer.

Se adelantaron, mientras Josh enrollaba la pancarta y sostenía a Freckles, que insistía en halar de la correa para alcanzar a Ariadne. En la mitad del camino, Nell se detuvo y se llevó las manos a la boca, mientras se veían lágrimas corriendo por sus mejillas. Ariadne la abrazó de nuevo y ambas lloraron, mientras sonreían.

Josh las alcanzó y caminaron juntos hasta el estacionamiento, donde se subieron al auto de Josh, para el viaje de regreso a casa. Durante esas dos horas, Freckles caminó encima de todos, sacó la cabeza por todas las ventanas del auto y los hizo reír. Ariadne estaba realmente feliz. Estaba con su familia y sabía que no iba a dejar que eso terminara pronto.

Era de noche cuando regresaron a la casa. Estaban cansados y querían desesperadamente comer algo y darse un baño. Ariadne iba a salir del auto, pero Josh la detuvo.

– Espera, Ari.

– ¿Qué sucede, Josh?

Él estiró la mano y le entregó un pedazo de tela negro.– ¿Podrías ponértelo en los ojos por favor?

Ariadne lo miró, divertida.– ¿Y si me niego?– Respondió.

– Si te niegas, vas a arruinar el momento. Podrías, ¿Por favor?

Ariadne hizo lo que él le dijo, mientras le daba la vuelta al auto, para abrirla la puerta y ayudarla a salir. – Júrame que no estás viendo nada– , dijo Josh, mientras agitaba su mano frente a los ojos, vendados, de Ariadne.

– Suéltame la mano y déjame caminar sola, para que compruebes por ti mismo lo mucho que puedo ver.

– No. No voy a arriesgarme a que tengas otro esguince.

– Gracias. De verdad lo aprecio– , dijo Ariadne, riéndose y sosteniéndose de su brazo.

Josh la guio por unos cuantos pasos a través del jardín. Se acercó hasta quedar frente a ella, y le quitó la venda.

– ¿Recuerdas lo que te dije hace un tiempo?– , le preguntó Josh, mirándola a los ojos.

– No, Josh. En realidad no recuerdo nada de todo lo que me has dicho en los últimos meses– , respondió Ariadne, riéndose.

Josh se movió, hacia un lado, para dejarla ver lo que tenía en frente. En el lugar donde había estado el viejo roble, había un pequeño árbol, que se veía recién sembrado y había puesto unas estacas para protegerlo. Pero, además, había puesto luces alrededor de dos postes, que parecían llevar poco tiempo había. Entre ellos, había una tela blanca, enrollada, de la que salía un hilo dorado.

– Tira del hilo– , dijo Josh, en su oído.

Ariadne caminó los dos metros que la separaban de la tela e hizo lo que él le dijo. Al halar del hilo, la tela se desenrolló y apareció un letrero. Era evidente que él lo había escrito. Decía “¿Quieres casarte conmigo?” y más abajo, en letras más pequeñas “¿Y adoptar a Freckles?”

Ariadne se dio la vuelta, para encontrarse con Josh, de rodillas ante ella. Sostenía una cajita roja, de terciopelo, con

un anillo antiguo en ella.

Ariadne extendió sus manos, y le ayudó a ponerse en pie.

– No quiero un hombre de rodillas ante mí, lo quiero a mi lado.

– ¿Y bien?– preguntó Josh, señalando la pancarta y después al anillo.

– Sí , dijo Ariadne, sonriendo.– Sí y mil veces sí, a los dos.

Se abrazaron junto a las luces de los postes.

– ¿Sabes qué tipo de árbol es?– Le preguntó Josh.

– No tengo idea de árboles, Dr Craig, pero apuesto a que vas a decírmelo.

– Es un roble– , dijo él, mientras le daba un beso en la mejilla.– Sé que te gustan los robles.

Ariadne sonrió y lo miró a los ojos.– Y también me gustas tú, futuro esposo.

EPÍLOGO

Ariadne se había despertado gracias al olor del café que venía de la cocina. Josh lo preparaba todas las mañanas, antes de prepararse para ir a trabajar.

– Buenos días, señora Craig– , dijo Josh, mirándola desde la puerta, llevando dos tazas de café.– Cada día amaneces más hermosa.

Freckles saltó sobre ella y la llenó de besos. Ya era una cachorra grande, pero seguía creyendo que era una bebé.– Buenos días a los dos.

– ¿Estás lista para tener buenas noticias?– Preguntó Josh.

Ariadne trataba de quitarse a Freckles de encima, pero parecía una tarea realmente compleja.

– No son las siete y tú me tienes buenas noticias, ¿Cómo es eso?– Preguntó Ariadne.

Josh sonrió, entregándole el café, después de bajar a Freckles de la cama. – Acabo de recibir un correo, en realidad acabo de recibir EL correo.

– ¿Qué? El correo que estamos esperando... Estás hablando de ese correo, ¿Verdad?

– Sí, de ese mismo.

– Es el correo de la adopción, ¿Cierto?

Josh se sentó en la cama, con ella y le acarició el cabello. – Sí, Ari, el correo de la adopción donde nos dicen que nos van a entregar a los tres niños que estamos esperando.

Ariadne no sabía qué decir. Lo único que pudo hacer fue abrazar a su esposo y esconderlo, junto con ella, debajo de las cobijas.

– Vamos a ser una familia enorme...

– Vamos a ser una familia enorme y feliz y con dos perros.

Ariadne se sobresaltó y miró a Josh fijamente. – ¿Dos perros?

Josh la miró y le besó la punta de la nariz. – Es que también recibí un correo del albergue y... Déjame buscar mi teléfono y mostrarte la foto que me enviaron...

– Está bien tener otro perro y tres niños. Da un poco de miedo, ¿Sabes?– Le dijo Ariadne, mientras le acariciaba la cara. – Pero da menos miedo que reiniciar una vida completa, así que...

– Así que...– dijo él abrazándola, justo antes de que Freckles aterrizara encima de ellos.

FIN

Espero que te haya gustado ver a Ari y Josh caer enamorarse.

Mira a otra doctora divorciada enamorarse de su bully súper sexy de la secundaria en [Pagando el precio](#).

—

Suscríbete a mi boletín para todas las actualizaciones, escenas eliminadas y libros gratuitos y con descuentos. ¡No querrás perderte estas exclusivas! [Inscríbete hoy](#).

—

¿Quieres saber qué pasa cuando Astrid queda embarazada de su bebé en una aventura de una noche y la madre de su amante le paga para que se aleje de él? Enamórate de este hermoso doctor en [Dr. Bully y El Bebé Secreto](#).

¿Necesitas más romance del que puedes manejar? Mira el box set de [Ritmo cardíaco](#) y ponte cómodo antes de enamorarte.

Una mujer con fuertes curvas se encuentra con su ex—novio de la secundaria, y lo acosa, después de tener que cuidarlo en urgencias. Ponte al día con la historia de Jess y Jody en [Grande y Fabulosa](#).

Un tórrido romance ocurre entre un epidemiólogo escéptico y una psíquica mientras descubren el misterio de los fantasmas de la [Torre Thornbridge](#).

También puedes unirte a mi grupo de [Facebook](#) para tener acceso VIP a los primeros capítulos, las nuevas portadas, los borradores e incluso puedes votar por la historia que quieres leer a continuación.

Encuentra todos mis libros en español [aquí](#)

Si te gusta esta historia, adelante y únete a mi [lista de correo](#) para una HISTORIA SEXY GRATUITA! Está lleno de historias candentes llenas de romance como esta, gratis y con avances. No tendrás noticias mías muy a menudo, sólo cuando tenga cosas divertidas y picantes que compartir.

No vas a querer perdértelo, y todo lo que se necesita son un par de clics.

También puedes unirte a mi grupo de [Facebook](#) para tener acceso VIP a los primeros capítulos, las nuevas portadas, los borradores e incluso puedes votar por la historia que quieras leer a continuación.

Si te gustó este libro, también te gustará:

[La Bella y El Barón](#)

[Guardia de mi corazón](#)

[Dr. Bully y el bebé secreto](#)

[Doctor mejor amigo de mi hermano](#)

[Pagando el precio](#)

[Grande y fabulosa](#)

[Ritmo cardiaco: libro 1 a 3](#)

[Todos los libros de ritmo cardiaco](#)

Nota de la autora

Muchas gracias por leer mi libro.

Me encanta escribir historias de amor. Creo que son hermosas y fascinantes. Se que hay tantas facetas del romance que quedan sin explorar, y estoy tan agradecida de que hayas decidido leer este libro y pasar un poco de tu tiempo perdiéndote en un universo que yo ayudé a crear.

Digo, ayuda porque sería una mentira decir que estoy dando vida a estos personajes yo sola. Ya existen, es mi trabajo sacarlos de mi cabeza y traerlos al mundo real.

Realmente aprecio tu tiempo y su apoyo.

Si quieres apoyar a estos personajes, y este profundo amor que tengo por el romance, por las mujeres fuertes y apasionadas, y por los hombres sexys, sensibles y fuertes, aquí tienes algunas cosas que puedes hacer:

Déjeme una crítica. Si quieres, puedes dejarme una crítica antes de que el libro se publique oficialmente. Sólo escríbeme a larissadesilvaauthor@gmail.com y haré que eso suceda.

Conéctate conmigo en las redes sociales. Tengo una cuenta de [Facebook](#) y soy mala para comprobarla, pero me encanta hacer nuevos amigos!

Únete a mi [lista de correo](#). No te pierdas los nuevos lanzamientos. Únete ahora mismo para recibir una historia gratis en tu bandeja de entrada.

[Aquí](#) puedes encontrar todos mis libros en español

También puedes encontrar mis libros en Inglés:

[The Baron and The Babe](#)

[Guard My Heart](#)

Dr. Bully And The Secret Baby.

Brother's Best Friend (M.D)_

Paying The Price

All Grown Up

The Healing Process

Code Blue

Heart Lines: Book 1 to 3